

1

*Mi novio es un extraño*



# Sinopsis

*"Michel y yo siempre hemos estado juntos. Al menos, es lo que él dice"*

Vanessa Pendleton no sabe por qué se ha enamorado de su novio, Michel Hobart. ¿Habría sido su sonrisa sexy o su estilo romántico?

En realidad, últimamente Vanessa está muy confundida. Todos sus recuerdos, sentimientos y sueños se esfumaron a partir del golpe que se dio en la estación, el día en que iba a partir hacia un campamento de verano.

A medida que Vanessa recupera la memoria, descubre que algunas cosas no encajan. ¿Por qué no reaparece el rostro de Michel en sus recuerdos? ¿Por qué se pone tan nervioso cuando ella le pregunta cómo se conocieron?



# Capítulo 1

*Transcrito por Danny\_DD*

VANESSA

Nunca olvidaré la noche que conocí a Michael Hobart... y tampoco a él. Por fin la primavera había borrado el aburrido gris de las grises calles neoyorkinas para convertirlas en una policromía de árboles y capullos listos para florecer. Por lo menos en mi barrio había árboles. Gran parte de Manhattan todavía cargaba sobre sus espaldas ese gris plomizo, sucio y totalmente deprimente. Pero ninguna de esas tristes imágenes abrumaba mis pensamientos mientras me pasaba por la cabeza el nuevo vestido blanco que me había comprado. Ya me había puesto las sandalias blancas y el collar de perlas que heredé de mi madre cuando murió, hacía cinco años.

Eché un vistazo al reloj digital ubicado junto a mi cama de dosel; ya estaba casi lista para el baile de promoción, ¡y con diez minutos de adelanto!

“No está nada mal”, me felicité en silencio.

William siempre protestaba cuando se veía obligado a esperarme sentado en el desván del penthouse de Upper East Side, charlando tonterías con mi padre para matar el tiempo.

A él tampoco le agradaban demasiado esas conversaciones, pero es un secreto que jamás confesé a William. Mi novio se consideraba el candidato ideal para los padres ricos y bien trajeados.

Sonreí con una descarada satisfacción cuando completé mi propia imagen en el espejo colgado justo frente a mi cama. El blanco inmaculado de mi vestido de marca destacaba mi piel suave y bronceada a la perfección. Mi negra cabellera ondulaba libremente sobre los hombros, enmarcándome el rostro con rizos no muy pronunciados. Sólo debía aplicar un poco de rímel —también costoso y de buena marca— sobre las pestañas para acentuar la expresión de mis ojos color chocolate. Era hermosa, y lo sabía. ¿Cuántas chicas de dieciséis años tendrían la valentía y la seguridad para realizar semejante aseveración de sí mismas, aunque fuera cierta?

Pero cuando me dirigí al otro lado de mi cuarto para mirar Central Park desde la ventana, experimenté una horrenda sensación de soledad que de repente se apoderó de mí. Afuera, la represa del parque brillaba como un manto de seda negra bajo el estrellado cielo nocturno. Pero en el santuario de mi habitación (a la que solía llamar mi “tocador” cuando estaba de un humor muy chic) eché de menos a mi madre como si hubiera muerto apenas días atrás.

*Mi novio es un extraño*



De pie sobre mi alfombra azul celeste, recreé en mi mente la imagen de mi madre antes de su cáncer de mama: estaba riendo con su tez del mismo tono que la mía, fresca y juvenil, sin arrugas, mientras trataba de recoger mis rizos rebeldes con una cinta. Yo tenía diez años entonces y mi madre tuvo que luchar bastante contra mi indisciplinado cabello antes de que yo estuviera lista para disfrutar del primer baile de chicos y chicas de la escuela.

Aparté de mi mente la autocompasión, como quien esconde debajo de la alfombra de la basura que barre del piso. Era una persona muy realista como para perder el tiempo en devaneos sobre recuerdos lejanos e imposibles. Yo era Vanessa Pendleton la extraordinaria hija de Lincoln Pendleton, y nunca permitiría que los demás supieran de mis puntos débiles. Y mucho menos mi padre, que sin duda estaría esperándome para tomar la tradicional fotografía de su única hija yendo al baile de promoción.

Jamás desperdiciaba la oportunidad de tomarme una foto; empapelar nuestro apartamento con retratos míos convenía a su imagen de su estupendo filántropo internacional.

Después de todo, ¿cómo se puede confiar en la generosidad de un hombre que no se ocupa de su propia hija? Sólo yo sabía que mi padre siempre estaba demasiado atareado atendiendo sus negocios como abogado en materia civil como para invertir parte de su tiempo en mí o compartir conmigo momentos “de buena calidad”. Pero me había propuesto guardar el secreto bajo siete llaves. Como ya he dicho, no tenía por costumbre lamentarme por cosas imposibles.

Cuando entré en el santuario del desván de mi padre, levantó ligeramente la cabeza de la alta pila de papeles que tenía frente a sí, sobre el escritorio. Los anteojos de lectura hacían equilibrio sobre su nariz y los pronunciados surcos de su frente lo avejentaban más de la cuenta. Parecía tener mucho más que cuarenta y un años.

—Estás preciosa —dijo, aunque su elogio parecía alarmarlo.

—Gracias, papá —respondí, y di una vuelta para que pudiera contemplarme. Estaba de pie y vi algo brillante en su mirada, sospechosamente parecido a una lágrima.

—Estás idéntica a tu madre. Eres el calco de Lindsay.

El elogio me envolvió como una nube de algodón. Nunca me había dicho nada igual, de modo que guardé sus palabras para poder pensar en ellas después. Por un instante, mi padre estaba tal como antes de que mi madre se enfermara. Pero casi de inmediato el hombre cariñoso y despreocupado desapareció, para que de nuevo ocupara su lugar el severo robot adicto al trabajo en el cual se había convertido. Carraspeé nerviosa, un poco sensible por la emoción que me había demostrado, al menos por unos breves segundos.

—Espero que a William le agrade —comenté mientras extraía un tubo de lápiz labial de mi bolso plateado.

*Mi novio es un extraño*



Mi padre me revoleó los ojos.

—William —repitió con su desdén habitual.

—Papá, por favor, no empieces a criticarlo. Va a llegar de un momento a otro.

Mi padre se sentó en su escritorio

—Simplemente, no comprendo por qué te empeñas en salir con un mocoso malcriado, farsante y esnob —dijo por décima vez como mínimo en cinco meses.

—Eso se llama estar enamorada —respondí. Un sentimiento de ira me quemó la boca del estómago. Mi padre siempre estaba demasiado ocupado como para dedicarme su tiempo, pero tenía el coraje de insultar al chico que adoraba pasar cada minuto de su vida a mi lado.

—Eso se llama estupidez. —Mi padre era siempre muy directo, y esa noche no fue la excepción.

Estuve a punto de recitar el millón de cualidades maravillosas que caracterizaban a William, cuando sonó el timbre.

—Ahí está —dije de inmediato—. Sé amable.

Con su esmoquin negro, William Gallagher lucía mucho más increíble que de costumbre. Se había cortado la negra cabellera casi al ras, y por su perfume era obvio que acababa de bañarse en una costosa colonia para hombres. Sus ojos azabaches recorrieron todo mi cuerpo y finalmente se posaron sobre mis labios. Cuando me besó, una cálida sensación de seguridad recorrió todo mi cuerpo. William era tan buen mozo como una estrella de cine y tenía una jugosa fortuna... mejor dicho, el que la tenía era su padre.

—Hola, hermosa —dijo William cuando me soltó—. ¿Lista para llamar la atención de todos en ese baile de parásitos?

—Ten cuidado con lo que dices sobre el baile de promoción. No olvides que pertenezco a la comisión de decoración. Hemos gastado una fortuna para que esta noche sea realmente especial.

William se mofó, si es posible que un chico de dieciséis sepa mofarse como Dios manda.

—Vamos, Vanessa. ¿Cómo puedes pretender hacer una velada especial de un baile que estará plagado de esos sucios y perdedores habitantes de Brooklyn? Lo único que espero es no ser presa fácil de ningún carterista.

Por un momento me quedé muda. Coincidía con William respecto a los chicos de Brooklyn. ¿Qué podían tener en común con nosotros? Ése había sido mi argumento cuando el director Hager sugirió que unificáramos nuestro baile de promoción con otras escuelas.

*Mi novio es un extraño*



—menos elitistas, claro—, porque nuestra clase era muy poco numerosa. A Hager no le agradó en lo más mínimo mi comentario, y desde entonces no me quedó otra alternativa que cerrar el pico. Sin embargo, en ese momento mi desdén recobraba fuerzas, de sólo pensar que tendría que soportar a un grupo de extraños que tratarían de acosarnos en la pista de baile.

De pronto advertí la presencia de mi padre, que estaba de pie junto a la puerta.

—Con esa actitud, tendrás suerte si no te rompen la nariz de un puñetazo —comentó cortante, mirando fijo a William.

En ese momento sentí pena por mi novio. Sabía que mi padre tenía un arte muy especial para hacer que la gente se sintiera como una goma de mascar pegada a la suela de un zapato

—Buenas noches, señor Pendleton, Claro... usted tiene razón, señor. Sólo estaba bromeando... —Su voz se quebró ligeramente.

Me volví hacia mi padre.

—Sucedo que William no desea compartirme. Eso es todo, papá.

Mi padre arqueó las cejas.

—Bien, sí estos invitados al baile de promoción de la alta sociedad pueden disponer de un par de minutos, me gustaría tomarles algunas fotografías.

Nos condujo hacía el desván, donde me tomó unas diez fotografías a mí sola y sólo una con William. Cuando por fin terminamos la sesión, advertí que unas gotas de sudor humedecían las sienes de mi novio. Me habría echado a reír a carcajadas, pero bastó mirarlo una sola vez para darme cuenta de que no le habría causado ninguna gracia su propia incomodidad.

—Vuelve a casa a las doce y media —ordenó mi padre mientras William me ayudaba a ponerme la chaqueta de seda celeste que combinaba perfectamente con el vestido.

— ¡Papá! —protesté.

—A la una —corrigió.

— ¡Todos volverán a las tres! —exclamé.

Se encogió de brazos y regresó al desván.

—Te espero a la una —repitió.

William se me acercó.

*Mi novio es un extraño*



—Trataremos de cumplir el horario de regreso —murmuró a mi oído—. Aunque a veces suelen suceder cosas terribles cuando uno vuelve de un baile de promoción...

Sentí un escalofrío en la espalda. William Gallagher no estaba acostumbrado a cumplir órdenes. ¿Acaso esa noche sería la excepción?

La música estallaba en los enormes altoparlantes cuando William y yo ingresamos en el Eden Club. Cuando cruzamos el umbral del gigantesco salón donde tenía lugar el baile de promoción, me quedé tesa a mitad de camino. Aunque ya había estado allí más temprano, supervisando las decoraciones, me impresionó la magia del club, ahora que estaba lleno de gente, música y luces parpadeantes.

En el techo habían colgado docenas de lamparitas con pantallas de papel en rosa y blanco. Las mesas estaban dispuestas a un costado del salón, con manteles rosados. Cada silla llevaba un moño rosado también, y en todo el ambiente se habían colocado estratégicamente maceteros con flores. Sin pensarlo siquiera, comencé a mover los pies de un lado al otro. Me encaminé hacia la pista de baile, pero William me detuvo.

—Bebamos un poco de ponche primero, querida —me dijo con voz autoritaria—. Quiero inspeccionar a toda esta gente.

Antes de que yo pudiera responder, William desapareció entre la multitud y yo me quedé allí de pie, sola. Escruté la pista de baile, tratando de localizar a alguno de mis amigos, pero eran todas caras extrañas. Según parecía, estaban divirtiéndose a lo grande y nadie tuvo el buen gusto de darse cuenta de que había una belleza sola. Una vez más me sentí irritada por tener que compartir nuestra noche con chicos que no tenían nada en común con nosotros.

—¿Es el hombre más hermoso que has conocido, o qué? —me preguntó mi mejor amiga, Kari Washington, que acababa de acercarse.

—Sí, pero olvida todas tus ideas —le respondí, sonriéndole. Con un vestido amarillo de falda corta y zapatos con plataforma, Kari estaba tan moderna como yo clásicamente elegante. Se la veía maravillosa.

Kari abrió mucho los ojos.

—No me dirás que hay problemas en el Jardín del Edén, ¿verdad? ¿Acaso William no es el Adán ideal para esta Eva?

Fruncí el entrecejo. Supuse que hablaba de William cuando se refirió al hombre más hermoso que había conocido, pero en ese momento me di cuenta de que estaba mirando a un chico que se encontraba a escasos cinco metros de distancia. Era alto, aunque no tanto

*Mi novio es un extraño*



como William, de cabello negro que le llegaba apenas a la nuca, y tez mate muy tersa. A pesar de su porte arrogante, observé que no tenía ni punto de comparación con mi novio.

—Pensé que hablábamos de William —le dije abruptamente a Kari—. Él sí que es mucho más hermoso que el Señor Hielo que está parado allí.

—Vaya, querida, qué humos —comentó Kari—. Nadie ha rebatido el hecho de que William Gallagher es el mejor partido de Manhattan. Pero es tuyo. Danos al resto de las chicas una oportunidad de disfrutar del romance.

De reojo, volví a echar un vistazo al galán. El esmoquin negro le quedaba bien; el moño y la faja roja que había elegido como complementos hacían un buen contraste con la camisa blanca. Sin embargo, no podía asegurar que el esmoquin no fuera alquilado... a diferencia de William, que mandaba a hacer de medida toda su ropa de etiqueta. De pronto se volvió y me miró a los ojos. Sonrió vagamente y me hizo un guiño. Sentí que la sangre acudía a mi rostro.

—Quédate con los chicos de tu círculo —aconsejé a Kari—. Lo único que puede traerte ese estúpido son problemas. Seguramente ni siquiera tendrá el dinero suficiente para pagar el taxi de regreso a su casa.

Sabía que a mi padre se le habrían puesto los pelos de punta si me hubiera oído hablar de ese modo, pero en aquel momento me importaba muy poco. Me sentía dueña de la verdad.

Kari resopló.

—Discúlpeme, señorita Pendleton, si soy incapaz de juzgar a un hombre por el tamaño de su Tarjeta Dorada. Supongo que formo parte de ese grupo de gente estúpida que todavía cree en cosas como la personalidad, la inteligencia y el ingenio. —Eché otro vistazo al Señor Hielo. —Sin mencionar el eterno amor a primera vista.

Estuve a punto de decirle que para mí William representaba más, mucho más que el límite de una tarjeta de crédito, cuando el hombre en cuestión comenzó a acercarse a nosotras. Kari hizo una de sus típicas sonrisas “cazabobos” y lo miró, radiante. Yo revoleé los ojos y suspiré exasperada.

—¿Me harías el honor? —oí que decía una voz ronca detrás de mí. Volví la cabeza para poder ver cómo Kari se ponía en ridículo frente a alguien a quien jamás había visto en su vida.

Pero cuando lo miré a él y luego a Kira, me di cuenta de que no está hablándole a ella. Se dirigía a mí.

—¿Cómo? —dije, con la esperanza de que mi voz sonara lo más indignada posible.

*Mi novio es un extraño*



—Michael Hobart, para servirte —respondió. Tenía una amplia sonrisa a flor de labios, casi burlona, y sus ojos parecían emitir haces de luz. Enseguida advertí que su esmoquin estaba arrugado y que de su moño ya no quedaba ni el recuerdo.

Afortunadamente, vi que en ese momento William se me acercaba con dos vasos de ponche en las manos.

—Disculpa, pero a mi novio no le agradaría verte tratando de conquistarme —respondí, deseando que se marchara de una vez. Kari nos observaba con una mezcla de decepción y diversión.

Por una décima de segundo, Michael Hobart pareció sorprendido. Luego volvió a guiñarme el ojo.

—Claro, los hombres inseguros siempre son demasiado posesivos —contestó, y se alejó en el momento justo en que William llegaba con mi ponche.

— ¿Quién era? —preguntó William, ignorando por completo a Kari, pues la creía demasiado extravagante y siempre se las ingeniaba para mostrarse grosero con ella.

—Un total desconocido —respondí—. Un Don Nadie.

9

Una hora después cerré los ojos, en los brazos de William. La banda tocaba un tema lento de Bob Marley, y por fin yo había logrado arrastrar a mi novio hasta la pista de baile. Hasta el momento había pasado todo el tiempo con sus compañeros de clase; su objetivo era llegar a presidente del consejo estudiantil cuando llegáramos al último año de la secundaria, de modo que constantemente se lo pasaba haciendo promesas con tal de conseguir votos. Aun así, en ese momento yo había conseguido acaparar su atención.

Me estrechó contra su cuerpo y me acarició la espalda. Ladeó la cabeza para besarme el cuello, y sentí que se me erizaba la piel.

— ¿Ves? De esto se trata realmente el baile de promoción —murmuré, llena de dicha. William asintió.

—Y de esto... —agregó. Me besó en la boca, allí, en medio de la pista. Traté de disfrutar del sabor aquellos labios carnosos, pero estaba demasiado consciente de que todas las miradas curiosas que nos rodeaban se habían posado sobre nosotros.

Después de unos momentos me aparté de él.

—Aquí no —le dije—. Todos nos miran.

— ¿Y a quién le importa? —preguntó, se me acercó otra vez para besarme.

*Mi novio es un extraño*



Retrocedí un paso y le puse una mano sobre el pecho.

—A mí.

Por un momento pareció enojado, y luego su rostro volvió a convertirse en una máscara.

—Tienes razón —admitió—. Además, acabo de ver por allí algunas personas con las que me gustaría conversar. No te importa, ¿verdad, querida?

—La verdad, yo...

Sin escuchar mi repuesta, William comenzó a alejarse. ¡No podía creerlo! Me había dejado plantada en el medio de la pista. Una ira incontrolable se apoderó de mí y hasta me robó la cordura.

Fue en ese momento cuando vi a Michael Hobart, que estaba de pie, solo, al borde de la pista de baile. Sin detenerme a pensar, me lancé a la carga.

—Bailemos —le dije, y lo tomé de la mano.

—Pensé que nunca me lo pedirías —respondió, mientras me tomaba entre sus brazos y me llevaba hasta el centro de la pista.

Por primera vez miré a Michael Hobart directamente a los ojos. Al instante supe que había estado observando mi escena con William. Había sido testigo de mi plantón frente a todos y seguro que había disfrutado cada momento del espectáculo.

—Te odio —le dije cuando, como un experto bailarín, me dejó suspendida en el aire, casi en posición horizontal, muy cerca del piso.

Cuando volvió a enderezarme, estaba riéndose.

—Bueno, es un comienzo —comentó. Y repitió el movimiento.



## Capítulo 2

*Transcrito por Kitty*

MICHAEL

Todavía no sabía siquiera cómo se llamaba. Y me convencí de que tampoco quería averiguarlo. La hermosa chica a la que había estrechado con tanta fuerza entre mis brazos era un sinónimo de malas noticias; MALAS con mayúscula.

Mientras bailábamos, volví a recostarla en el aire, disfruté de la fortaleza de mis brazos y del modo en que sus rizos apenas rozaban el piso antes que la enderezara nuevamente. Noté que estaba asombrada por mis habilidades de bailarín (al mejor estilo de salón de baile, nada menos), y en elevé una oración de agradecimiento a mi tía Rose, por las clases de danza que me había obligado a tomar en el living de su casa durante los últimos cinco años.

— ¿Cómo te llamas? —le pregunté, dando vía libre a mi curiosidad.

—No necesitas esa información —respondió ella, mirándome por encima del hombro.

No estaba acostumbrado a que las chicas me trataran en forma tan despectiva, pero de todas maneras pude mantenerme muy sereno y controlado cuando volví a dirigirle la palabra.

—Tu novio está parado al lado del salón —le dije, convencido de que ella lo buscaba con la mirada—. ¿Te parece qué vayamos a bailar cerca de donde él está, para que pueda vernos?

Me miró con los ojos entrecerrados.

—Para que te des por enterado, sé muy bien dónde está William... y qué está haciendo. Simplemente eché un vistazo alrededor, a ver si conseguía un compañero más atractivo.

Una vez más logró hacerme sentir insignificante. ¿Qué problema tendría esa muchacha? Sabía que tendría que haberla dejado plantada en medio de la pista, tal como había hecho su novio, pero su proximidad me producía una sensación tan agradable que no resistía la idea de alejarme de ella.

—Este tipo no es para ti —Espeté de pronto, sin desearlo.

Ella dejó de bailar en el acto, y entonces supe que había puesto el dedo en la llaga.

“Buen trabajo, Hobart —Me dije—. Esta princesa se ha hecho a tu medida”

*Mi novio es un extraño*



—Y supongo que debo deducir que tú eres el hombre de mis sueños. —replicó con sarcasmo.

Me reí.

—No lo pienses. En lo que a mí concierne, representas una pesadilla.

Se quedó pensativa unos segundos, como imaginando todas las cosas terribles que podría hacerme.

—Bien, creo que adivino en quién pensarás esta noche cuando te vayas a dormir —dijo por fin.

No me dio oportunidad de hacer otro comentario sagaz. Con la misma espontaneidad con que me había tomado de la mano y obligado a bailar con ella, la Reina del Hielo desapareció. Observé cómo se alejaba aquel bonito vestido blanco entre los cuerpos apretados de la pista, mientras me preguntaba cómo habría respondido a su última contestación.

Me quedé allí parado, boquiabierto, con la amarga sensación de que tenía razón, esa noche, cuando me acostara, seguramente pensaría en ella. Me gustara o no.

Encontré a mi mejor amigo, Rocko Lawrence, repantingado en una silla, en un rincón del Edén Club. Su larga cabellera era un desorden total y tenía el rostro bañado en sudor. Parecía haber terminado un triatlón. Su versión muy personalizada de un traje de etiqueta, compuesto por pantalones de segunda y un estrafalario chaleco pasado de moda, estaba ligeramente arrugado. Cuando notó que me acercaba a él, bebió de un sorbo su vaso de ponche rosado y levantó la mano para chocarme los cinco.

—Haber venido solos a este baile fue la mejor movida que hemos podido hacer. Ya he bailado con una docena de ardientes chicas, como mínimo, y la noche recién empieza.

Me senté en una silla que estaba a su lado, deseando por millonésima vez que mi actitud frente a la vida fuera tan ligera como la de Rocko. Tenía un arte especial para encontrar el modo exacto de divertirse en cualquier situación. Hasta lo había visto besar a una o dos chicas en la iglesia.

—Habla en singular, Rocko. Acaba de dejarme plantado una chica con la que ni siquiera tuve intenciones de relacionarme. Me miraba como si hubiera tenido la palabra “idiota” rasurada en la cara.

—¿Era la que llevaba el vestidito de Blancanieves?

Asentí casi imperceptiblemente. Mi mal humor se acentuó cuando vi que era evidente que Rocko había sido testigo de mi humillación.

*Mi novio es un extraño*



Mi amigo se rió y me dio un suave puñetazo en el brazo.

—No te preocupes, Mikey. —Se puso de pie y se pasó la mano por el pelo enredado. —Regresaré en sesenta segundos con una chica fresca, que sepa cómo apreciar a los hombres como nosotros.

Alcé la mano.

—Ni se te ocurra, Rocko. Sólo quiero quedarme sentado aquí, pensando en las ventajas de vivir en un monasterio. —Me quité el moño que llevaba en el cuello y desabroché el primer botón de la camisa de mi esmoquin alquilado. En lo que a mi respectaba, el baile de promoción había terminado.

Debí haber imaginado que Rocko no se daría por vencido con tanta facilidad. Se recostó contra el respaldo de la silla, frente a mí.

— ¿De qué hablas, amigo? ¿Vas a decirme que tú, el hombre que podría tener cualquier chica de Brooklyn, está a punto de abandonar a la mitad de la población sólo por una mocosa que se cree una reina?

—Bueno, debe de haber sido alguien realmente importante, porque se nota que no es una chica cualquiera. A lo mejor es de la alta alcurnia y ésta es su presentación en sociedad. Seguro que el padre...

—Basta ya, Hobart —Me interrumpió Rocko—. Caso perdido. —Corrió su silla hacia atrás y se ajustó el nudo de la corbata.

—Tienes razón —respondí—. Vayámonos de aquí. —Comencé a ponerme de pie. Ya me sentía mejor. Estaba ansioso por escapar de allí.

—No tan de prisa. —De un empujón, Rocko me sentó de nuevo en la silla—. Sesenta segundos, tómate el tiempo.

Salió corriendo en busca de una chica y yo me repantingué en el asiento, resignándome a mi destino. Si Rocko se proponía levantarle el ánimo a alguien, nadie se lo impediría.

Fin de la discusión.

Tomé un vaso y bebí un sorbo de ponche. La bebida me resultó nauseabunda, tan dulce que me empalagó. Dejé el vaso en la mesa con un violento golpe. Estaba harto de todo. Pero mientras observaba el líquido rosado rebasar el borde del vaso para derramarse sobre el mantel, la ira superó la sensación de bochorno que se apoderaba de mí. Rocko tenía razón. ¿Por qué permitir que la Reina de la Perfección echara a perder mi diversión? Seguramente se pondría feliz si me viera salir cabizbajo y solo del salón de baile. Decidí ir a la pista para demostrarle lo mucho que me estaba divirtiendo.

*Mi novio es un extraño*



De pronto se me representó la imagen de la Reina, de pie, sin bailar, insultándose por lo bajo mientras me veía dar vueltas y vueltas con una bella muchacha entre mis brazos. Por primera vez en media hora, logré sonreír.

—Permiso...permiso...Déjenme pasar. —Oí la voz de Rocko que trataba de abrirse paso entre la multitud, para acercarse a nuestra mesa.

Por fin llegó a mi lado y yo levanté la vista para ver a quién me había asignado como compañera. Mi sonrisa se borró por completo cuando vi a la chica de amarillo que había estado antes con la Reina de Hielo.

—Supongo que eres Michael Hobart —dijo la muchacha con una sonrisa.

Hice una pequeña reverencia. Me alegré de que al menos hubiera alguien que todavía conservaba el buen humor.

—¿Se conocen? —preguntó Rocko, confundido.

—No exactamente—contestó ella, mientras me tendía la mano para que se la estrechara—. Me llamo Kari Washington. —Se volvió hacia Rocko—. Yo estaba con Vanessa cuando ella rechazó lisa y llanamente su invitación a bailar. —explicó gesticulando en dirección a mí.

Vanessa, Vanessa. El nombre hacía eco en mi mente. Yo me había imaginado un nombre más imponente; tal vez Victoria, Eleanor o Margaret. Cualquiera otro menos Vanessa.

—De modo que así se llama, ¿eh? —La voz de Rocko interrumpió mis cavilaciones—. ¿Vanessa qué?

—Pendleton —respondió Kari. Nos miraba con desconfianza; sospeché que pensaba que Rocko la había invitado a bailar para que yo pudiera ametrallarla con preguntas sobre su amiga.

—¿Y a quién le importa la tal Vanessa no sé cuánto? Vayamos a bailar. —dije enseguida.

Tomé la mano de Kari y fuimos esquivando mesas hasta que por fin llegamos a la pista. Las mesas, que al comenzar la velada se veían impecables, ahora estaban cubiertas con vasos plásticos, servilletas y hielo que se derretía. Había varias sillas caídas y cintas rosadas por doquier. A pesar de la música estridente, oí ruido de vidrios que se rompían. Cuando me volví a ver qué pasaba, vi a un enorme jugador de fútbol americano junto a los añicos a los que se había reducido uno de los grandes floreros.

—¡Esto no es una fiesta hasta que alguien salga quebrado! —gritó la voz del estúpido. Luego empezó a repartir las flores blancas que estaban en el florero a las chicas que lo

*Mi novio es un extraño*



rodeaban y que no dejaban de reír como tontas. Revoleé los ojos y noté que Kari meneaba la cabeza.

—Esto no le caerá nada bien a Vanessa —gritó para que pudiera oírlo a pesar de la música—. Compró esos floreros con su propio dinero.

Arqueeé las cejas. Me había sorprendido que la reina hubiera tenido tanto interés en el baile de la escuela como para costear los gastos de la decoración con dinero de su propio bolsillo. Pero inmediatamente recordé que lo más probable era que su tarjeta de crédito no tuviera límite de compras, porque su papito y mamita del alma le consentirían todos los caprichos. Me encogí de hombros y miré a Kari.

—Se me parte el corazón. —respondí también a gritos.

Logramos llegar al centro de la pista en el momento en que la orquesta comenzaba a interpretar un ritmo muy movido de James Brown. Ninguno de los dos se molestó en iniciar una conversación; sólo nos dejamos llevar por la música. A medida que me concentraba en el baile, la tensión vivida comenzaba a abandonar mis piernas. Mi camisa estaba empapándose en sudor; noté que varias chicas me miraban con admiración.

“Esto te lo dedico a ti, Vanessa Pendleton”, pensé.

Cuando la canción terminó, me puse de pie junto a Kari tratando de recuperar el aliento. La banda empezó a interpretar entonces una de las baladas melosas que las mujeres adoran y los hombres detestamos. Decidí ir a sentarme, Kari me resultaba bastante simpática, pero no me inspiraba la necesidad imperiosa de bailar mejilla con mejilla con ella. Incliné la cabeza para decirle que iría a la mesa a descansar, pero antes de que pudiera articular palabra, noté a la arrogante Vanessa Pendleton, que nos miraba con sus impenetrables ojos de hielo. No necesite más coraje. Estreche a Kari contra mi pecho, disfrutando de lo furiosa que se pondría Su Alteza cuando viera a su amiga bailando.

Kari resultó una compañera entusiasta, y cada vez que me sonreía mi culpable conciencia me hacía un nuevo nudo en el estomago. Mi actitud era la de un canalla; estaba usándola para vengarme de Vanessa. Kari no merecía ser un arma en la batalla de poder que librábamos Vanessa y yo en esos momentos. ¿Pero qué podía hacer? Ya estábamos bailando y abandonarla en medio de un tema romántico habría sido mucho más grosero que seguir usándola. Bajé la vista, decidido a demostrarme atento, por lo menos.

Ella me miraba directamente a los ojos y yo sentí que el rubor me teñía toda la cara.

—No es tan mala. ¿Sabes? —comentó Kari.

No necesité preguntarle de quién hablaba.

— ¿De verdad? Casi me engaña.

*Mi novio es un extraño*



Con mi tono de voz quise dar a entender que no tenía intenciones de hablar con su amiga, pero Kari me ignoró.

—Una vez que la conoces, descubres que Vanessa es una persona maravillosa. Sólo que está muy reprimida...

El volumen de la música ya no era tan ensordecedor; podía oír cada una de las palabras que Kari me decía. Tuve que reconocer que sentía una curiosidad desesperada por Vanessa Pendleton, la misma desesperación que sentía por mantener una expresión indiferente. ¿Se imaginan la conversación de esas dos chicas un par de horas después, si yo me daba el gusto y preguntaba todo lo que quería saber?

—Quería conocer todos los detalles —comentaría Kari.

—Bueno, sólo espero que no le hayas dicho dónde vivo. ¿Quién sabe de lo que es capaz un tipo de esa calaña? —respondería Vanessa.

De todas maneras, mordí el anzuelo de Kari.

— ¿Y por qué cuidan tanto a Vanessa?—pregunté por fin, con la esperanza de que creyera que sólo era una conversación casual.

—Su madre murió de cáncer hace cinco años —respondió Kari sin rodeos—. Desde entonces, Vanessa ha construido una especie de muro a su alrededor. Nadie puede acercársele...excepto William Gallagher el Grande, por supuesto.

Sentía que el corazón se me destrozaba por dos motivos. Por un lado, me compadecí de ella. Como mis padres también habían muerto seis años atrás en un accidente automovilístico, instantáneamente sentí que teníamos algo en común. Pero de inmediato calificué mi ternura de sentimentalismo idiota; la muerte de su madre nada tenía que ver conmigo. Por otro lado, me agobiaban los celos, sencillos y mortificantes celos. Traté de remendar mi corazón doblemente destrozado lo antes posible. Como no respondí a la revelación de Kari, ella dejó de bailar y me apretó la mano. Demoré un par de segundos en darme cuenta de que me conducía directamente hacia la Reina de Hielo. Me detuve de golpe.

— ¿Qué crees que estás haciendo?

—Dándote una segunda oportunidad con Vanessa —respondió con lentitud, como si le hablara a un niño de cinco años—. Si le caes bien, tal vez puedas devolverme el favor haciéndome buena propaganda con tu amigo Rocko.

Debí inspirar hondo para evitar que se me quebrara la voz.

—No quiero una segunda oportunidad.

*Mi novio es un extraño*



Me dirigió una breve media sonrisa.

—Por supuesto que no, Michael. —Siguió el camino que se había propuesto; la seguí sumisamente.

No bien llegamos a donde estaba la Reina, supe que Kari había cometido un error. Los ojos de la Reina de Hielo me miraron de forma tan impenetrable y malévola como antes.

— ¿No sientes un olor extraño, Kari? Creo que debe ser ese parasito arrogante que llevas de la mano.

Kari me dirigió una mirada furtiva.

—Anda, Vanessa, sé amable —le dijo con tono convincente.

Vanessa me obsequió una sonrisa falsa.

—Oh... ¿Dónde he dejado mis modales? Supongo que en Upper East Side, con el resto de mi civilizada existencia.

—Creo que iré a buscar un poco de ponche para todos. —balbuceó Kari, y desapareció antes de que yo pudiera decirle lo mucho que le agradecía que me hubiera dado “una segunda oportunidad”. Ya podía ir despidiéndose de Rocko.

Tenía los ojos muy irritados mientras observaba a la hermosa muchacha que tenía frente a mí. Por lo general no soy demasiado temperamental, pero Vanessa Pendleton me había hecho llegar al límite, mejor dicho, me lo había hecho superar por varios cuerpos.

— ¿Qué problema tienes, mocosa rica y malcriada de papito?—No le hablé. Prácticamente le grité. — ¿Acaso tienes miedo de que un chico que vive en el lado feo de la ciudad sea capaz de derretir tu hielo, y por eso no te atreves a ser amable?

Note furia en su cara, pero nada iba a detener mi sermón.

—Pensé que las chicas descerebradas como tú, que se presentan en sociedad en estos bailes de escuela, por lo menos aprenden el arte de conversar —continué—. Debes de haber reprobado la materia de buenos modales.

Cuando por fin me quede callado, vi que Kari regresaba con el ponche. Nos miraba fijamente y tenía la boca muy abierta. La palabra “peligro” parecía escrita en letras mayúsculas en el rostro de la reina. La voz le tembló de verdad cuando hablo.

— ¿Me convidas un vaso de ponche, Kari? —dijo.

—Gracias —dijo Vanessa con una sonrisa.

*Mi novio es un extraño*



Luego, Vanessa Pendleton Se movió tan rápido que sentí antes de ver, cómo vaciaba todo el contenido del vaso plástico sobre mi cabeza. Un cubo de hielo se deslizó entre mi camisa y mi espalda; el veloz camino que dibujó sobre mi columna me dio escalofríos. Entre tanto, el líquido pegajoso y rosado empapaba la pechera de mi arrugada camisa de alquiler. Por primera vez me quedé sin palabras.

—Te aconsejo que te retires ya mismo de este baile, antes de que mi novio y todo el equipo de rugby de Pembroke Day School te muelan los huesos a golpes —dijo, mirándome con sus ojos como dagas. Ante la frase, hice lo que habría hecho cualquier hombre que tuviera dos dedos de frente: huí.



# Capítulo 3

*Transcrito por Upsybetsy*

VANESSA

TRES SEMANAS DESPUÉS

El sábado por la mañana me miré en mi espejo de cuerpo entero e hice una mueca tenía los ojos irritados e hinchados; las lágrimas habían dejado sus huellas al secarse sobre mis mejillas. Tuve que obligarme a recordar que esa pesadilla era una realidad: mi padre había decidido enviarme a un campamento de verano; estaría fuera de la ciudad de Nueva York durante un mes entero. Todavía me estremecía al recordar la terrible noche que me dio la noticia:

—Vanessa, Irás a Camp Bon Vivant, y vas a adorar cada minuto que pase allí.

Inmediatamente tuve la sensación de que me había enviado exiliada a Siberia en lugar de enviarme a un lujoso retiro en Catskills. Y ciertamente era un exilio: una forma cruel de castigo.

La noche de baile de promoción llegué tarde a casa, muy tarde. Después de mi horrendo encuentro con Michael Hobart estuve inquieta, descontrolada. Por eso, cuando William sugirió que no respetara el horario que me habían impuesto mi padre y que lo acompañara a un lugar que tienen abierto hasta tarde, no lo pensé dos veces y acepté. Cuando llegué tarde al departamento, casi al amanecer, mi padre estaba esperándome despierto, nunca lo había visto tan furioso. En ese mismo momento decidió que William era el hijo de Satanás.

Por lo tanto, como él debía partir hacía una gira para dar varias conferencias, sintió la imperiosa necesidad de poner cientos de kilómetros entre William y yo. Nada de peleas ni de discusiones coherentes, ni de súplicas. Mi destino estaba en las manos de mi padre. Final de la historia.

Alguien golpeó con suavidad mi puerta. Enseguida me froté los ojos y me los sequé.

—Adelante —dije, deteste lo fina y quebradiza que me salió la voz.

—Hola, querida —Estaba de pie en la puerta de mi cuarto. Con su ropa de color militar, impecablemente planchada, me pareció como siempre, el perfecto espécimen masculino.

—William —Al verlo, recrudesció mi dolor. Aquellos ojos tiernos y sus largas pestañas fueron demasiado para mí. En una mano traía un enorme oso de peluche marrón.

*Mi novio es un extraño*



Corrí a sus brazos, y hundí mi rostro en su pecho. Me abrazó con todas sus fuerzas por un rato y luego me apartó con delicadeza.

—No querrás mojarme esta costosa camisa de Armani, ¿verdad? —bromeó, pellizcándome con suavidad la mejilla.

Asentí con la cabeza, tragándome con sumo coraje el nudo que tenía en la garganta. No quería que William me recordase como una bruja; me chorreaba la nariz tenía los ojos tan hinchados que casi no podía abrirlos.

—¿Eso es para mí? —pregunté señalando el oso.

Me sonrió y depositó el muñeco entre mis brazos.

—Él es el único que puede sustituirme mientras estás fuera de la ciudad. No puedes abrazar a ningún otro.

Apreté con fuerza el oso de peluche.

—William, ¿Cómo crees que podría mirar a otro cuándo te tengo a ti esperándome en casa?

No bien pronuncie esas palabras, una terrible inseguridad se apoderó de mí ser. Un chico como William no se quedaría solo mucho tiempo.... Si no quería. Inspiré profundamente para tranquilizarme y traté de aclarar mi voz para continuar.

—Me esperarás, ¿verdad? —mientras aguardaba su respuesta se me detuvo el corazón.

—Por supuesto, Vanessa. —dijo depositando un delicado beso sobre cada uno de mis párpados—. Tú y yo formamos la pareja más solida de la escuela. Jamás separaría este dúo tan dinámico.

Su voz grave, de terciopelo, fue como una tierna caricia, mi corazón volvió a palpar.

—Te escribiré todos los días —le prometí.

William asintió con la cabeza.

—Y me llamarás.

—No bien llegue a ese lugar —juré, apoyándome la cabeza sobre el hombro— ojalá pudieras acompañarme hasta la estación de tren, por lo menos.

Suspiró.

—Me encantaría, pero debo asistir a una clase del curso preparatorio para el examen de ingreso a la universidad....

*Mi novio es un extraño*



En el pasillo al que deba la puerta abierta de mi habitación sonó la alarma del reloj de mi abuelo.

—Supongo que debo de terminar mis cosas. —murmuré con la voz muy ronca.

—Me iré. —dijo William, pero no se movió de donde estaba. Luego me estrecho contra su cuerpo casi con violencia.

Presionó sus labios con fuerza contra los míos, y compartimos un apasionado beso. Sentí el súbito estallido de adrenalina que normalmente acompaña el delito. Mi padre estaba muy cerca de allí, y en cualquier momento podría sorprendernos perdidos en ese descuido abrazo. Por fin, retrocedí.

—Creo que lo mejor será que te vayas. —dije débilmente.

Me apretó la mano y tiro con delicadeza de un mechón de mi cabello.

—No me olvides —se volvió abruptamente y yo me quede contemplando su espalda que se alejaba por el corredor.

—Jamás. —respondí en voz alta. Luego cerré la puerta de mi cuarto, como si quisiera dar un portazo a ese largo mes que nos separaría.

—Juan ya está en la estación con tus maletas —anunció mi padre una hora después.

Íbamos en un carro alquilado hacia Penn Station. Me dejaría en la estación y luego seguiría su camino hacia el aeropuerto la Guardia. Su primera conferencia —“las relaciones raciales a fines del siglo XX”— tendría lugar el día siguiente. Mientras el tren me llevaría a las montañas, mi padre estaría volando hacia Lincoln, Nebraska.

—Lo sé, papá. —dije entre suspiros. Había repasado los detalles de mi partida más de un millón de veces; en el fondo, se sentía bastante culpable por no ir a despedirme personalmente en el andén. En cambio Juan un ecuatoriano que trabajaba en nuestro edificio (y que a veces hacía horas extra desempeñándose como mi padre sustituto), me acompañaría hasta el andén para asegurarse de que subiera al tren sin ningún tipo de inconvenientes.

—¿Tienes tu boleto? —preguntó papá.

Revoleé los ojos.

—Por supuesto que lo tengo. Hace bastante que deje de ser un bebé, ¿lo recuerdas?

*Mi novio es un extraño*



Todavía estaba molesta con él por su decisión de mandarme fuera, y por lo tanto no tenía ninguna intención de calmar su ansiedad paternal.

—Puedo cuidarme sola. Estoy acostumbrada.

Luego ambos nos quedamos callados. Oí al conductor que insultaba a los taxistas que pasaban a su lado, y lo envidié de corazón. Ojala yo pudiera bajar la ventanilla e insultar de arriba abajo al mundo entero. En cambio, cerré los ojos y apoyé la cabeza sobre el respaldo de mi asiento, negando así a mi padre la última oportunidad de conversación.

Minutos más tarde, abrí los ojos de golpe cuando sentí que el conductor clavaba los frenos.

—Penn Station —Ladró.

Tome mi bolso grande de cuero, el oso de peluche que William me había regalado y lleve la mano a la manija de la puerta. Sentí que las lágrimas acudían a mis ojos. Parpadeé varias veces. Lo más importante para mí en esos momentos era conservar la calma para poder despedir a mi padre.

—Bueno, creo que llegamos. —dijo.

—Sí. — ¿Qué otra cosa podía decirle?

Lo vi mordiéndose el labio y luego suspirar profundamente.

—Te quiero mucho, Vanessa. Lo sabes ¿verdad?

Con la mirada fija en el tapizado vinílico marrón agrietado del asiento, asentí de manera imperceptible. El gigantesco nudo que oprimía la garganta se disolvió un poco.

—Sí, papá. Lo sé.

—No quiero herirte mandándote a este campamento. Creo que alejándote de esta loca ciudad aprenderás algunas cosas importantes sobre ti misma. —Hizo una pausa y miré su rostro sombrío—. Cosas que tu madre te habría... —Su voz se desvaneció y miro el reloj—. Bueno, no importa... creo que será mejor que te vayas ya.

—Sí, debes tomar ese avión. —respondí, y abrí la puerta del auto.

—Y tú el tren. —Me palmeó torpemente la cabeza y me dio un beso ligero sobre la mejilla—. Que te diviertas en el campamento. Te escribiré.

—Adiós, papá. —lo saludé mientras me bajaba agitando la mano en el aire por última vez.

No bien cerré la puerta, escuche a mí padre dar instrucciones al conductor.

—Aeropuerto La Guardia. Rápido.

*Mi novio es un extraño*



Las ruedas chillaron cuando el auto partió, aunque se quedó parado en el embotellamiento mientras el conductor esperaba para girar a la izquierda. Me quedé observándolo durante varios minutos y luego me dirigí hacia las puertas de Penn Station.

Estudí mi imagen reflejada en los vidrios, prestando particular atención en mis ceñidos jeans de buena marca y a mi chaqueta de cuero. Con ese enorme oso y mi costoso bolso, realmente parecía la dueña de toda la ciudad. Una última lágrima rodo por mis mejillas, y se estrelló contra la sucia acera. Estaba sola.

Penn Station se hallaba tan atestada de gente, tan pestilente y horrenda como la recordaba. Hombres trajeados y mujeres con niños corrían por todas direcciones; la mayoría parecía ser la víctima de un ser espantoso que los perseguía y se los comería vivos si no tomaban el tren a tiempo. Junto a la tumultuosa sala de espera vi a un hombre muy arrugado que jugaba al monte de tres naipes con tres turistas incautos.

“despídete de tus primeros veinte dólares”, pensé mientras miraba al hombre de bermudas y sombrero de paja caer en la trampa del anciano.

Crucé toda la estación, rumbo al colosal cartel colgante que anunciaba todos los horarios de salida. Juan me hizo un gesto agitando la mano en el aire. Estaba de pie junto a mi pila de maletas, sonriente.

—Hola, Juan ¿Cómo estás? —Pregunté, aliviada al ver un rostro conocido.

—Tu tren partirá dentro de cinco minutos, niña —respondió—. Todavía no han anunciado el número del andén.

—Voy corriendo hasta el tocador —le dije.

—Date prisa —me recomendó, mirando con ansiedad el cartel.

Asentí con la cabeza y me perdí entre la multitud. Mientras caminaba advertí la presencia de otros chicos que evidentemente también partían de campamento. Por supuesto, llevaban pantalones prehistóricos, y descoloridos como el mío. No obstante, con resentimiento noté que cada uno estaba acompañado por lo menos por uno de sus padres. Yo sólo podía contar con Juan, que había recibido cincuenta dólares por la tarea.

Antes de salir de allí me lavé las manos rápidamente. El trámite me había llevado más tiempo del esperado, y sin duda Juan estaría muy preocupado. Salí corriendo hacia donde se hallaba el cartel; el bolso me golpeaba rítmicamente la cadera al andar y casi pasaba a presión entre persona y persona.

— ¡Todos arriba! ¡Andén catorce! —gritó Juan en cuanto me vio.

*Mi novio es un extraño*



Fuimos corriendo hasta la plataforma de salida y por un momento fantaseé con la posibilidad de perder el tren de verdad. Podría quedarme en el apartamento, sola, y ver a William todo el tiempo que se me antojara. Mi padre no tendría por qué enterarse.

Meneé la cabeza, no ir a ese campamento era un sueño imposible. Mientras yo planeaba mi plan. Juan ya había abordado el tren para acomodar todo mi equipaje en el compartimiento superior.

—Cuando llegues, tendrás que pedir a alguien que te ayude —me advirtió.

—De acuerdo —respondí como una zombi. No quería creer que estaba a punto de ocupar mi asiento para que ese tren me llevase en medio de la nada.

—Que te diviertas, querida. —dijo Juan. Me tocó el hombro y se fue.

“Igual que todos los demás” pensé.

Me senté y tomé una revista gratuita, que estaba en el bolsillo de red del asiento situado frente al mío. Había una foto, que ocupaba dos páginas de la revista, donde mostraban el medio oeste. Traté de imaginar a mi padre dando una conferencia en un maizal de Nebraska, y esa imagen me hizo reír por primera vez en todo el día.

En la página siguiente una propaganda de los osos de peluche Vermont. Observé los peludos animales y lentamente un pánico horrendo se apoderó de mí.

“el oso de peluche... el oso de peluche”

Busque con desesperación a mí alrededor y luego en el compartimiento superior. De repente, como si hubiera recibido una potente descarga eléctrica, recordé que había apoyado a mi oso junto al lavabo del baño de la estación. Después salí corriendo y... ¡olvide mi oso allí!

— ¿Cuánto falta para que salga el tren? —grité al hombre sentado frente a mí.

Levantó la vista del libro que estaba leyendo, obviamente sorprendido por el tono de urgencia de mi voz. Miró el reloj digital.

—Tres minutos, aproximadamente —respondió

Calculé el tiempo que me llevaría al volver al baño de damas. Tome mi bolso y me dirigí a la puerta. Si corría a toda velocidad podría lograrlo.

—Cuide mi equipaje, por favor —le pedí, hablándole por sobre el hombro. Me importaba muy poco si me había oído o no. Tenía una misión que cumplir.

*Mi novio es un extraño*



Salí corriendo hasta la multitudinaria estación. Esquivé a un chico que llevaba una patineta y me enganché con la rueda de la maleta de una mujer. La maleta se ladeo yo tropecé y caí de lleno con las manos y rodillas.

— ¡Mira por dónde vas, jovencita! —gritó, mientras se agachaba a recoger la maleta.

Yo estaba tan desesperada que ni se me cruzó por la cabeza disculparme. No bien puede volverme a poner de pie, continué mi camino a toda velocidad.

Por fin me detuve cuando llegué a la puerta del baño de mujeres. Una niña pequeña, de cabellos rojizos, estaba de pie junto a su madre, que se retocaba el maquillaje con un lápiz labial magenta. La niña cargaba mi precioso oso de peluche.

— ¡Eso es mío! —grité, abalanzándome hacia el oso.

La niña aterrada, inmediatamente empezó a lloriquear con voz tan fina y estruendosa que hizo temblar hasta las paredes.

—Estaba apoyado aquí —se defendió la mujer, entregándome el oso y a la vez protegiendo a su hija de mi mirada asesina—. Pensamos que a alguien se le había olvidado.

Aferré al animal con toda mi fuerza y me tomé del lavabo para recuperar mi aliento.

La mujer sonrió con expresión compasiva.

—No hay nada que lamentar, querida. Lo has recuperado sano y salvo.

El encuentro con esta mujer tan maternal me conmovió, imagine a mi madre, protegiéndome del peligro y secándome la lagrimas. Abracé al oso con más fuerza y me volví rápidamente hacía la puerta. Mi reloj mental no dejaba de avanzar. Sí perdía el tren en ese momento, después de que Juan me había visto subir sin dificultades, mi padre primero me mataría y luego me encerraría por el resto de mis días.

La estación seguía tan llena de gente como antes. Mientras yo corría a toda velocidad hacia el andén catorce imágenes borrosas de brillantes camisetas con logos, posters de películas y carteles de restaurantes pasaban junto a mí con la misma prisa. Entonces disminuí la marcha ¿Dónde está el andén catorce?

Había estado corriendo con tanto ahincó que no presté atención al rumbo que tomaba. Me detuve y estudié el sitio en el que me encontraba. Cuando vi el andén 1. Seguí corriendo.

De pronto, como si hubiera surgido de la nada aparecieron frente a mí tres escalones. Los bajé de un salto, decidida a no perder ni un segundo, pero justo cuando puse los pies en el suelo uno de mis tacones se enganchó en el último peldaño.

*Mi novio es un extraño*



Por un momento, todo fue en cámara lenta. Luego el tiempo avanzo despiadadamente y yo perdí mi precario equilibrio. El piso blanco de linóleo se me acercaba a la velocidad de la luz. No había manera de impedir la caída.

Desde algún sitio distante oí un golpe seco. Mi cabeza contra el piso. El mundo se escapo a hurtadillas de mi mente y el blanco linóleo se convirtió en un perverso manto negro.

*Mi novio es un extraño*



# Capítulo 4

*Transcrito por Гяґә*

MICHAEL

Estaba apoyado contra el pilar de cemento en la estación de subterráneo de la avenida Atlantic, mientras observaba a Rocko jugar con la pelota, cerca de los andenes. Él iba a la ciudad, a jugar pickup ball, y yo me dirigía a una tienda de la calle Treinta y Cuatro, donde vendían cámaras de fotografías con descuento. Cuando terminara el verano, con suerte, tendría el dinero suficiente como para comprarme una cámara digital, y por eso quería empezar a mirar distintos modelos con anticipación. En el bolsillo trasero de mi pantalón llevaba una guía para el consumidor.

Los rebotes de la pelota hacían eco en las paredes de la estación. Una mujer que llevaba un bebé dormido dirigió una mirada de irritación a Rocko.

—Por favor —le dijo, haciendo un gesto en dirección al bebé.

Rocko detuvo la pelota.

—Disculpe. —Se encaminó hacia mí y me arrojó la pelota al pecho. —Piensa rápido.

Tomé la pelota sin dificultades y la sostuve debajo del brazo.

—no la recuperarás antes de que bajemos del tren —le dije.

Se encogió de hombros y comenzó a hacer ejercicios de estiramiento para prepararse para su partido.

—¿Irás a la fiesta de Sharon de esta noche? —preguntó cuando volvió a incorporarse.

Hice girar la pelota entre mis dos dedos índices.

—Tal vez. Pero seguro que será lamentable.

Rocko meneó la cabeza. No podía creer lo que estaba oyendo.

—Amigo, será maravillosa. Sharon me dijo que su madre prepararía asado y que habrá muchas chicas bonitas.

—¿Y con eso qué? Tengo cosas mucho más importantes por las que debo preocuparme antes que de las chicas —mascullé entre dientes.

*Mi novio es un extraño*



— ¿Sí? ¿Cuáles, por ejemplo? —Se interpuso en mi camino y me arrebató la pelota. Dejé que se saliera con la suya. De pronto me sentí un poco cansado como para preocuparme por si Rocko volvía locos a todos los que estaban en la estación.

—mi trabajo con el señor Branin. El picnic del Cuatro de Julio para los huérfanos en St. Ann's. Tomar fotografías...

Mis planes para el verano me tenían realmente entusiasmado. Trabajar en la casa de fotografía del señor Branin sería una experiencia de aprendizaje estupenda para mí, además de representar un modo decente de ganar algún dinero. Y como había perdido a mis padres, siempre quise participar en las reuniones caritativas, como el picnic a beneficio de esos huérfanos que no habían tenido tanta suerte como yo.

—Dios santo, Mikey. ¿Entonces tienes dieciséis para setenta? Necesitas una chica hermosa que te recuerde de qué se trata la vida.

—Una chica es lo último que necesito —contesté con amargura. Desde ese baile de promoción me alejé de la población femenina. Salir con chicas era demasiado complicado; por eso decidí concentrarme en aquellos aspectos de la vida que no causaran miedo, dolor o humillación.

—Pensé que era tu primera necesidad —replicó Rocko, haciendo rebotar la pelota contra el pilar de cemento por última vez, cuando el tren número dos anunció su llegada con un chillido—. ¿Recuerdas el último verano, el último otoño y el último invierno? Debes de haber tenido cinco novias diferentes.

Me quedé callado, esperando que se abrieran las puertas. Un par de curas bajaron del vagón que estaba frente a nosotros y Rocko se apresuró a ocupar los asientos que dejaron libres.

—Entonces he madurado —dije. El tren se puso en marcha y nos alejamos de la estación.  
—No necesito hacer el ridículo frente a una mujer para sentirme hombre.

Rocko se echó a reír.

—Has estado inhalando demasiados productos químicos para revelar rollos de fotografías, Hobart. Se te ha echado a perder el cerebro.

Apoyé la cabeza contra el vidrio fresco de la ventanilla.

—Puedes torturarme cuanto desees, Rocko. De todos modos, en estas vacaciones de verano me tomaré un descanso de las mujeres.

Rocko colocó la pelota de básquet sobre la palma de su mano y se quedó observándola durante un rato.

*Mi novio es un extraño*



—Bueno amigo, lo que tú pierdes yo lo aprovecho. Tendré más chicas para elegir en la fiesta de Sharon.

Cerré los ojos, agradecido de que la conversación, en apariencia, hubiera llegado a su fin. Rocko era mi mejor amigo, pero en ocasiones podía ser un verdadero estorbo.

Fingí dormir mientras el tren subterráneo nos conducía desde Brooklyn a Manhattan. Cuando nos detuvimos en la calle Veintinueve ya me sentía mejor. El suave traqueteo del subte siempre me tranquilizaba, y ese día no fue la excepción. Al llegar a Penn Station me puse de pie y me ubiqué junto a la puerta.

—Te llamaré más tarde —dijo Rocko—. Tal vez cambies de opinión con respecto a la fiesta de Sharon.

—Han ocurrido cosas más extrañas —comenté cuando las puertas se abrieron. Bajé al andén atestado de gente y sentí esa familiar bocanada de aire caliente cuando el tren se alejó detrás de mi, rumbo a Times Square.

Cómo detestaba Penn Station los sábados. Siempre era un basural, pero al estar tan lleno de gente, hacía calor y en el ambiente reinaba un olor hediondo. Me dirigí hacia uno de los carteles rojos que decían “Salida”; luego me volví unos pasos por el mismo camino. Si tenía que enfrentarme en un combate con las multitudes y el tránsito de la calle Treinta y Cuatro, lo mejor era fortificarme con una lata de Cherry Coke, aunque estuvieras más cara de lo debido.

Sostuve la lata fría de aluminio contra mi frente, mientras me alejabas de uno de los doce puestos cerrados de Penn Station. Me abrí paso entre un apretado grupo de gente, pensando en lo deliciosa que estaría mi bebida una vez que lograra probar el primer sorbo.

A unos quince metros de la salida más cercana había un círculo de personas que murmuraban. Un imán invisible me atrajo hacia ellos. ¿Estarían llevándose preso a alguien? ¿Acaso habría alguna celebridad? ¿Algún apuñalado, tal vez? Con la mórbida curiosidad de la mayoría de los neoyorquinos, no podía pasar por alto semejante espectáculo.

Cuando llegué a la parte externa del círculo, me quedé boquiabierto. Tendida sobre el piso sucio de Penn Station, con los ojos cerrados y el rostro macilento, yacía Vanessa Pendleton. Miré rápidamente alrededor, tratando de ver a Kari o al apuesto novio de la Reina, pero nadie de todos los que estaban allí se acercó para ayudarla. Sólo se quedaban mirándola, preguntándose si estaría muerta o no.

*Mi novio es un extraño*



Sin pensarlo ni por un segundo, rompí el círculo humano, fui corriendo hacia ella y me hincué a su lado. En ese momento, en que no olía el aire ni me miraba con desdén, parecía una niña. Me dolió el corazón cuando le tomé la mano y susurré su nombre.

—Vanessa, ¿me oyes? ¿Puedes oírme?

Noté que respiraba, pero evidentemente no me oía. Una mujer de expresión preocupada, con una niña pelirroja a su lado, avanzó un paso hacia mí.

—Se cayó por las escaleras hace unos segundos —explicó la mujer—. Debe de haberse golpeado la cabeza.

Asentí y coloqué mi lata de Cherry Coke fría sobre la mejilla de Vanessa.

—Despierta, Vanessa —urgí.

— ¿La conoces? —me preguntó la mujer.

—Sí... podría decirse que sí.

La pequeña empezó a llorar y ocultó su rostro en la falda de la madre.

—Joannie y yo la vimos justo antes de caer —continuó—. Parecía muy nerviosa... se había olvidado el oso de peluche en el baño de damas.

Por primera vez reparé en el peludo oso marrón que estaba junto a Vanessa. También había un bolso de cuero a sus pies, con el contenido desparramado en el piso.

— ¿Dijo qué estaba haciendo aquí? —pregunté—. ¿Alguien la acompañaba?

A pesar de que la Reina del Hielo parecía vulnerable, no me entusiasmaba en absoluto la idea de hacer de protector. Ya me imaginaba cómo me agradecería si al despertar fuera el rostro de su enemigo número uno el que viera en primer lugar.

La mujer negó con la cabeza.

—No, estaba sola. Dijo algo que casi no pude comprender. Algo respecto de un novio... un campamento. Parecía desesperada por recuperar el oso.

Recogí el oso de peluche y lo coloqué entre los brazos de Vanessa. ¿Habría estado a punto de subir a algún tren cuando sufrió el accidente? ¿Iría a algún campamento de verano? ¿Pero dónde estaba su padre? ¿La habría dejado sola? Me di cuenta de que no obtendría ninguna respuesta hasta que recuperara la conciencia. Mientras tanto, pediría a alguien que llamara una ambulancia.

—Será mejor que llame al 911 —le dije a la mujer—. Debemos de llevarla a un hospital.

*Mi novio es un extraño*



La mujer asintió con la cabeza y se dirigió hacia un teléfono público, con su hija detrás. En ese momento, los ojos de Vanessa Pendleton se abrieron.

— ¿Quién va al hospital? —preguntó de repente.

La miré, sorprendido.

—Tú —le respondí con suavidad—. Te has caído. Te golpeaste y perdiste el conocimiento...

— ¿Quién eres tú? —preguntó, interrumpiendo mi frase.

“Típico —pensé—. Esta chica es tan altanera que ni siquiera puede recordar al pobre diablo a quien baño con un vaso de ponche. Tal vez hayan sido tantas sus víctimas que le resulta imposible tener presentes a todas.”

—Michael Hobart —respondí, tratando de dejar a un lado mi tono cáustico. Después de todo, era ella la que estaba tendida en el piso de Penn Station. Se merecía una pizca de compasión.

—Ah. —No había expresión alguna en su rostro. — ¿Quién soy?

— ¿Qué? —pregunté, en estado de shock.

Se sentó y se apartó el cabello del rostro.

— ¿Quién soy? —repitió.

Tragué saliva. ¿Tan fuerte se había golpeado la cabeza?

—Eres Vanessa Pendleton.

—Ah —respondió de nuevo.

La gente que nos rodeaba comenzó a marcharse con lentitud; era evidente que se iban decepcionados porque Vanessa no resultó ser el cadáver en vivo y en directo que todos esperaban. Comenzó a incorporarse, y la tomé del brazo para impedirselo.

—Quédate sentada y espera a los paramédicos.

Me miró furiosa. Fue el primer gesto que me recordó a la chica que había conocido en el baile de promoción.

—No iré al hospital —dijo categóricamente, abrazando a su oso. Parecía muy asustada.

—Tienes que ir —insistí, tratando de mantenerme sereno para que se convenciera.

*Mi novio es un extraño*



—De ninguna manera. Detesto los hospitales. Llévame a casa. —Comenzó a recoger todas las cosas que se le habían caído del bolso, para ponerlas con rapidez en su lugar.

Me mordí el labio. No sabía qué hacer.

—Vanessa, sé razonable.

Las lágrimas comenzaron a rodar sobre sus mejillas; en forma inesperada, se echó en mis brazos.

—Por favor, no me obligues a ir al hospital. No puedo ir. De verdad, no puedo.

Esa repentina presión de su cuerpo contra el mío me tomó tan desprevenido que estuve a punto de perder el equilibrio. Cuando por fin analicé la situación y descubrí que estaba abrazando a la reina —abrazándola con fuerza—, mi corazón empezó a palpar desesperado. Aquella noche, en el baile, cuando la abracé para bailar, ella se había mostrado fría y tiesa. Ahora la sentía suave y vulnerable. Además, en ese abrazo había algo distinto: su confianza en mí.

— ¿Por qué no puedes ir?

Frunció el entrecejo.

—No lo sé. —Su voz era tan baja que casi no pude oírla.

Durante unos segundos me di el gusto de acariciar su cabellera de seda con mi mejilla. Tenía el rostro tan cerca del mío que percibí una suave fragancia a jabón de lavanda. Le alisé el cabello con ternura, tratando de transmitirle mentalmente el mensaje de que nada le sucedería, y no porque fuera Vanessa, si no porque era un ser humano que estaba en problemas. Cuando le toqué la nuca, palpé un bulto gigante que iba formándose donde se había golpeado contra el duro piso de Penn Station.

— ¡Dios! Parece que tuvieras una pelota de golf aquí atrás —mascullé, y me aparté de ella para poder mirarla a los ojos.

Hizo una mueca.

—Con razón. Tengo la sensación de que todo el grupo de constructores de la Carretera de West Side están martillándome la cabeza a la vez. —Luego logró sonreír. —Pero estoy bien. De verdad...

Me eché a reír. Por lo menos recordaba Nueva York.

—Salvo un pequeño detalle: no recuerdas quién eres, no me conoces y tampoco sabes qué sucedió.

*Mi novio es un extraño*



Se puso de pie y me hizo incorporar también. Miró alrededor y frunció la nariz en señal de desagrado, como si viera la estación por primera vez.

—Michael, si es cierto que compartimos ciertos sentimientos, por favor te suplico que me saques ya de este infierno.

Traté de protestar, pero no bien abrí la boca para hablar, ella me la cubrió con la mano para impedírmelo.

—Y si te niegas —continuó— saldré a la calle por las mías. Estoy segura de que mis padres, quienesquiera sean, no se sentirán muy felices de que hayas perdido.

Suspiré, declarando en silencio mi derrota. Con memoria o sin ella, Vanessa Pendleton estaba acostumbrada a hacer siempre lo que se le daba la gana. No me quedaba otra alternativa más que olvidar lo de la tienda de cámaras fotográficas y llevarla a casa, o con tía Rose.

—Bien, vamos. Iremos a mi casa para pedirle a mi tía que te revise. Es enfermera.

Vanessa se encogió de hombros.

—No me importa adónde vayamos, siempre y cuando no sea un hospital. —Comenzó a sonreír, pero luego hizo una mueca de dolor y me tomó de la mano.

Entrelacé mis dedos con los suyos y me dirigí otra vez hacia la estación de subterráneos. Le entregué una ficha de subte que llevaba en el bolsillo, pero ella aminoró la marcha.

—¿Vamos a subir a ese subterráneo? —Evidentemente, el proyecto no le fascinaba ni mucho menos.

Ignoré el indicio de esnobismo que percibí en su voz.

—De modo que recuerdas el sistema de tránsito de Nueva York, ¿eh?

—Sí... Algo. No del todo.

Revoleé los ojos. Lo más probable era que Vanessa no hubiera tomado el subterráneo las veces suficientes como para tener una imagen fresca del sistema, pero estaba convencido de que, si tenía oportunidad de salir a la calle, lo primero que haría sería tomar un taxi. No obstante, siguió caminando; en apariencia, acababa de aceptar que descender a las profundidades del subte neoyorquino formaba parte de su vida diaria.

Cuando por fin subimos, la noté nerviosa. La conduje hacia la parte trasera del vagón, donde había una hilera vacía de sillas plásticas anaranjadas. Me apretó la mano mientras leía los graffiti que habían garabateado sobre las paredes y analizaba la diversidad de pasajeros.

*Mi novio es un extraño*



Se volvió hacia mí con expresión seria.

—Gracias a Dios que estabas conmigo, Michael. Qué suerte he tenido. —Me apretó la mano con más fuerza aún y apoyó la cabeza sobre mi hombro. —Ojalá pudiera recordar cómo era todo antes de hoy.

Con gran asombro y profunda satisfacción, descubrí que Vanessa creía que yo era su novio. No sé por qué no lo había adivinado antes. Claro, cuando despertó, yo estaba a su lado, tomándole la mano, haciéndome cargo de toda la situación... asumiendo todas las responsabilidades de un novio. Y sin embargo seguía siendo el chico a quien ella había humillado frente a todos la noche del baile de promoción. Todo aquel concepto erróneo me cautivó. En ese momento, en todas las circunstancias y para todos los fines, yo era el novio de Vanessa Pendleton. El chico de quien ella se había enamorado... tal vez el que le había regalado ese oso de peluche que llevaba celosamente sobre la falda.

Venganza.

Esa palabra me daba vueltas en la mente mientras le acariciaba el dorso de la mano con el dedo pulgar. Se me presentaba la oportunidad de pagar con la misma moneda a la Reina del Hielo, por el modo en que me había tratado, no me cabían dudas de que en algún momento recordaría quién era exactamente y, además, todo su pasado. Y cuando llegara ese momento, la expresión de su rostro sería digna de fotografiar y esa imagen merecía sin duda un gran premio. Sonreí para mis adentros.

Vanessa Pendleton había perdido la memoria, pero yo estaba a punto de hacerle vivir una experiencia que jamás olvidaría.



# Capítulo 5

*Transcrito por Lycoris*

VANESSA

Nada del barrio de Brooklyn, donde vivía Michael, me resultaba familiar. Caminamos calle tras calle, pasando frente a casas de alto, con fachadas de marrón rojizo, pero ninguna despertó recuerdos en mí. Cuando por fin él se detuvo frente a la suya, me quedé en la acera, observando. Me había contado que nuestro noviazgo había comenzado cinco meses atrás, de modo que esperé que esa casa evocara imágenes de nuestro pasado juntos.

—Qué extraño —dije con lentitud—. Seguramente debo de haber visitado tu casa docenas de veces, pero tengo la sensación de que jamás la he visto antes.

Michael introdujo ambas manos en los bolsillos traseros de su jean y comenzó a balancearse sobre un pie y el otro.

—Sí, a veces la mente nos juega malas pasadas —respondió. Subió con agilidad las escaleras del frente y extrajo un llavero del bolsillo.

—Tía Rose, he llegado —gritó Michael cuando entramos al vestíbulo.

Siguió caminando por la casa, pero yo me quedé atrás, me sentía muy cohibida. Estaba a punto de encontrarme con otra persona de quien sin duda, tampoco recordaría nada, y no sabía como comportarme ni qué decir. Empecé a temblar. Los acontecimientos de la última hora y media comenzaban a surtir efecto. Sabía que por fuera estaba muy serena, pero por dentro sentía pánico.

¿Y su nunca recuperaba la memoria? ¿Todos aquellos a quienes viera me resultarían extraños eternamente? Lo cierto era que había sentido una conexión inmediata con Michael... pero eso era diferente. Él era mi novio. ¿Y mis padres? ¿Serían agradables? ¿Tendríamos una buena relación? Cientos de preguntas me acosaban, pero no encontraba ninguna respuesta.

Michael volvió a llamar a su tía. Una mujer atractiva, con una cálida sonrisa, salió de uno de los cuartos para recibirnos.

—¿Michael, cómo es que has vuelto tan pronto? —preguntó.

*Mi novio es un extraño*



—Me encontré con una situación, eh... inesperada —respondió, acercándosele. Se volvió hacia mí. —Siéntate aquí, Vanessa. Iré un momento a la cocina a charlar con tía Rose. — Me dirigió una sonrisa serena aunque su tía me miraba con desconcierto.

Todavía me latía la cabeza, pero estaba demasiado inquieta como para quedarme sentada sin hacer nada. Sobre la repisa de la chimenea había un espejo grande, con un marco antiguo. Observé mi imagen por primera vez desde que me había golpeado la cabeza. Mi rostro me resultó vagamente familiar, aunque me llevé una grata sorpresa al descubrir una piel tersa, labios rojos y carnosos y ojos grandes.

— ¿Quién eres tú, Vanessa Pendleton? —me pregunté en voz alta. Con desesperación traté de recordar mi pasado, pero sin éxito. En ese momento toda mi vida era aquel presente: Michael, el living de su casa y su tía Rose.

Casi me eché a reír al pensar en Michael. Cuando desperté en el piso de la estación de tren, me sentí como la Bella Durmiente en versión moderna. Los ojos castaños e intensos de Michael y su sonrisa cálida eran tan impresionantes que todos los demás que me rodeaban se convirtieron en un manchón impreciso. Todo mi ser se había concentrado en el hermoso Michael. Y ahora estaba en su casa, un verdadero paraíso en comparación con el mundo de desconocidos que me esperaba fuera.

A la izquierda del espejo había una fotografía de un niño pequeño. De inmediato me di cuenta de que era una versión más joven de Michael; su sonrisa de entonces era tan única como la de ahora. En esa fotografía estaba parado entre un hombre y una mujer, jóvenes ambos (sus padres, supuse), en la acera. Noté que los ojos de Michael niño eran confiados, francos. En cambio, ahora eran intensos y cautelosos en ocasiones. ¿Por qué?

Me aparté de la fotografía cuando oí pasos que se acercaban.

—Hola otra vez —saludé, sonriendo a Rose con timidez. Me decepcionaba no recordar a esa mujer en absoluto, pero me cayó bien desde el primer momento.

—Hola, Vanessa —me dijo, mientras me tendía la mano para que se la estrechara—. Soy Rose Hobart, la tía de Michael. —Se dirigió hacia un sillón largo, en apariencia muy cómodo, y me hizo un ademán como para que me sentara a su lado.

—Lamento no recordarla —le dije mientras me sentaba.

Y era cierto. Sus ojos me parecieron atentos e inteligentes. Deseé que cuando viera a mi madre, es decir, cuando nos reencontrásemos, ella tuviera esa misma mirada.

Arqueó una ceja en dirección a Michael.

—No te preocupes —me tranquilizó—. No esperaba que mi rostro causara gran sensación en tu mente. —Me tomó una mano entre las suyas y la palmeó con suavidad. —Bien, soy

*Mi novio es un extraño*



enfermera matriculada y me gustaría examinar el golpe del que tanto me ha hablado Michael. ¿De acuerdo?

Asentí en silencio. Me tomó la cabeza entre las dos manos, grandes y fuertes. Mientras tocaba y tanteaba, Michael regresó a la cocina. Cerré los ojos, deseando que mi cerebro cooperase con el resto de mí ser.

—Bueno, supongo que sobrevivirás —declaró Rose—. Y recuperarás tu memoria. También. Las lesiones en la cabeza a menudo producen traumas que bloquean la memoria a corto o a largo plazo. Tu problema es el largo plazo.

— ¿Significa que estaré en blanco durante mucho tiempo? —pregunté ansiosa. Me imaginé a los sesenta años, haciendo mi vida tranquilamente hasta que de pronto recordaba que había sido una asesina a sueldo o que tal vez había dejado alguna hornalla encendida en algún lado.

Rose me palmeó la mano.

—No. Significa que no puedes recordar qué sucedió antes del incidente. Si tu pérdida de memoria hubiera sido de corto plazo, no recordarías lo que sucedió hace cinco minutos. Por ejemplo, podrías preguntar: ¿Cómo está el tiempo afuera? Yo te respondería y poco después podrías hacer la misma pregunta. Y así sucesivamente.

Asentí con la cabeza, mucho más tranquila.

— ¿Quiere decir que estoy bien?

—No me caben dudas. Pero será mejor que te llevemos a un médico.

Michael regresó al living; al parecer estaba tan aliviado como yo al saber que los daños no eran serios.

—Quise comunicarme con tu padre —dijo, sentándose junto a mí—. Pero me han informado que salió de la ciudad. Cuando expliqué tu situación a la mujer que me atendió, me aseguró que trataría de localizarlo.

Me llamó la atención que Michael no estuviera al tanto de que mi padre no se hallaba en Nueva York. ¿Por lo general los novios no se enteran enseguida de esas cosas? ¿Y dónde estaría mi padre? ¿Quién sería él? Una vez más, esa sarta de preguntas sin respuesta me atormentaba sin piedad.

— ¿Y mi madre? —quise saber. Era la pregunta más intrigante de todas las que me angustiaban.

*Mi novio es un extraño*



Durante varios minutos Michael guardó silencio. Frunció el entrecejo y una expresión de tristeza le ensombreció el rostro. Miró a su tía y Rose asintió con firmeza.

—No sé cómo decirte esto, Vanessa...

Su voz se apagó y el pánico se apoderó de mí. Antes de que abriera la boca, con profundo dolor, supe con exactitud qué me diría.

—Ella falleció hace cinco años, Vanne... igual que mis padres.

—Está muerta. —Me obligué a pronunciar las palabras en voz alta.

Sentí un vacío en el estómago que llegó dolorosamente hasta mi corazón. Los rítmicos latidos de mi cabeza se convirtieron en un horrendo clamor; aquel living, Michael y Rose dieron la impresión de desintegrarse frente a mí.

“Mi madre está muerta... y yo no puedo recordar nada de ella.”

— ¿Cómo murió? —pregunté con voz entrecortada. La idea de ignorar la causa de su fallecimiento me pareció tan irreal que estuve a punto de desmayarme.

—Padecía de cáncer de mama, Vanessa —respondió consternado. Me tomó la mano.

Recordé el pánico que sentí cuando Michael me propuso ir al hospital. ¿Acaso sería ésa la razón por la cual me había negado con tanto énfasis a caminar por esos corredores largos y estériles? ¿Habría pasado largas horas en un hospital, viendo cómo se apagaba la vida de mi madre día tras día?

— ¿La conociste? —murmuré, ansiosa por aferrarme a algún detalle, a alguna imagen que pudiera abrazar con la misma vehemencia con la que abrazaba a mi osito de peluche.

Michael meneó la cabeza.

—Lo siento. En esa época no te conocía. Ni siquiera había llegado a Nueva York. Yo vivía en Atlantic City... con mis padres.

Las lágrimas calientes bañaron mi rostro, no sólo por mi propia desgracia sino por la de Michael también. Pensé en la pareja de la fotografía que había visto unos minutos antes. Se los veía tan felices, tan despreocupados. Y ahora Michael era huérfano... Había sufrido tanto como yo. Me pregunté si la muerte de los seres queridos no sería algo que está escrito en nuestro destino desde los orígenes.

Apenas alcancé a percibir que Rose se levantaba del sofá.

—Daré a Vanessa algunos minutos —le dijo en voz baja a Michael—. Luego iré a ver al doctor Joseph. Es un buen amigo mío.

*Mi novio es un extraño*



Sus pasos se alejaron haciendo eco por el corredor de piso de madera. Michael se acercó más a mí. Con naturalidad, me acomodó entre sus brazos y apoyé mi mejilla húmeda sobre su descolorida camiseta de algodón. Cuando me abrazó en Penn Station, sentí el inmenso terror de quien pierde la noción de su propio ser. En ese momento, su pecho ancho y sus brazos fuertes supieron disipar mi temor, y ahora me brindaban paz. Entre sollozos traté de tragar las penas que me hacían temblar en forma incontrolable.

—Está bien, Vanessa. Sigue llorando si quieres. Yo estoy a tu lado. —Me mecía hacia atrás y hacia adelante, besándome suavemente la cabeza.

Tenía una voz muy suave y ronca. Yo estaba convencida de que él también sufría por la pérdida de sus padres. En aquel living silencioso de la casa de Brooklyn nos abrazamos con desesperación, absorbiendo cada uno el valor y el dolor del otro. No sé cuánto tiempo permanecemos de ese modo. Lo cierto es que en ese momento nadie existía, excepto nosotros dos.

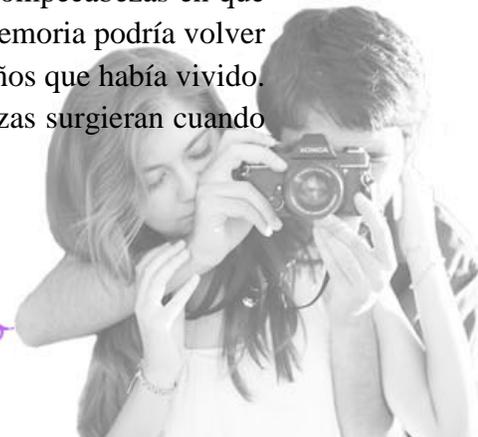
Cuando Michael, Rose y yo salimos del típico y pintoresco edificio donde el doctor Joseph tenía su consultorio, me di cuenta de que me sentía mucho mejor. Rose me había dado un medicamento para el dolor de cabeza y el médico había confirmado que el golpe que recibí no me presentaría problemas importantes. Me recomendó mucho reposo, pero también me sugirió que no tuviera miedo de encontrarme con personas de mi vida “pasada”.

—El cerebro encierra todavía muchos misterios para nosotros —dijo, mientras me observaba con sus gafas de marco metálico redondo—. A veces experimentamos un trauma y nuestra mente decide que es mejor bloquear ciertas cosas: un momento, un año, toda una vida. —Hizo una pausa. —Por lo general, volvemos a recordar hasta el último detalle cuando... estamos listos para asumirlo.

Ocupé mi lugar en el asiento delantero del destartalado Pontiac celeste de Rose, mientras analizaba las palabras del doctor Joseph. ¿Cuáles serían las cosas que mi mente se negaba a recordar? ¿Había algo más que la muerte de mi madre? Sacudí la cabeza, frustrada. Sólo debía tener paciencia y abrigar la esperanza de que, cuando el pasado por fin se presentara, no hubiera demonios agazapados en las sombras.

Durante el trayecto de regreso a la casa, todos guardamos silencio. Observé el paisaje que nos rodeaba, con la ilusión de hallar alguna posta que encajara en el rompecabezas en que se había convertido mi vida. El doctor Joseph me había dicho que la memoria podría volver en una suerte de flash al principio... sólo fragmentos de los dieciséis años que había vivido. Dijo que tenía que tratar de relajarme, que debía permitir que esas piezas surgieran cuando fuera el momento oportuno.

*Mi novio es un extraño*



El sol había iniciado su gradual descenso cuando la tía Rose abrió la puerta de su casa e ingresamos en el acogedor living, fresco y tentador. Me dejé caer sobre el sofá, agotada.

—La luz del contestador automático está parpadeando —exclamó Rose desde la cocina, dirigiéndose a Michael—. Debe ser un mensaje para ti.

— ¿Por qué no descansas un rato? —me sugirió él—. Vuelvo en un momento.

Me estiré en el sofá y oí los diligentes movimientos de la tía Rose en la cocina. Luego oí una fuerte señal sonora, seguida de una voz chillona.

—Hola, Mikel. Soy yo, Rocko. ¿Qué tal, Rose? Oye, lo de Sharon sigue en pie para esta noche. No seas cobarde, amigo. Llámame.

La máquina se apagó.

Michael regresó al living con un vaso largo lleno de té helado.

—Tía Rose prepara un té helado delicioso —comentó y dejó el vaso junto a mí—. Con mucho azúcar.

Me senté y bebí medio vaso. El líquido frío me revivió. Otra vez comenzaron a atormentarme las preguntas.

— ¿Qué decía el mensaje? —pregunté—. ¿Se supone que debemos ir a alguna parte esta noche? ¿Quién es Sharon? ¿De verdad ese tipo de llama Rocko?

Michael se echó a reír.

—Ah, Vanessa. ¿Quieres bajar las revoluciones? Lamento decepcionarte, pero en realidad la llamada no tenía ninguna importancia. Rocko Lawrence, mi mejor amigo, me invitaba... nos invitaba a una fiesta tonta, a la casa de esa chica llamada Sharon. Pero no tenemos ninguna obligación de ir. De verdad.

Cerré los ojos. Oír hablar de personas desconocidas y proyectos que no recordaba era realmente agotador. Ninguno de los nombres que Michael había mencionado me llamaba la atención, y en ese momento estaba demasiado exhausta como para seguir con mi cuestionario. Durante toda la tarde mi cerebro había trabajado horas extra, y en ese momento lo único que quería era que mis pensamientos desaparecieran.

Michael percibió mis ansias de paz; se quedó a mi lado, callado. Sin abrir los ojos, le tendí la mano para que me la tomase. Segundos después sentí que sus dos manos, fuertes, poderosas, envolvían la mía. Suspiré, con un sentimiento parecido a la felicidad. Momentos después me quedé dormida.

*Mi novio es un extraño*



Alguien me zamarreó para despertarme. En la sala reinaba una oscuridad total. Al principio no tuve idea de dónde me encontraba... ni de quién era yo. Me había quedado profundamente dormida, aunque no había logrado descansar ni un segundo. Lo único que deseaba era volver a cerrar los ojos.

—Vanessa. Soy yo, Michael. Despierta. —Su voz ronca me recordó los sucesos del día. Yo era Vanessa Pendleton, y Michael, mi novio. Me hallaba en casa de su tía Rose, en Brooklyn.

— ¿Qué hora es? —murmuré. Me parecía que estábamos en la mitad de la noche, pero advertí que Michael llevaba puesta la misma camiseta y el mismo jean que antes.

—Son las diez de la noche, aproximadamente. Te llevaré arriba, al cuarto de huéspedes. Rose te prestará uno de sus camiones.

Me senté en el sofá y me toqué la nuca. El chichón todavía me dolía. Otra vez me amenazaba una jaqueca. Pero la idea de una cama con sábanas limpias y una almohada me movió a la acción. Me puse de pie.

Seguí a Michael por una estrecha escalera de madera que conducía al segundo piso. Abrió una puerta de madera oscura.

—Aquí tienes —dijo—. El camisón está sobre la cama y hay un cepillo de dientes nuevo en el cuarto de baño. También tienes unas aspirinas y un vaso de agua helada.

Sonreí en señal de agradecimiento. Pero en ese momento, mientras Michael y yo estábamos de pie en el umbral de la alcoba, me sentí tímida. Me encontraba a solas con mi novio y dormiríamos bajo el mismo techo; sin embargo, para mí era como si fuéramos extraños. Él se dio cuenta de mi bochorno y se echó a reír.

—Te dejaré sola, Vanessa. —Colocó la mano debajo de mi mentón y alzó mi cabeza hacia la suya. Mi corazón comenzó a latir a gran velocidad cuando sus labios rozaron mi sien con suprema ternura. —Que descanses.

Lo observé alejarse por el corredor y desaparecer detrás de una puerta que daba a otro de los cuartos. Cuando cerré la puerta detrás de mí, experimenté cierta decepción.

Para los fines prácticos, había conocido a Michael Hobart ese mismo día. Sin embargo, había preferido que me besara. Con un beso de verdad. Tal vez las cosas cambiaran al día siguiente; tal vez entonces recuperara la memoria.

*Mi novio es un extraño*



# Capítulo 6

*Transcrito por Rose Violet*

MICHAEL

El domingo a la mañana, mientras me cepillaba los dientes, me sentí como un idiota total. Afuera, el día se presentaba radiante y fresco. Hasta se oía el trino de los pájaros, una rareza en mi barrio de Brooklyn. Pero cuando me vestía, con unos pantalones de jean y una camiseta vieja, me sentía vacío.

Transcurridas veinticuatro horas desde que había encontrado a Vanessa tendida en el piso de Penn Statton, me daba cuenta de lo cruel que había sido con ella por dejarla creer que era su novio. Por otra parte, tía Rose no estaba feliz por mi comportamiento, ni mucho menos. Repasé mentalmente la conversación que habíamos mantenido en la cocina cuando traje a Vanessa a casa:

— ¿Quién es esa chica? —me preguntó, haciendo un gesto en dirección al living.

—Se llama Vanessa Pendleton. Se golpeó la cabeza... y según parece tiene amnesia. —Me senté a la mesa de la cocina y comencé a hacer garabatos sobre un papel. Cuando le dije a Vanessa que hacía cinco meses que éramos novios, nunca se me ocurrió pensar cómo iba a explicar toda esa situación a tía Rose. Por lo tanto, inspiré profundamente tratando de hallar las palabras apropiadas.

—No recuerdo que me la hayas mencionado alguna vez —dijo Rose, confundida. Conocía a la mayoría de mis amigos.

—Bueno, en realidad... sólo la vi una vez... y no fue un encuentro muy agradable que digamos. —Hice una pausa. —Es la chica que me bañó en ponche la noche del baile.

Rose arqueó la cejas de tal modo que por poco se le juntaron en la frente.

— ¿De verdad? ¿Y ella lo sabe?

Carraspeé, tratando de ganar tiempo, y dibujé en el anotador un cuchillo grande, similar al que habría usado mi tía para degollarme.

—En realidad... eh... le insinué que somos novios...

— ¡Michael! No puedes haber hecho semejante cosa. —Se puso las manos sobre las caderas y me miró furiosa.

*Mi novio es un extraño*



—Sí. No quise... pero ella creía que... Y me pareció una excelente manera de cobrármelas...  
—Mi voz se apagó cuando me di cuenta de cuán tontas sonaban mis palabras.

De muy mala gana, tía Rose aceptó llevar adelante la farsa. Temía que si yo le confesaba a Vanessa toda la verdad en aquel momento, sólo empeoraría las cosas, confundiéndola mucho más todavía.

—La pobre no puede distinguir entre lo blanco y lo negro —masculló Rose—, y tú la has metido en una zona gris. —Meneó la cabeza. —ésta es la clase de bromas con la que tu padre habría soñado a tu edad.

Detestaba admitirlo, pero en realidad Vanessa Pendleton empezaba a gustarme de verdad. Despojada de su personaje de la Reina del Hielo, era una muchacha cálida, graciosa y vulnerable. Además, era muy linda. Tal vez su amiga Kari tenía razón... quizá Vanessa no era la esnob que adoraba presentarse en sociedad a lo grande. A lo mejor...

De pronto chasquéé los dedos. ¡Kari! ¿Cómo no se me había ocurrido pensar en ella antes? Sin duda sabría qué estaba haciendo su amiga el día anterior. Era probable que supiera cómo ubicar al padre. Tenía que llamarla de inmediato.

Me dirigí inmediatamente al cuarto de baño y me lave la cara con agua fría. Luego caminé descalzo por el pasillo y me detuve un instante frente a la puerta cerrada del cuarto de Vanessa. Su habitación se hallaba en silencio. Seguí hasta las escaleras, feliz de que todavía estuviera durmiendo.

Cuando bajé a la cocina, coloqué café y agua en la cafetera antes de ponerla en funcionamiento. Rose se había marchado muy temprano pues estaba de turno en el hospital. Antes de salir había dispuesto sobre la mesada todos los ingredientes para preparar panqueques. Preparé unos deliciosos panqueques suecos, tan delgados que parecían transparentes, e imaginé el rostro de Vanessa cuando despertara y se encontrara con el exquisito aroma de café recién hecho y jalea de membrillo.

“Lo primero es lo primero”, recordé. Marqué el número de teléfono de Rocko y esperé a que levantara el auricular. Respondió a la séptima llamada.

—Hoo-la —dijo con voz de dormido.

—Rocko Necesito cierta información y no tengo tiempo para contestar preguntas. ¿Cuál es el apellido de Kari?

— ¿Kari? ¿Te refieres a la chica que llevaba ese impactante vestido amarillo en la fiesta?  
—Pareció despertarse de golpe.

Las charlas sobre mujeres siempre atraían la atención de Rocko.

*Mi novio es un extraño*



—Sí. La misma. ¿Cuál es su apellido?

—Hobart, no vas a decirme que me has despertado a esta hora de la madrugada para preguntarme el apellido de una chica que conociste hace tres semanas, ¿verdad? No, esto no está sucediéndome realmente. Debe de ser una pesadilla.

Me reí.

—Son más de las nueve. ¿Cuál es su apellido?

Suspiró.

—Eh... Washington, creo. Sí. Kari Washington y sus sensuales zapatos con plataforma. ¿Pero por qué....?

—Ahora no tengo tiempo para hablar, Rocko —lo interrumpí—. Te lo explicaré después.  
—Corté y busqué la guía telefónica.

Dos minutos después estaba hablando con Kari Washington, una experiencia que jamás pensé que se repetiría.

—Hola, Kari. Tal vez no me recuerdes. Soy Michael Hobart. Nos conocimos en...

—Sí, Michael, claro que te recuerdo. Vanessa te empapó con ponche —dijo con tono de voz cortante e impaciente.

—Bueno, te llamo porque...

—Escucha, me encantaría hablar contigo sobre Vanessa, pero en este momento me es imposible. ¿Sabes? Ayer no llego al campamento. Su novio me ha llamado y está desesperado. Tampoco sabemos dónde encontrar a su padre. De modo que si no te importa... —Se detuvo para respirar.

—Está conmigo —me apresuré a decir, dejándome caer sobre una de las mullidas sillas de madera que rodeaban la mesa de la cocina. No se me había ocurrido pensar en el novio. Pero cuando recordé el tipo con la linda cara de plástico y el modo repulsivo con que se desplazaba por el Eden Club, mentido a Vanessa. Si para meterse en la piel de William Gallagher había que sentirse un poco culpable, bien valía la pena. Por lo menos eso fue lo que me dije.

—¿Qué? —Gritó Kari—. ¿Está contigo? ¿Por qué?

—Cálmate —le conteste, también a gritos—. Se encuentra bien, descontando el hecho de que se ha golpeado la cabeza y no puede recordar quién es...

*Mi novio es un extraño*



Kari escucho toda la historia, emitiendo sonidos de asombro y suspiros dramáticos mientras yo seguía hablando. Cuando termine de contarle hasta el último detalle (excepto la parte de nuestro platónico romance), pareció descartar la idea de que yo era un asesino en serie que había secuestrado a la pobre muchacha contra su voluntad.

—Obviamente tengo que ir a buscarla —dijo por fin.

Enrolé el cable del teléfono en el dedo índice de mi mano izquierda.

—Cierto... es obvio —respondí vacilante. Tarde o temprano tendría que contarle toda la verdad a Vanessa. Pero ése no era el momento. — ¿Podrías dejar a William fuera de todo esto, por lo menos hasta que logres ver a Vanessa? No estoy seguro de que volver a verlo sea una buena idea.

— ¿Por qué? —preguntó Kari, con cierta suspicacia.

—Es un poco difícil de explicar. Confía en mí. —Cerré los ojos. Ojala hubiera tenido el poder de la telepatía. ¿Y si Kari se negaba a seguir mi juego?

Oí un suspiro.

—De todos modos, no soporto a ese baboso. Me imagino lo repúgnate que se pondría durante el viaje en taxi hasta lo Brooklyn... ¡Ah, lo lamento!

Ignoré el tono despectivo cuando se refirió a Brooklyn.

—Tal vez puedas traerle algo de ropa tuya. Todo lo que tiene es lo que llevaba puesto.

Kari empezó a reírse.

— ¡Já! No puedo imaginarme a mi amiga usando la misma ropa dos días seguidos. Antes preferiría que la bañaran en miel para que la devoraran las hormigas coloradas.

Estaba convencido de que a la "nueva" Vanessa muy poco le importaría no poder cambiarse de ropa, pero de todos modos no tenía ganas de entrar en detalles al respecto con Kari. Ella tendría que verlo con sus propios ojos.

—Sí, la conoces mejor que yo.

"Mucho mejor", pensé.

—Hoy será un día bastante interesante —comentó Kari cuando le di mi dirección (y le aseguré que Brooklyn era un sitio muy seguro).

—Subestimas la realidad —dije

"¡Y cómo!"

*Mi novio es un extraño*



— ¿Cómo se llama? —preguntó Vanessa, llevándose otro bocado de panqueque a la boca.

—Kari Washington. —La observé mientras hundía su panqueque en la jalea para devorarlo luego con muchas ganas. La noche anterior se había dormido antes de cenar y ahora estaba compensando todo lo que se había perdido. Había comido seis panqueques y tres huevos revueltos. Me dejó sin habla.

— ¿Y supuestamente es mi mejor amiga? —preguntó, tomando el vaso de jugo de naranjas recién exprimidas que yo había colocado junto a su plato.

—Sí. —Comencé a apilar los platos sucios en el fregadero y deje correr el agua caliente. Agregué unas gotas de detergente.

—Kari —repitió, tratando de digerir el sonido del nombre—. Es lindo.

—Es una buena persona —dije, aunque en realidad no sabía si en realidad Kari era o no una buena persona. Por lo menos, eso me pareció la noche del baile. A diferencia de cierta gente...

Concentré mi atención en la vasija, tratando de ignorar que esa mañana Vanessa lucía muy linda. Llevaba sus pantalones de jean, que le marcaban a la perfección el contorno de las piernas, y una camisa celeste que le había prestado yo. El conjunto no era sexy en lo más mínimo, pero al verla con mi camisa sentí una emoción muy peculiar.

Refregué la sartén para eliminar el huevo que se había pegado, y traté de borrar esa imagen de mi mente. Pero un minuto después ella se paró junto a mí.

—Yo seco. —Cuando pasó a mi lado para tomar un repasador, su cabello rizó mi mejilla, y sentí unos deliciosos y casi imperceptibles escalofríos. Suspiré.

—Gracias —dije con voz ronca, mientras frotaba la sartén con tanta fuerza que me asombré de no haberla agujereado.

Trabajamos en silencio hasta que sonó el timbre.

—Debe de ser Kari —comenté, medio decepcionado y medio aliviado de poder escapar de la proximidad de Vanessa.

Asentí con la cabeza.

*Mi novio es un extraño*



—Hogar, dulce hogar. —Hice una pausa. Había llegado el momento de las confesiones, pero me costaba encontrar las palabras apropiadas. Se me cruzaron por la mente unas cuantas frases idiotas:

“Oh, a propósito, Vanessa cree que está enamorada de mí”, o “Kari ¿te comenté que le dije a Vanessa que soy su novio?”, y también se me ocurrió: “Já, já. Sé que soy un tonto pero la verdad es que...”.

Ninguna me gustó. Me quedé de pie tan inmóvil que me pareció que echaría raíces. Sólo miré estúpidamente a Kari y abrí la boca, aunque no me salió ninguna palabra.

—Espero que se te haya pasado el fastidio por lo de la otra noche —dijo Kari, bastante incómoda, al ver que yo no hablaba—. A veces Vanessa suele ser un poco... eh... impulsiva.

—Hablando de Vanessa... —comencé decidido a librarme del peso de la confesión lo antes posible.

Afortunada o desgraciadamente. Vanessa escogió ese preciso instante para llamarme desde la cocina.

—Michael, ¿es ella?

— ¡Vanessa! —exclamó su amiga, y salió como un bólido hacia la cocina.

Corrí detrás de ella, rezando para lograr evitar cualquier daño serio que pudiera causar ese primer encuentro a la escena teatral que yo había montado. De pronto me llevé por delante a Kari, que, sin previo aviso, se había detenido abruptamente en el umbral de la cocina.

— ¿Estás lavando la vajilla? —preguntó Kari, como si hubiera visto un fantasma. Se quedó mirando fijo a su amiga, que se había arremangado la camisa celeste hasta los codos y tenía los brazos llenos de espuma.

Vanessa le sonrió y empezó a limpiarse las manos en los pantalones.

—Tú debes de ser Kari.

—Vaya, amiga. ¡Es cierto lo de la amnesia! Soy tu mejor amiga —Meneaba la cabeza, balanceándola despacio hacia adelante y hacia atrás. Yo tuve la sensación de que en cualquier momento empezaría a tararear la música de Dimensión desconocida.

Vanessa se rió.

—Sí, creo que tengo amnesia.

Kari dejó el bolso marinero rosado que había traído, lleno de ropa.

*Mi novio es un extraño*



— ¿De verdad no recuerdas nada? —Me miró y me di cuenta de que supuso que yo no había hecho ningún comentario respecto de la noche del baile.

—Nada, pero en cambio si tengo la sensación de conocer a Michel... a pesar de que sólo hemos estado juntos veinticuatro horas desde que me golpeé la cabeza.

—Es una locura. Decididamente, una locura. William se espantará cuando te vea.

— ¿Quién es William? —pregunto Vanessa. Se sirvió otra taza de café y miro a su amiga con curiosidad.

— ¿William? Es tu...

Tosí exageradamente, para atraer la atención de Kari.

—Es alguien a quien conoces —dije, con la voz entrecortada—. Te hablaremos de muchos de tus conocidos... pero después.

Kari arqueó las cejas y me miró confundida. El corazón me golpeaba tan ferozmente que tuve la certeza de que las dos chicas podían oír los galopantes latidos.

—Si, te hablaremos de William... más tarde —dijo Kari.

—Eh, Kari, ¿puedo hablar contigo un momento? ¿En el living? —pregunté, ansioso.

Arrojó hacia Vanessa el bolso lleno de ropa y salió de la cocina.

—Dime que está pasando aquí exactamente —urgió, mientras se acomodaba en el sofá, tal como lo había hecho su amiga el día anterior.

—Bien. En apariencia, Vanessa cree que nuestra relación es más íntima de lo que en realidad es... que somos bastantes más que amigos.

— ¿Cuánto más? —se estiró y cruzó las manos detrás de la cabeza.

—Mucho más. —Ahora la mirada directamente a los ojos, implorando en silencio que no echara todo a perder.

—Vaya, vaya. Esta es una situación muy peculiar. Déjame pensar un momento.

Cerró los ojos y yo me quedé parado allí, ansioso, preguntándome si no me insultaría con una kilométrica lista de improperios.

—Se que ha sido nefasto de mi parte no decirle toda la verdad. Y no te culpo si empiezas a odiarme. Sólo me pareció una broma, pero después... —Kari levanto la mano, como pidiéndome que dejara de hablar sin sentido. Me callé, agradecido.

*Mi novio es un extraño*



—Para ser franca, voy a confesarte que William nunca me cayó bien —dijo—. No te conozco, pero estoy convencida de que como novio serías muy superior a él. Por supuesto que Vanessa nunca lo aceptaría. —Se quedo en silencio durante un momento. —Además, la Vanessa que yo conozco ni loca se pondría a lavar platos sucios.

Suspire aliviado. Kari no abriría la boca, al menos, por el momento. Aunque una parte de mí quería sacar toda la verdad a la luz, otra parte temía por la iracunda mirada que Vanessa me dirigiría al enterarse de la realidad. Decidí hacer caso a esa parte de mí ser.

—Hay otra cosa más —continua Kari, con una mirada de picardía.

—¿Qué? —pregunté. Estaba seguro de que en poco más estaría haciendo un pacto con el demonio, pero mi desesperación era tal que me sentí dispuesto a hacer cualquier cosa.

—Bueno, las mejores amigas de alguien tienen una tendencia a salir con los mejores amigos de otro alguien. Y tu mejor amigo Rocko es exactamente mi tipo.

Sonreí mostrándole todos los dientes.

—Considéralo un hecho —prometí, consciente de que a Rocko le fascinaría la idea de salir con Kari. Sabía que se reiría a carcajadas cuando le contara que le había hecho creer a Vanessa. Su conciencia jamás lo perturbaba como a mí la mía.

—Pero en algún momento ella recordara su pasado —me advirtió Kari—. Y será mejor que vayamos preparándola antes de que ocurra... o de lo contrario ambos nos ganaremos su odio.

Asentí con la cabeza. Le diríamos la verdad... cuando estuviera lista.

“Cuando yo esté listo”, pensé. Kari me tendió la mano y yo se la estreche para cerrar el trato. Para bien o para mal, nuestro destino —y el de Vanessa— estaba sellado.



# Capítulo 7

*Transcrito por Moshalutz*

VANESSA

— ¿Qué conjunto quieres probarte primero? —me preguntó Kari. Abrió la cremallera del bolso marinero y empezó a sacar prendas.

—Ah, no sé. ¿Por qué no eliges tú? —sugerí.

Nos hallamos las dos arriba, en “mi” alcoba en casa de Michael, y Kari estaba sentada sobre la cama, junto a una pila de minifaldas y tops con tirantes para sujetar alrededor del cuello y detrás de la espalda. Admiro su evidente sentido de la moda, pero no me imaginaba con ninguna de esas prendas tan ligeras que me había traído. Me sentía mucho más a gusto con mis jeans.

— ¿Qué te parecen éstos? —preguntó. En una mano sostenía unos diminutos shorts de ciclista rojos; en la otra una camiseta sin mangas, negra, muy ceñida. Tragué saliva.

— ¿No tienes nada con un poco más de... género? —pregunté.

Kari se echó a reír.

—Esta sí que es la Vanessa que yo conozco. Pensé que podíamos aprovechar esta oportunidad para explotar tu lado provocativo, pero es evidente que me equivoqué.

—Lo siento —murmuré, un tanto desconcertada.

Me dio un vestido blanco, de falda corta, y un par de sandalias con plataforma.

— Pruébate eso —dijo—. Lo creas o no, este vestido es la prenda más conservadora que tengo, y por eso te lo he traído. Además, te encanta el blanco.

— ¿Sí? —Todavía no me había acostumbrado al hecho de que todos los que me rodeaban sabían mucho más sobre mí que yo misma, y ese comentario simple me hizo sentir incómoda. ¿Qué otra cosa podría decirme sobre mí misma?

—Sí. —Sonríe y me relajé.

“Ella es tu mejor amiga”, recordé.

Con cierta vergüenza, me volví para sacarme los pantalones y la camisa celeste que Michael me había prestado. Me puse el vestido, alisando el género elastizado sobre mis

*Mi novio es un extraño*



caderas. Como Kari era unos cinco centímetros más baja que yo, su vestido me quedaba super-corto. Cuando me agaché para abrocharme las hebillas de las sandalias, supuse que se me transluciría la ropa interior.

— ¡Fascinante! —exclamó Kari, con un silbido estridente— Atención, Brooklyn, aquí llega Piernas Pendleton.

Me dirigí hacia el espejo de cuerpo entero que había en el cuarto y examiné mi imagen. Sinceramente, me quedaba a la perfección. El blanco destacaba mis largas piernas bronceadas y los tacones altos de las sandalias favorecían mis tobillos delgados. Acomodé las mangas del vestido y reparé en el escote pronunciado, que resaltaba mi busto no muy voluminoso. De todas maneras, la falda era tan corta que estaba segura de que me labrarían un acta por exhibición indecente si salía a la calle vestida así.

— Tal vez deba quedarme con los jeans —dije entre suspiros—. Me siento un poco exhibicionista.

Kari meneó la cabeza.

— ¡De ninguna manera! Tu nuevo novio se caerá de espaldas cuando te vea con esta ropa. Confía en mí.

— ¿Nuevo? —le pregunté, volviéndome para mirarla a los ojos—. ¿A qué te refieres con eso de “nuevo”? Michael y yo salimos hace meses —Por un momento sentí un extraño cosquilleo detrás del cuello.

—Ah, sí, claro —dijo Kari enseguida—. Lo que quise decir es que, como has perdido la memoria, para ti debe de ser una especie de novio nuevo.

Asentí con la cabeza y volví a mirarme en el espejo.

—Bien, me has convencido. Me lo dejaré puesto. —Recogí la camisa que me había quitado y me la acerqué a la cara. El suave género olía como él, masculino y exquisito—. Pero sobre el vestido me pondré la camisa de Michael.

Kari me dirigió una sonrisa comprensiva.

—Claro, como es de Michael...

Le arrojé la camisa, entre risas.

—Cierra la boca, Kari. Quisiera verte a ti cuando te enamores. —Hice una pausa—. Aguarda un momento, ¿Estás enamorada?

Hasta ese instante había disfrutado tanto de aquella camaradería con ella que había olvidado por completo que no podía recordar ni el menor detalle sobre su vida.

*Mi novio es un extraño*



—No, estoy gloriosamente sola. Pero tengo la sensación de que eso está por cambiar.

Arquee una ceja.

— ¿Sólo una sensación?

—Llámalo premonición, si prefieres. —Se echó a reír y luego empezó a revolver otra vez en su bolso de marinero—. Tu vestimenta me ha inspirado tanto que yo también voy a cambiarme. Seremos el ultramoderno dúo dinámico.

Dúo dinámico. La frase se repitió en mi mente. ¿No la había oído antes en otra parte? Podría haber jurado que... De pronto me di una palmada en la cabeza.

—Batman y Robín, estúpida —le dije a mi imagen.

— ¿Qué? —preguntó Kari, con voz apenas audible pues estaba pasándose una blusa por la cabeza.

—Nada... creí haber recordado algo, pero me equivoqué. Sólo fue un deseo, supongo. —Ocupé el sitio que Kari había dejado libre sobre la cama y me eché hacia atrás, para observarla combinar un nuevo conjunto.

Cuando llegó a la casa de Michael, Kari llevaba unos ajustados shorts de jean de la Pata Daisy, con una blusa negra sin mangas, anudada sobre el ombligo. Ahora se había puesto unos pantalones de rayón negro, acampanado abajo, una camiseta negra sin mangas, corta, y un calzado informal, con suela de goma y plataforma. Le sentaba muy bien.

—Somos ying y yang, la combinación perfecta —dijo

Estábamos las dos de pie frente al espejo, observando nuestra imagen.

—Es bueno tener una íntima amiga —dije—. Tengo suerte de poder contar contigo.

Kari me abrazó, como para reconfortarme.

—Yo también soy afortunada por tenerte a ti Vanessa, —se acomodó el cabello—. Maquillaje. Necesitas maquillaje.

Me rehusé. Al ver el estridente lápiz labial rojo de Kari y la gruesa línea negra que había trazado sobre sus ojos con el delineador, tuve una idea bastante aproximada de cómo quedaría una vez que terminará conmigo.

—Vamos, Vanessa. Sólo un poco de rubor, rímel y lápiz labial. No te quedará como a mí. Lo prometo.

—Acepto sólo con la condición que me hables de mi pasado mientras haces tú magia —ofrecí.

*Mi novio es un extraño*



—Alto el fuego. Para eso he venido —respondió, mientras buscaba su estuche porta maquillaje de piel de leopardo en el bolso de marinero.

Me senté sobre el borde de la cama. De pronto no supe por dónde empezar. Michael me había contado algunas cosas, pero había mucho más por saber. Tenía la sensación de que Kari debía empezar el relato diciendo: “Naciste...” y continuara a partir de ese punto.

— ¿Conociste a mi madre? —pregunté por fin.

Por un segundo, su mirada se ensombreció por la tristeza. Apretó los ojos y parpadeó rápidamente.

— Sí, la conocí. Tú y yo habíamos sido amigas desde mucho antes de que... bueno, por mucho tiempo. Mira hacia el techo.

— ¿Cómo era ella? —Obedecí la orden para que Kari pudiera aplicar rímel en mis pestañas inferiores.

—Lindsay era una mujer hermosa, elegante, y estaba perdidamente enamorada de tu padre... El nunca volvió a ser el mismo desde entonces.

— ¿Actualmente es un hombre muy triste? —pregunté.

Me invadió una sensación de amor y compasión por un hombre cuyo rostro no podía siquiera imaginar.

— ¿Triste? Hmm...—Calló un instante. —Bueno, digamos que ha optado por ahogar sus penas trabajando como un maniático por los derechos civiles. Ha hecho cosas muy importantes... Es abogado.

Observé que mi amiga abría y cerraba varios estuches de rubor compacto.

— ¿Ahora está trabajando? ¿Es por eso que no está en la ciudad?

Kari asintió.

—Sí, ha partido rumbo a una gira de conferencias. Ésa es una de las razones por las que decidió fletarte al campamento de verano... o al menos lo intentó, mejor dicho.

— ¿De modo que supuestamente yo tenía que ir a un campamento de verano? ¿Cuándo? Michael dijo que teníamos planes para ir juntos a una fiesta, anoche.

—Ah, bueno, sí... dentro de un par de días, creo. Tú ibas a quedarte conmigo hasta que... Pero ahora todo ha cambiado. Ya no tienes que preocuparte por eso.

—Cuéntame más —supliqué—. Cuéntamelo todo sobre mis padres, mi vida.

*Mi novio es un extraño*



Durante los diez minutos que siguieron me quedé sentada como una estatua mientras Kari me maquillaba y monologaba sobre mi familia. Absorbí cada una de sus palabras, saciando la sed de información sobre mi pasado. Al fin se puso de pie y me observó.

—Perfecta. Ven a mirarte.

Me puse de pie y me acerqué al espejo una vez más. Kari había hecho un trabajo profesional. El maquillaje resaltaba mis mejores rasgos, pero los colores que escogió eran tan suaves que me conferían un aspecto de lo más natural.

Abajo sonó el timbre.

—¿Sabes? Te pareces mucho a tu madre —dijo Kari—. ¿No llevas una fotografía de ellos en tu billetera? Estoy segura de que tienes un par.

Fruncí el entrecejo, recordando mi frustración del día anterior, cuando me di cuenta de que no había ninguna billetera en mi bolso. Michael me dijo que tal vez algún idiota me la habría robado mientras estaba desmayada, y las palabras de Kari fueron como una confirmación.

—Alguien me la robó —le conté entre suspiros.

Kari no pareció sorprendida.

—Así es New York. Ámala o róballa. Elige.

Me reí. Su presencia me había levantado mucho el ánimo. ¿Pero qué habría pasado si me hubieran robado toda la identificación y Michael no hubiese estado allí? Me estremecí cuando me imaginé sola, en alguna sala de emergencias llena de gente, aterrada.

—Siempre me sentiré agradecida a Michael —dije, temblorosa—. Sin él habría sido una persona anónima, con un archivo lleno de polvo abandonado en algún departamento de personas extraviadas.

Kari volvió a echarse sobre la cama y abultó la almohada debajo de su cabeza.

—Todo esto ha cambiado por completo —dijo, pensativa—. Parece que al perder la memoria también hubieras perdido varios aspectos de tu personalidad.

La idea me perturbaba en lo más profundo de mí ser. Pensé que al menos conservaba intacta mi personalidad. Michael no había mencionado nada respecto de mis cambios, pero mi relación con Kari había sido mucho más larga. Si mi amiga me encontraba diferente, tenía que creerle.

—¿En qué aspecto? —pregunté, aunque temerosa de oír la respuesta.

*Mi novio es un extraño*



Kari se mordió el labio inferior.

—Después de la muerte de tu madre, fue como si te hubieras encerrado a ti misma. Lo tuyo era una especie de “Vanessa Pendleton contra el mundo”. Mientras tu padre dedicaba toda su vida a mejorar la sociedad, tú invertiste todo tú en esconderte de ella.

—Qué frío suena —comenté. Michael era tan cálido y simpático...” ¿Qué le había atraído tanto de esa chica que se refugiaba en su fortaleza?”, me pregunté.

Kari rodó sobre la cama y se incorporó sobre los codos.

—En ocasiones eras fría, pero tenías tus razones... Lo único que espero es que, cuando recuperes la memoria, no te asustes tanto que cierres las puertas a todo el mundo. En especial a Michael.

Pensé en el abrazo de Michael y en cómo me había permitido que le humedeciera la camiseta con mis lágrimas.

Cerrarle las puertas a la intimidad de mis pensamientos me parecía imposible.

—Eso nunca sucederá —le confié.

—Espero que no. —Kari me sonrió, son una mirada distante.

55

Una hora después, Kari y yo seguíamos conversando.

Me había hablado de nuestra elitista escuela privada, que me pareció algo espantoso. También me contó que Michael y yo nos conocimos en un baile. Sin embargo, se mostró evasiva con los detalles.

—Pregúntale a él —me decía—. Una historia como ésa no debe escucharse por boca de jarro. —Y así puso punto final al asunto. —Ahora vayamos a darle a Michael Hobart algo de qué hablar —dijo por fin, y se levantó de un salto de la cama.

Salió corriendo hacia las escaleras, bajando de a dos peldaños por vez.

—Oye, Michael, aquí estamos —exclamó—. Dos hermosas mujeres vestidas como para asistir a una fiesta y sin ningún lugar adonde ir.

Llegué al pie de las escaleras y entramos a la cocina. Un muchacho delgado y alto, con rizos finos y oscuros, estaba apoyado contra la heladera.

“Rocko”, pensé. Michael estaba sentado a la mesa de la cocina, con el teléfono frente a sí.

*Mi novio es un extraño*



—Tendremos que hacer algo al respecto —decía “ricitos”, que se había apartado del refrigerador y miraba a Kari con cierta picardía.

—Hola, Rocko. Es un placer volver a verte —dijo Kari.

Lo estudió de pies a cabeza, desde las sucias y desprolijas zapatillas de básquet hasta la rasgada camiseta. Por la insinuante sonrisa que leí en los labios de mi amiga, me di cuenta de que le gustaba la imagen que tenía frente a sus ojos.

Entre tanto, Michael me observaba boquiabierto, con el auricular suspendido en el aire, como si de pronto hubiera olvidado que debía colgarlo en la horquilla. Creí percibir cierto rubor oscureciendo su rostro. La sangre acudió a mis mejillas cuando me sentí objeto de tan azorada admiración.

— ¿Qué te sucede Michael? ¿Es la primera vez que ves a una chica? —bromeó Kari guiñando un ojo a Rocko.

Michael la ignoró.

—Estás hermosa, Vanessa. —Sus ojos recorrieron mis largas piernas y mi torso. Por fin detuvo la mirada en mis labios. Me di cuenta de que deseaba besarme, allí, en la cocina, y habría preferido que estuviéramos a solas. Nos miramos, comunicándonos en silencio.

—A esto llamó yo una buena tarde de domingo —comentó Rocko, quebrando el hechizo. Sacó del refrigerador una tarta de limón y merengue que estaba por la mitad y clavó el tenedor directamente en la bandeja.

Lo observé. Su sonrisa simpática y sus modales espontáneos me cayeron bien.

“Él y Kari deberían formar pareja”, pensé. Me pregunté si Michael y yo habríamos tratado de “hacerles gancho” antes de mi caída. Tendría que preguntárselo cuando estuviéramos solos.

Michael volvió a la realidad.

—Por si no lo has adivinado todavía, el tipo que está aniquilando la heladera es Rocko Lawrence. Una vez que te acostumbres a él, te agradará... lo prometo.

Rocko me tendió una de sus manazas para que se la estrechara.

—Lamento lo del accidente, Vanessa. Pero tal vez fue una bendición y no lo sabes aún.

— ¿Por qué me dices eso? —Por centésima vez desde que me había caído, tenía la sensación de que la gente hablaba en clave.

Se encogió de hombros.

*Mi novio es un extraño*



—Me refiero a que a veces la mala suerte se invierte y nos beneficia. Eso es todo.

—Estuvieron tanto tiempo allí arriba que creíamos que se habían arrojado por la ventana — bromeó Michael, mirando a Kari.

—Teníamos mucho de qué hablar... como ustedes dos —contestó mí amiga, arqueando las cejas.

— ¡Kari! —protesté, avergonzada.

—Sigamos con el tema. —Se dirigió a Michael — ¿A dónde llevaremos a estas hermosas mujeres? Es hora de almorzar.

— ¿Cuál es el restaurante más lindo del barrio? —preguntó Kari.

—Jehanne's Place —respondió Rocko—. Pero es muy caro y yo tengo como... cinco dólares, máximo, entre todos mis bolsillos.

—No hay problema —dijo Kari—. El almuerzo corre por mi cuenta. Mejor dicho, por cuenta de mi padre.

Michael parecía muy incómodo.

—No lo sé, Kari. No soy muy afecto a la caridad.

— ¿Y quién habló de caridad? Ustedes dos van a ganarse esta comida, a través de una amena conversación y atentos cumplidos.

—Me parece bien —respondió Rocko con entusiasmo—. Señoritas, vuestra carroza, o la tan mentada y popular acera, las espera.

Salimos a la calle y así comenzó la tarde.



# Capítulo 8

*Transcrito por Nirvanera7*

MICHAEL

Jehanne's Place quedaba a unas diez cuadras de allí; mientras caminábamos traté de grabarme en la cabeza que Vanessa y yo no estábamos en una “verdadera” cita. No bien recordara quién era yo, me odiaría. Pero mientras paseábamos por aquellas calles, balanceando nuestras manos entrelazadas, me costó mucho convencerme de que no me importaba. De hecho, me costó mucho convencerme de que no me arrojaría desde lo alto del Empire State Building en cuanto Vanessa me dijera cuán idiota soy.

Kari y Rocko se nos habían adelantado, y noté que se llevaban bien. Vanessa pareció leer mis pensamientos; ya me había dado cuenta de que tenía la misteriosa habilidad de expresar con palabras exactas lo que pasaba por mi mente.

—Forman una linda pareja, ¿no? Rocko es justo el tipo de chico para Kari. —Hizo una pausa y frunció la frente. —Por lo menos, eso creo. Supongo que no podría saberlo.

Le apreté la mano con más fuerza.

—Rocko tiene la costumbre de cambiar de chica como de camisa, pero sospecho que Kari podría cambiarle los hábitos. Es una persona verdaderamente especial.

—¿Y qué me dices de ti? —preguntó Vanessa en voz baja.

—¿De mi?

—¿A ti también te gusta cambiar de chica como de camisa?

Le apreté la mano otra vez.

—No. Bueno, antes sí... Antes de conocerte.

Se llevó nuestras manos entrelazadas hacia la boca y colocó mi palma derecha sobre sus labios. Cuando sentí su beso suave, una chispa encendió todo mi cuerpo. Suspiré; sabía que si no besaba a Vanessa Pendleton en menos de cinco segundos estallaría como una bomba. El hecho de que nuestra relación era ficticia cayó en el olvido luego de ese pequeño gesto de afecto.

Me detuve, la tomé de un brazo y la conduje hacia uno de los grandes robles que se alienaban en la acera. Cuando su espalda se apoyó contra el tronco del árbol, puse un brazo

*Mi novio es un extraño*



a cada lado de su cuerpo, de modo que quedó atrapada en el reducido espacio que quedaba entre el roble y yo.

—Michael —murmuró. Sorprendida. Inclino la cabeza contra el tronco y me observó entre sus tupidas pestañas.

No pude hablar, ni siquiera podía moverme. Durante un largo momento, lo único que pude hacer fue mirar fijamente sus labios carnosos. Me aferré a la áspera corteza del tronco del árbol y por fin acerqué mi boca a la de Vanessa.

—Michael. —Una vez más mi nombre fue un murmullo... y una invitación.

Nuestros labios se encontraron con la espontaneidad de aquellos que se han besado infinidad de veces. Las delicadas curvas de su boca armonizaron con las mías, como si ambos hubiésemos sido concebidos expresamente con el objeto de unirnos para siempre. Una mezcla de electricidad y lava fundida explotó en mi interior, crispándome el vello de la nuca.

Vanessa levantó los brazos para poder estrecharme con más fuerza. Nuestro beso se profundizó y el resto del mundo pareció desvanecerse. Ingrávido, inhalé el perfume de su piel y saboreé sus labios.

Un paraíso.

La imagen se dibujó en mi mente; un concepto al que podría aferrarme por fin. Sí, besar a Vanessa era como vivir en un paraíso terrenal.

— ¿Qué están haciendo ustedes dos allí escondidos? —La voz de Kari me regresó violentamente a la realidad.

—Ah —dijo Vanessa. Abrió los brazos y me soltó el cuello. —Supongo que olvidé que Kari y Rocko estaban con nosotros.

Asentí con la cabeza. Todavía no me sentía capaz de formar una frase.

—Pero nos perdonarán —dijo ella, mientras me tomaba de la mano para seguir caminando.

—Me alegro de habernos detenido —dije cuando al fin pude hablar.

—Yo también. No sé cuánto tiempo más habría podido esperar.

Reímos juntos y luego, simultáneamente, volvimos al camino y corrimos hacia donde Kari y Rocko nos aguardaban. Nos habían sacado como una cuadro de distancia y se habían sentado a esperarnos en el porche de una casa. Estaban recostados, con los ojos cerrados, de cara al brillante y cálido sol.

*Mi novio es un extraño*



—Disculpen, amigos —les dije cuando estuvimos lo bastante cerca—. Vanessa tuvo que detenerse para... eh... atarse los cordones de los zapatos.

Rocko señaló las sandalias de Vanessa.

— ¿Cómo hace uno para atarse algo que no tiene? —Revoleó los ojos al cielo—. Hobart, no sabes mentir.

“No me lo recuerdes”, pensé. La dicha se me escapó de las manos y en su lugar experimenté una sensación desagradable, como un mal presagio.

Kari se levantó del porche de un salto.

—Adelante —exclamó, mientras reanudaba la marcha—. ¡Estoy famélica!

La seguimos y Vanessa me dirigió una sonrisa cómplice. La intimidad de ese gesto fue como una puñalada directa a mi corazón. Le tomé la mano que me tendía y me odié profundamente.

Jehanne's Place servía la mejor comida de Medio Oriente de Brooklyn. El interior del restaurante era oscuro y sensual, apartado de la bulliciosa y enorme ciudad. Nos sentamos en un reservado, decorado con un mantel blanco y unas velas titilantes. Tuve la sensación de que habíamos entrado en un mundo de ensueño, y al fin la combinación del ambiente y la suave música libanesa de fondo me serenó.

El camarero cubrió la mesa con los platos que le pedimos: falafel, sharmah, tabbouleh, hummus. Me permití olvidar todo, excepto la comida y la compañía. El presente se había hecho par la fantasía; mañana ya había tiempo de sobra para enfrentar la realidad.

—Deseamos una botella de la mejor agua mineral que tenga y cuatro copas de champaña —le dijo Kari al camarero. El hombre hizo una pequeña reverencia y se retiró a la cocina.

Rocko atacó el banquete, haciendo ruido mientras comía.

—Esto sí que es tener clase —dijo, contento—. Mucho mejor que un Big Mac con papas fritas.

—Detesto McDonald's —comentó de repente Vanessa—. Por fin recuerdo algo. —Frunció la nariz al pensar en el Big Mac y tomó un gran bocado de tabbouleh.

Kari rió.

Me di cuenta de que, por insignificante que hubiera parecido el comentario de Vanessa sobre McDonald, en realidad era muy importante. Obviamente, su pasado la seguía de

*Mi novio es un extraño*



cerca... En poco tiempo también recordaría que detestaba Brooklyn, lavar la vajilla y a un sujeto Michael Hobart. Traté de olvidar el detalle cuando apareció el camarero con el agua mineral.

Kari llenó cada una de las copas de champaña, entre risas, observando el agua gasificada que se derramaba por sobre los bordes.

—Tenemos que brindar —decretó, alzando su copa—. ¿Michael?

Todos posaron la mirada en mi; en apariencia, esperaban que dijera algo significativo. Estuve a punto de espetar toda la verdad en aquel mismo instante, pero se los veía felices que no habría podido soportar la idea de arruinar el clima festivo. En otras palabras, actué como un cobarde.

Carraspeé.

—Por Vanessa —dije, levantando la copa—. Y por los nuevos comienzos.

Entrechocamos las copas. Noté que había lágrimas en los ojos de Vanessa cuando nos miró.

—Quiero agradecerles a todos, en especial a Michael, por haberme ayudado. Si alguno de ustedes alguna vez se sintiera tan perdido y tan solo como me sentí yo cuando desperté en Penn Station, ojala que el destino me ponga allí para ayudarlos. Para tenderles la mano... para recordarles quiénes son realmente.

Cuando terminó su discurso, hubo un coro de “chinchines” y los cuatro volvimos a entrechocar las copas. Sentí que Vanessa buscaba mi mano por debajo de la mesa. Nos rozamos suavemente los dedos y seguimos comiendo. Otra situación de silenciosa comprensión se había suscitado entre nosotros; esos momentos se iban acumulando, uno tras otro. El solo pensarlo me hizo sentir algo nuevo con respecto a la posibilidad de una relación entre Vanessa y yo: esperanza.

Pedimos baklava y café fuerte. Luego, Vanessa y Kari se levantaron de la mesa para dirigirse al toilette.

—Seguro que regresarán dentro de una hora —comentó Rocko—. Las mujeres son así.

Asentí con un gesto, ausente, mientras dibujaba diseños invisibles con la cuchara de postre sobre el mantel.

— ¿Qué crees que harán allí adentro? —me preguntó—. ¿Estarán intercambiando secretos femeninos? ¿O criticándonos a nuestras espaldas? Tal vez sea una especie de sala de estar... con muebles y TV por cable. —Calló esperando mi respuesta.

Alcé la vista, asombrado.

*Mi novio es un extraño*



—Perdón. ¿Qué?

—Ay, amigo, de veras estás en otro planeta. Esta chica te ha golpeado fuerte, ¿eh?

—Sí. Es como si hubiéramos nacido el uno para el otro... salvo un detalle: no fue así. —Dejé la cuchara y empecé a doblar y desdoblar mi servilleta.

—Cuando me hablaste de toda esta farsa que habías inventado, pensé que te habías vuelto loco. Pero ahora no estoy tan seguro. Tal vez te dé resultado.

— ¿Y qué resultado podría dar? —repliqué—. Recuperará la memoria y me odiará. Seré un desgraciado. Punto.

—Deja que pase un poco de tiempo, amigo mío. El amor puede hacer que la gente cometa locuras. Ya lo he visto.

— ¿Qué me dices de ti y de Kari? ¿Crees que podrías dejar tu debilidad por las mujeres por una chica como ella?

—Tal como dije antes, el amor puede hacer que la gente cometa locuras. Y, decididamente, Kari es una chica para amar. —Rocko se reclinó contra el respaldo y se palmeó el vientre. —Toda esta filosofía me ha abierto nuevamente el apetito.

Me eche a reír.

—Algunas cosas nunca cambian.

“Y alguna gente nunca cambia —me recordó una voz interior—. Como las chicas de la alta sociedad que piensan que los chicos de Brooklyn nacen enfermos. Las chicas como Vanessa.”

Cuanto entré en la casa de ella, tenía la sensación de que me estaría esperando su padre, William y tal vez un abogado, con rostros colorados por la ira y la indignación. Pero Rose estaba sola, sentada a la mesa de la cocina, escribiendo una carta. Al vernos entrar se quitó los anteojos de lectura y nos sonrió.

—Hola, Rose —la saludé, y le di un beso rápido sobre la mejilla.

—Hola a los dos. ¿Qué tal ese almuerzo exótico? —Le había dejado una nota explicándole que íbamos a comer a Jehanne's Place.

—Estupendo —respondió Vanessa—. Pero nada de lo que hemos comido fue tan bueno como los famosos panqueques suecos de Michael.

— ¿Qué hacías? —le pregunté a mi tía.

*Mi novio es un extraño*



—He escrito algunas cartas, solicitando donaciones para la colecta de St. Ann's — respondió, frotándose los parpados—. Pero me arden los ojos y me siento acalambrada.

—De modo que todo está tranquilo —comenté. Sin duda me había hecho algún comentario si hubiera tenido noticias del señor Pendleton, ¿verdad?

Asintió con la cabeza.

—Digamos que sí. Pero llamó alguien del servicio de atención telefónica del padre de Vanessa, para comunicarnos que no pudieron ubicarlo en Nebraska así que tratarás de contactarlo en la próxima ciudad.

Mi corazón comenzó a palpar con fuerza. Un descanso más.

—Bien. Me alegro de que estén intentando localizarlo.

—De modo que estás destinada a quedarte con nosotros —le dijo Rose a Vanessa.

Mi “novia” pasaba el peso de su cuerpo de una pierna a otra, con evidente inquietud.

—En realidad, quería hablar con los dos al respecto... —dijo—. Kari me ofreció quedarme en su casa, con su familia... para no ocasionarles tantas molestias.

Me sentí como si me hubiera atravesado una astilla de vidrio en la garganta.

— ¿Tú quieres quedarte en casa de Kari? —No logré evitar cierto tono áspero.

Ella meneó la cabeza.

—Prefiero quedarme aquí... Esta casa me hace sentir como si estuviera en mi hogar. — Hizo una pausa, mientras examinaba el piso de la cocina. — Pero no quiero abusar de la hospitalidad que me han brindado.

—No seas tonta —dijo Rose—. Me encanta tener otra mujer en la casa. Podríamos aliarnos en contra de Michael.

Sólo cuando exhalé me di cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

—Entonces todo está arreglado. Nuestra casa es tu casa. —Hice un gesto, señalando nuestra cocina, cómoda aunque bastante modesta. —En todo su esplendor.

Vanessa me sonrió; luego se sentó junto a Rose y tomó una lapicera.

—Bien. ¿Qué es la colecta de St. Ann's, y a quién debemos escribir? —preguntó.

*Mi novio es un extraño*



Creo que fue en ese preciso instante cuando me sentí profunda y perdidamente enamorado de Vanessa Pendleton. Hija de un millonario, esnob regenerada y ángel... Para mí, ella lo era todo.

—Mira un poco hacia la izquierda —le indiqué. Vanessa se movió y yo tomé la fotografía.

Nos hallábamos en el parque más cercano a mi casa. Era pequeño, pero había una laguna, una cerca de madera y un viejo juego de hamacas. Ese entorno era el fondo perfecto para las fotografías en blanco y negro que estaba tomando.

Habíamos pasado la tarde ayudando a tía Rose con sus cartas. Se había planeado un picnic para el fin de semana del Cuatro de Julio, con el fin de recaudar fondos, y, como era habitual, el Orfanato de St. Ann's no contaba con muchos voluntarios. Vanessa había hecho un millón de preguntas en relación con la institución, hasta que por fin tía Rose echó a reír y comentó que tendría que proponerla como integrante del directorio.

En la cena, comimos lo que nos había sobrado del hummus y el tabbouleh, y después Vanessa volvió a ponerse sus jeans y mi camisa vieja. Ahora estaba de pie contra la cerca, dejando que la suave brisa la despeinara.

—Eres una modelo perfecta —dije, ajustando la apertura de la cámara.

— ¿Con esta ropa? —preguntó—. Debo de parecer un esperpento. Y mi pelo, un nido de ardillas. —Se agachó para recoger un diente de león blanco.

—Luces natural —respondí—. Y hermosa.

Frunció los labios y sopló el diente de león, esparciendo las semillas por el aire hasta que volvieron a caer al suelo. Tomé la fotografía con dedos temblorosos. De pronto rió. Disparé mi cámara otra vez. Y otra más.

— ¡Michael! —gritó—. Estás desperdiciando todo el rollo en mí.

Meneé la cabeza.

— ¿Estás bromeando? Estas fotos serán un ensayo perfecto. Lo llamaré “Mujer sin pasado”.

El sol caía como un enorme globo anaranjado rojizo tras los lejanos rascacielos de Manhattan. Debí ajustar otra vez la cámara, por la rapidez con la que se modificaba la luz.

—Estás loco —me dijo mientras me observaba.

Levante la cámara.

*Mi novio es un extraño*



— ¿Te molesta?

—No —respondió con suavidad—. Pero creo que se me ha ocurrido un título mejor para tu ensayo de fotografías.

— ¿Cuál? —Comenzó a avanzar hacia mí y tuve que volver a practicar otro ajuste en mi Nikon.

—“Mujer que desea que la besen” —Declaró.

A través de las lentes de mi cámara, tuve la sensación de que Vanessa entraba literalmente en mi vida. Tomé la fotografía y luego bajé la cámara.

—Me gusta —dije, asintiendo.

Rodeé a mi modelo con los brazos y en las sombras largas del crepúsculo nos besamos.



# Capítulo 9

*Transcrito por Rose Violet*

VANESSA

—Despierta, dormilona.

Abrí los ojos.

“¿Dónde estoy?”

Por un instante tuve la sensación de que me encontraba en otro planeta. ¿Dónde estaba mi cama de dosel? ¿Y mi reloj digital?

Entonces vi a Michael, Abrió la puerta del cuarto de huéspedes lo suficiente como para asomar la cabeza. Los últimos dos días acudieron inmediatos a mi memoria; recordé que estaba en Brooklyn, con Michael. Sonreí.

—Buenos días. —De pronto tomé conciencia de que los finos tirantes de mi camión de Rose se me habían deslizado por los brazos. Me tapé con la sábana hasta el mentón. ¡Me dio tanta vergüenza!

— ¿Has dormido bien? —preguntó.

—Sí... pero creo que estoy experimentando esas infames escenas retrospectivas. Cuando abrí los ojos, estaba segura de que me encontraba en una cama de dosel.

—Hmm. Supongo que esto te sucederá cada vez con mayor frecuencia.

— ¿Tengo ese tipo de cama en mi casa de Manhattan? —pregunté. Supuse que, si recibía un poco de información, otros detalles aflorarían en mi mente. Mi cerebro parecía estar a la espera de la evocación.

—Eh, sí... creo que sí. —Se apoyó contra el marco de la puerta, entrecerrando los ojos como si tratara de imaginar mi habitación.

— ¿No lo sabes? —pregunté, con cierta frustración.

Michael parecía incómodo.

—Por Dios, Vanessa, no he pasado tanto tiempo en tu alcoba.

Sentí que la sangre acudía a mi rostro. ¡Por supuesto!

*Mi novio es un extraño*



—De acuerdo —me apresuré a decir—. Más tarde llamaré a Kari y le preguntaré.

—Excelente plan. Pero en este momento será mejor que te levantes. Si quieres ir a trabajar conmigo tendremos que salir dentro de media hora.

Durante la semana, Michael trabajaba en el laboratorio de revelado de fotografías del Señor Branin. Su sueldo no era generoso, pero su jefe le permitía usar el cuarto oscuro en los ratos libres.

Lo saludé al mejor estilo militar.

— ¡Sí, mi capitán! Si se marcha y cierra la puesta, estaré lista en un cuarto de hora.

Con una sonrisa, se marchó.

— ¡Michael! —grité, y enseguida volvió a asomar la cabeza.

— ¿Si?

— ¿Puedo ponerme jeans?

Resopló.

—No vamos a un lugar de lujo. Puedes ponerte lo que se te antoje.

Me encogí de hombros.

—Sólo quería estar segura. —Me imaginé que la gente trabajaba de traje y corbata, no con jeans y camisetas. Pero ¿qué podía saber yo sobre las condiciones de trabajo?

—Ya comprenderás por qué te ha dicho “lo que se te antoje”, cuando conozcas al señor Branin.

La puerta se cerró y yo me levanté de un salto de la cama. Kari me había dejado algunas de sus prendas más conservadoras (además de ropa interior), y necesitaba seleccionar con cuidado qué me pondría.

— ¿Qué debo ponerse una el primer lunes de su nueva vida? —le pregunté al oso de peluche que tenía junto a la almohada. El muñeco me observó con mirada en blanco.

—Ya lo sé, ya lo sé —me respondí—. Lo que se me antoje.

La tienda del señor Branin —La Gran Fotografía— era pequeña pero limpia. Cuando Michael abrió la puerta, que todavía tenía el cartel de “CERRADO”, sonó una campanilla.

*Mi novio es un extraño*



—Buenos días, señor B. Le presento a Vanessa.

Sentado detrás del mostrador se hallaba un hombre muy anciano; tenía el rostro cansado por la edad y lleno de arrugas. Sobre sus ojos castaños y chispeantes asomaban una tupidas cejas blancas, por asombroso que resultara, su cabellera canosa se conservaba igualmente tupida. Se puso de pie y avanzó hacia nosotros, apoyado gran parte del peso del cuerpo sobre un bastón de intrincado tallado.

—Es un placer conocerte, Vanessa —dijo. Luego me tomó la mano y me la besó, como solían hacerlo los caballeros de las películas viejas.

Ahora que lo veía de pie, entendí por qué Michael me había dicho que en La Gran Fotografía podía usar la ropa que se me antojara. El señor Branin lucía una camisa Hawaiana roja, violeta y azul, pantalones de golf amarillos y unas botas de vaquero marrones, casi destruidas de tanto uso. (Ah, me olvidaba, yo había escogido un atuendo bastante conservador: pantalones de jean, una blusa blanca y zapatos negros, de suela gruesa.)

—Muchas gusto, señor Branin —respondí, conteniendo la risa—. Gracias por permitirme acompañar a Michael hoy.

Michael había explicado toda la situación a su jefe, que había aceptado que me quedara en la tienda todo el día, con la condición de que cumpliera con una cuota justa de trabajo.

El hombre alzó la mano.

—No todos los días uno tiene la suerte de recibir a la pequeña de Lincoln Pendleton en su tienda. Es un honor para mí.

Noté una expresión de Shock en el rostro de Michael.

—¿Usted conoce al señor Pendleton? —preguntó—. No lo sabía.

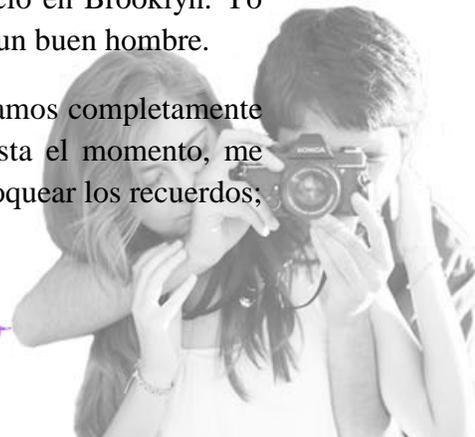
—¿Cómo es que lo conoce? —quise saber, de pronto entusiasmada. Allí, en el sitio menos esperado, acababa de encontrar un nuevo nexos que me unía con mi pasado.

El señor Branin se dirigió hacia la puerta para dar vuelta el cartel, del lado de “ABIERTO”, luego regresó a su asiento detrás del mostrador.

—Bueno —comentó, acariciándose las patillas grises—. Tu padre nació en Brooklyn. Yo he seguido su carrera desde que se graduó en la escuela secundaria. Es un buen hombre.

La decepción se apoderó de mí. Por lo que sabía, mi padre y yo estábamos completamente solos en el mundo y nadie podía encontrarlo por ninguna parte. Hasta el momento, me parecía un personaje de ficción. Con razón mi mente había decidido bloquear los recuerdos;

*Mi novio es un extraño*



era obvio que en mi pasado había mucho dolor enterrado. Pero, por lo menos, la información del señor Branin explicaba por qué me sentía tan a gusto en Brooklyn. A pesar de mi amnesia, debí de haber sentido una afinidad natural por la ascendencia de mi padre.

—Gracias por haberme contado todas estas cosas, señor Branin. —Tragué saliva; no quería que percibiera el temblor del llanto contenido—. Ahora siento que tengo una historia, una base pase continuar.

Asintió, mientras tocaba con aire pensativo la parte curva de su bastón de madera.

—Todos deberían conocer su historia —anunció con tono solemne—. Olvidar el pasado es peligroso... Nos conduce al dolor.

La campanilla de la puerta volvió a sonar y así terminó abruptamente la conversación. Entró una mujer joven, con dos rollos de fotografía en la mano.

—¿Para cuándo puede revelarme estas fotografías? —le preguntó al señor Branin.

El anciano tomó los rollos.

—Regresa a la hora de almorzar —le dijo, y se volvió a Michael—. Ya hemos charlado demasiado por esta mañana. Hora de trabajar.

Michael me hizo un gesto para que lo siguiera a la parte de atrás de la tienda. Cuando entramos en el frío y sombrío laboratorio de revelado, oí que el señor Branin reía con la joven clienta.

—Es todo un personaje, ¿no crees? —comentó Michael, que iba de un lado a otro del cuarto, mientras encendía aparatos y vertía productos químicos en grandes cubetas de plástico.

Yo me senté en un banco ubicado en un rincón, temerosa de romper algo si lo tocaba.

—Sí, es excéntrico, pero me cae bien.

—A mí también. Me ha enseñado casi todo lo que sé sobre cámaras y revelación.

—¿De modo que esto de convertirte en fotógrafo es serio? —pregunté. Una vez más, sentí en una situación en la que me veía obligada a preguntarle algo sobre lo que sin duda habríamos hablado ya cientos de veces.

“Debe de estar harto de mí”, pensé.

Pasó la mano por el borde de la ampliadora de fotografías, de apariencia antigua, situada algo más allá de un equipo mucho más moderno.

—Espera a ver algunas de mis fotos y tú misma podrás opinar —respondió.

*Mi novio es un extraño*



En sus ojos había una expresión soñadora que me provocó celos. Me pregunté si su mirada sería tan tierna cuando pensaba en mí.

—Tengo plena confianza en ti —dije— No necesito ver las fotografías para saber que lograrás alcanzar tus objetivos.

Se me acercó, con la mirada intensa. Con suma dulzura deslizó el dedo índice desde mi sien hasta el mentón. Me estremecí y olvide el agitado mundo de esa mañana de lunes que existía fuera de nuestra cueva oculta.

—Gracias, Vanessa —murmuró—. Eso significa mucho para mí.

En el momento en que inclino la cabeza para besarme, el señor Branin asomo la cabeza por la puerta.

— ¡Vaya! ¡Van a quedarse haraganeando aquí todo el día, o la señorita Pendleton dará más utilidad a su tiempo!

Michel se rió y se aparto de mí.

—Será mejor que le hagamos caso. Él es el que firma los cheques de pago.

Me bajé del banco.

—Estoy a sus órdenes, señor —declaré, y guiñé un ojo a Michael.

—Bien, puedes empezar por barrer la vereda. —Me entregó la escoba y cerró con firmeza la puerta del laboratorio detrás de mí.

Salí a la calle, bajo el radiante sol de junio. La escoba se me antojaba un elemento extraño entre mis manos. Por primera vez en la vida, era una trabajadora. Me sentí bien.

Llegó el mediodía, la novedad de barrer la acera, lavar ventanas y completar recibos ya era historia antigua. Estaba transpirada, hambrienta y aburrida de ver al señor Branin detrás del mostrador. Al parecer, su única ocupación consistía en conversar con los clientes y asegurarles que Michael tendría sus fotografías reveladas para cuando las necesitaran. No obstante, debo admitir que hasta los clientes más rezongones salían de allí con una sonrisa.

—Hora de almorzar —anunció el señor Branin cuando la señora joven que había venido a primera hora de la mañana se fue con sus fotografías.

Yo estaba arrodillada en el piso, acomodando estantes de álbumes de fotografías. En ese momento me puse de pie masajéandome la espalda dolorida, Michael salió del cuarto de atrás.

*Mi novio es un extraño*



— ¿Alguien habló de almuerzo? —preguntó.

El viejo asintió con la cabeza, mientras daba vueltas el cartel de la puerta.

—Sí. Vuelvan a la una en punto.

Michael tomó una bolsa grande de papel marrón de la pequeña heladera ubicada detrás del mostrador, y todos salimos a la calle. Esperamos que el señor Branin cerrara con llave y luego lo contemplamos alejarse con pasos lentos.

— ¿Cierra la tienda al mediodía? —pregunté, incrédula.

—Sí. Todos sus clientes saben que no deben venir entre las doce y la una. Así es el sistema.

Pensé en Manhattan, un sitio donde miles de personas almuerzan encadenadas a sus escritorios y no salen de la oficina hasta que se oculta el sol. Tuve una repentina visión de mi padre, entrando en nuestro departamento, con su maletín en la mano. Mi corazón se encendió.

— ¡Michael! ¡Creo que acabo de tener otra imagen retrospectiva! —Me puse a saltar como una loca, tomándome de sus hombros para darme más impulso.

— ¿De verdad? —preguntó, un tanto preocupado.

—Sí. Pude ver a mi padre. ¡Mi papá! —Me detuve cuando recordé su rostro cansado en la imagen—. No parecía muy feliz.

—Tal vez no fue una verdadera escena retrospectiva ¿sabes? Tal vez todo lo que te dijo el señor Branin liberó tu imaginación más de la cuenta.

Lo mire furiosa.

— ¿A qué te refieres? ¿Crees que estoy inventando? Te digo que he visto a mi padre. Fin de la discusión.

—De acuerdo, de acuerdo, no quise molestarte. —Buscó mi mano, y acepté que me la tomara.

Caminamos una cuadra en silencio. Luego volvió a hablar, con todo de disculpa.

—No fue mi intención dudar de tu palabra, Vanessa. Solo quise decir que si tu padre no parecía feliz en esa imagen, entonces tal vez sea mejor que...

Meneé la cabeza con firmeza.

—El pasado no va reinventarse según mi conveniencia, Michael. Tarde o temprano tendré que enfrentarme a lo que venga.

*Mi novio es un extraño*



—Tienes razón.

—Sí —contesté, tratando de mostrarme despreocupada—. Bueno, ¿Qué traes en esa misteriosa bolsa marrón?

Me llevó a un banco ubicado a la sombra de un árbol grande.

—Un almuerzo espectacular, hecho con mis propias manos.

Me senté junto a él y espí el contenido de la bolsa.

— ¿Tengo que conformarme con mitades?

—Creo que podríamos llegar a una especie de convenio. Digamos, un beso para mí, dos papas fritas para ti. ¿Qué te parece? O dos besos para mí y medio emparedado para ti...

La arrebaté la bolsa.

—Lo primero es la comida. Más tarde negociaremos.

La tensión había desaparecido por completo. Michael y yo estábamos otra vez en tono... como debía ser.

72

La tarde transcurrió serena. Unos cuantos clientes dejaron sus rollos para revelar y vendí un álbum de fotos, pero en general la tienda estuvo casi desierta. El señor Branin cabeceaba de vez en cuando, meciéndose hacia adelante y atrás en su banco. Cada vez que se despertaba, sobresaltado, me inventaba una nueva tarea. Deduje que esperaba que yo no hubiera advertido sus siestas, de modo que mantuve la boca cerrada y le obedecí.

Como a las cuatro de la tarde, bostezó en forma estruendosa.

—Parece que esta tarde estoy un poco cansado. Supongo que todavía no me he adaptado al calor del verano.

Rocié con un producto de limpieza la superficie del mostrador.

—Por supuesto. Junio es muy pesado en Nueva York.

Asintió.

—Cerramos más temprano. Pondremos un cartel que diga: “SALÍ DE PESCA”. —Se echo a reír—. Mis clientes de siempre lo entenderán.

Guardé el paño con el que estaba limpiando, el producto para rociar y la escoba, sin tratar de disimular mi alegría.

*Mi novio es un extraño*



—Iré a avisarle a Michael —anuncié.

Me encaminé hacia el laboratorio, situado en la parte de atrás, pero el señor Branin me detuvo.

—Aguarda un momento, Vanessa.

— ¿Por qué, señor? —su voz me pareció un poco brusca. Tal vez yo había violado alguna de las normas secretas de la buena conducta en el trabajo. Quizá no había limpiado bien los vidrios...

Abrió la caja registradora y extrajo dos billetes nuevos de veinte dólares. Se echó a reír cuando vio mi expresión de confusión.

—No habrás pensado que te hice trabajar gratis, ¿verdad? —preguntó, arqueando las cejas.

Por supuesto que estaba convencida de que había trabajado gratis, pero no iba confesárselo.

—Claro que no —expresé, indiferente—. Esperaba más. Eso es todo.

El señor Branin todavía riéndose de mí cuando Michael salió del laboratorio.

— ¿Por qué tanta risa?

El viejo me palmeó la espalda.

—Esta jovencita amiga tuya es muy especial, Michael. No se te ocurra actuar como un adolescente bobo y perderla.

Me sentí complacida con los elogios, pero Michael parecía muy serio.

—Trataré de no perderla, señor B.

—Lárguese ya de aquí —dijo el anciano—. Salgan a divertirse, como deben hacerlo dos jóvenes. Yo cerraré.

No necesitamos que nos repitiera la orden. Nos fuimos de La Gran Fotografía tomados de la mano. En las últimas siete horas de había ganado el respeto del señor Branin, había compartido momentos con mi novio, había recuperado algunos recuerdos y además había ganado cuarenta dólares. No estaba nada mal para un soleado lunes de junio.

*Mi novio es un extraño*



# Capítulo 10

*Transcrito por Sofi.r.o*

MICHAEL

Rose estaba bebiendo un vaso de té helado en el porche de entrada cuando Vanessa y yo llegamos a la casa.

— ¿Alguna noticia de mi padre? —preguntó Vanessa no bien la vio.

Rose meneó la cabeza.

—No. Solo recibí otra llamada del servicio de respuestas telefónicas. Según parece, estaban mal informados respecto del itinerario que seguiría. Cuando creían que se encontraba en Kansas, en realidad estaba en Iowa. Pero ahora ya lo han corregido. Supuestamente, mañana tendríamos que recibir noticias suyas.

Ella se deprimió mucho. Después de la visión que había tenido de su padre unas horas antes, tal vez pensó que pasar un tiempo con él podría servir para refrescarle el pasado. Sin embargo, yo no pude evitar sentirme bastante aliviado.

— ¿Hay más té helado adentro? —pregunté, ansioso por cambiar de tema.

Tía Rose arqueó una ceja en dirección a mí. Desde el sábado, las miradas que me había destinado eran, en su mayoría, de desaprobación. Obviamente estaba segura de que ya había pasado un tiempo más que razonable para que yo le contara toda la verdad a Vanessa.

—Una jarra entera. —Dijo—. ¡Ah! También llamó Kari, para hablar con Vanessa.

La noticia encendió el rostro de mi “novia”.

— ¿Puedo usar el teléfono?

—Por supuesto. Y cuando vuelvas, ¿Podrías traer la jarra y dos vasos, por favor?

—Claro. —Subió trotando los escalones del frente de la casa y desapareció en el interior.

Ansioso por evitar la mirada de mi tía, me agaché para atarme los corones e las zapatillas.

—Supongo que me consideras un reverendo idiota. —Mascullé.

—Es una forma de decirlo. —Coincidió.

*Mi novio es un extraño*



Me senté a su lado y apoyé la cabeza sobre sus manos.

—De veras he complicado las cosas.

—Tu broma no resultó tan bien como lo habías planeado ¿verdad? —Me apretó el hombro en un gesto consolante que me hizo sentir mucho peor todavía.

—Tú eres mujer, Rose...

Se rió.

—Gracias por haberte dado cuenta.

—Con toda honestidad, ¿Qué crees que deba hacer?

Rose bebió un trago de té y reflexionó sobre mi pregunta.

—Si quieres mantener algún vestigio de tu amistad con Vanessa... Es así, ¿No?

Asentí con la cabeza, desconsolado, pues sabía perfectamente que me diría tía Rose poco después.

—Debes confesarle toda la verdad, antes de que ella recuerde que eres el chico que la enfureció de tal modo que decidió bañarlo en ponche el día del baile de promoción.

— ¡Pero va a odiarme! —Recogí una piedra pequeña, la arrojé hacia la calle, y oí el ruido casi imperceptible que hizo al dar contra el asfalto.

—Te odiará mucho más si descubre la verdad por sus propios medios. Por lo menos, si se lo dices con tus palabras tendrás la oportunidad de explicarte... e implorarle que te perdone.

—Se lo diré. —accedí, resignado al horrendo destino que yo mismo me había creado. — Pero tengo que elegir el momento adecuado...

Me quedé callado, pensando. Imaginé a Vanessa en sus momentos más tiernos y supuse que había una posibilidad —pequeña, remota— de que, si la tomaba por sorpresa en una de esas situaciones en las que se sentía generosa conmigo, tal vez lograra salir de todo aquello relativamente indemne.

De pronto me levanté de un salto del porche, inspirado.

—Vanessa y yo no cenaremos en casa esta noche, Rose.

Entrecerró los ojos.

— ¿Dónde estarán?

*Mi novio es un extraño*



—En Manhattan —respondí desde la puesta—. Voy a obsequiarle una noche que jamás olvidará.

—Kari quiere hablar contigo —me dijo Vanessa cuando entré en la cocina—. Estaba por ir a buscarte.

—Bien. —Tomé el auricular del teléfono que ella sostenía en la mano extendida—. Oye, ¿Te gustaría que hiciéramos algo especial esta noche?

Me dirigió una gran sonrisa.

— ¡Claro! ¿Qué debo ponerme?

—Jeans no —respondí.

La seguí con la mirada mientras se iba de la cocina.

Y no porque no te queden espectaculares, agregué en silencio. Luego recordé que Kari estaba esperándome pacientemente al otro lado de la línea.

—Hola, Kari.

—Michael. —Su voz era muy formal, lo que acentuó aún más mi nerviosismo.

— ¿Pasa algo? —pregunté, con el corazón palpitante. Enrosqué el cable del teléfono alrededor de mi dedo índice con tanta fuerza que se me cortó la circulación.

—William está como una fiera.

Tragué saliva.

— ¿De verdad?

—Sí. Me llamó hoy. Le inventé una historia respecto de que Vanessa había terminado acompañando a su padre en la gira de conferencias, pero no me creyó ni una sola palabra.

Ajusté aún más el cable del teléfono alrededor de mi dedo.

—Gracias por cubrirme, Kari. O por haberlo intentado, al menos.

—Michael, tendremos que confesar toda la verdad a Vanessa. Y pronto.

— ¿Que está haciendo William? Me refiero a si ha tomado alguna medida para tratar de encontrarla.

*Mi novio es un extraño*



— ¿Quién sabe? —gritó Kari—. Este tipo está acostumbrado a tener lo que quiere, en el momento en que se le antoja. Es un cerdo, pero tiene recursos.

— ¿Crees que haya una remota posibilidad de que Vanessa me dé una segunda oportunidad?

Guardo silencio por un rato.

—Si estuviésemos tratados con la Vanessa de antes, te aseguro que podrías considerarte dichoso si no te denuncia a la policía para que te arresten...

— ¿Pero? —Contuve la respiración, rezando en silencio para que Kari me diera una mínima esperanza.

—Pero la nueva Vanessa es una persona absolutamente diferente. ¡Me refiero a que en serio quería quedarse en Brooklyn en lugar de venir a mi departamento de Manhattan!

—Es un buen síntoma. —dije con cautela.

—Cierto. Pero cuando recupere la memoria, ¿Quién sabe en cuál de las dos Vanessa se convertirá? Con suerte, las posibilidades son cincuenta y cincuenta.

Kari tenía razón. No teníamos modo de saber si Vanessa volvería a ser o no la antigua esnob en el preciso instante en el que recordase que era una niña rica y malcriada. E incluso en la suposición de que prevaleciera la transformación de su personalidad, tal vez no quisiera volver a verme. Aun así, tenía que arriesgarme; simplemente, no me quedaba otra alternativa.

—Se lo diré esta noche. —De pronto se soltó el cable del teléfono, dejando sus huellas sobre mi dedo.

—Bien —dijo Kari, suspirando—. Ah, haz lo posible para convertirme en otra víctima de tu juego. No quiero que vaya a odiarme a mí también.

—Hare lo que pueda, Kari. Lo prometo.

—No te acobardes. —Con esa frase, cortó la comunicación.

Subí las escaleras y me puse unos pantalones de algodón, mientras me preparaba para enfrentar los fantasmas del pasado de Vanessa.

—Mmm. Delicioso. —Vanessa mordió su segundo hot-dog.

En la última hora había aprendido que, si bien detestaba McDonald's, le encantaba comer hot-dogs en Central Park (con mostaza sola). Acompañó la comida con cerveza sin alcohol, bebiendo de a media lata por vez.

*Mi novio es un extraño*



—Todavía no puedo creer que hayas preferido comer hot-dogs en esta gran noche de paseo por la ciudad —comencé.

Se encogió de hombros.

— ¿Y por qué tenemos que ir a un lugar y soportar a los farsantes camareros que detestan a los adolescentes? Y del costo, mejor ni hablar.

Estuve totalmente de acuerdo (en especial en cuanto a la parte monetaria del asunto) y sentí una calidez que ya era familiar para mí cada vez que compartíamos una opinión.

—Bueno, porque estás tan hermosa que podríamos haber ido al lugar más elegante de toda la ciudad.

Vanessa se había puesto una minifalda negra, sandalias y una blusa de seda brillante, blanca. Cuando la vi bajar por las escaleras, creí que el corazón se me desprendería del pecho.

—Lo mismo de usted, señor Hobart. —Arrojó el papel del hot-dog, lo tiró en un cesto de basura cercano y bebió el resto de la cerveza.

Recién comenzaba a caer la tarde y en el parque todavía había gente suficiente como para que el sitio resultara seguro. Estábamos descansando en un sitio con césped, cerca del puesto donde se vendían los hot-dogs. Con bastante frecuencia pasaba junto a nosotros algún chico en patineta o en bicicleta. Allí, tendido sobre el pasto, experimenté una profunda dicha al observar el cielo de Manhattan. Cerré los ojos y deseé quedarme así con ella para siempre.

—Haber venido a este lugar ha producido efectos extraños en mi memoria. —comentó Vanessa. Se tendió de costado, apoyada en un codo. Cuando abrí los ojos, me estaba mirando fijo.

Abruptamente, con crueldad, el momento terminó.

— ¿De verdad? ¿Qué, por ejemplo?

—Es difícil de explicar. Sé que es obvio que ya estuve en este lugar antes, pero tengo la sensación de que debería acompañarme otra persona...

— ¿Quién? —No quería presionarla, pero tenía que hacerlo.

—No lo sé...

—Bueno, piensa. —Una vez más, no pude creer que fuera mi voz la que hacía todas esas preguntas.

Meneó la cabeza y frunció la frente.

*Mi novio es un extraño*



—Olvidemos, el tema Michael.

Me senté. ¡Súper! Había estado muy cerca. El tiempo me presionaba, y tenía que actuar.

—¿Lista para el gran suceso? —pregunté, de pronto nervioso.

—Lo estaría si me hubieras dicho qué planeaste con esa mente misteriosa que tienes.

Le besé suavemente la frente, agradecido de que hubiera terminado ese momento de tristeza.

—Lo sabrás muy pronto. —Me puse de pie y busqué su mano.

Me permitió que la ayudara a incorporarse y luego la conduje por un sendero que llevaba hacia el extremo sur de Central Park. El color del cielo iba profundizándose hasta convertirse en índigo y el aroma del perfume de lilas de Vanessa nos envolvía. La noche se había hecho para el Romance, con mayúscula, y yo planeaba aprovechar en pleno la ventaja de la magia única que ofrecía de Nueva York.

Antes que nos marchásemos de Brooklyn, había retirado cien dólares en efectivo de mi cuenta del cajero bancario automático. El dinero que llevaba en el bolsillo representaba la mitad de mis ahorros para comprar mi famosa cámara digital, pero por primera vez en la vida no me importaba el dinero. Necesitaba demostrarme (y también a Vanessa= que podía brindarle todo lo que le daba William. Por lo menos, alguna que otra vez.

Cuando llegamos al final del parque, vi lo que buscaba una hilera de caballos y carruajes, con sus cocheros vestidos con atuendos antiguos. Los paseos en los carruajes de Central Park eran una de las atracciones turísticas más famosas... y, según se decía, tenían la fama de ablandar los corazones de las jóvenes.

—¡Ta-tan! —exclamé, señalando los carruajes con una sonrisa.

—¡Un paseo en carruaje! —Se admiró Vanessa, con los ojos brillantes—. Oh, Michael, eres un romántico sin remedio.

—No se lo cuentes a nadie. —bromeé. Nunca podría superar los chistes que me harían los chicos en el vestuario.

Deslizó un brazo por mi cintura y me abrazó. —Puedes confiar en mí.

¿Pero tú puedes confiar en mí? Pensé en silencio.

Abrazados, nos acercamos a los carruajes. Cada vez que avanzábamos un paso, nuestras caderas se rozaban; un cosquilleo recorría mi espalda.

*Mi novio es un extraño*



Cuando casi llegamos a la hilera de los caballos, me aparté de ella y me aproximé a uno de los cocheros. Era un hombre alto y rubio, peinado con una cola de caballo que le llegaba a la mitad de la espalda. Sus ojos azules brillaron al ver a Vanessa y luego a mí.

—¿Quieres impresionar a la dama esta noche? —preguntó.

—Así es. —respondí. Me sentí reconfortado ante esa comprensión inherente que existe entre los hombres cada vez que de mujeres se trata.

—Basta de palabras. —Subió al carruaje y tomó las riendas.

Ni siquiera pensé en preguntar cuánto me costaría el paseo. Hizo un gesto a Vanessa y la ayudé a subir. Se acomodó sobre el asiento tapizado en terciopelo rojo y rió por la formalidad del momento. También yo subí y me senté lo más cerca de ella que pude.

El cochero se levantó a medias en su asiento y se volvió hacia Vanessa.

—Buenas noches, señorita. —dijo con una reverencia.

—Buenas noches. —Me guiñó un ojo, pues obviamente disfrutaba del espectáculo.

—Avíseme si el paseo se pone muy incómodo para usted. —dijo el hombre, con un rostro que era la imagen misma de la galantería.

—Ah, claro. —respondió Vanessa. Me codeó y yo me reí.

—Entonces, partamos ya. —Los caballos echaron a andar y el cochero se concentró en el camino.

A medida que íbamos avanzando, la respiración se me dificultaba cada vez más. Había llegado el momento de la verdad y yo aún no conseguía encontrar las palabras ideales. Mientras tanto, Vanessa admiraba el paisaje, ignorante del debate destructor que se libraba en mi mente.

Suspiró, feliz y se acurrucó contra mí en el pequeño asiento. La rodeé con el brazo y le acaricié con ternura el cabello.

—Qué noche tan serena. —murmuró—. Tengo la sensación de que en cualquier momento a los caballos les crecerán alas e iremos volando hacia el crepúsculo.

El carruaje avanzaba por la calle que rodeaba Central Park. Los únicos sonidos que interrumpían el silencio era el golpeteo de las patas de los caballos contra el pavimento y el jovial silbido del cochero. Estábamos rodeados de césped, árboles y flores. A la distancia, los gigantes edificios de Manhattan se elevaban hacia el cielo, tentándonos como la tierra de Oz.

*Mi novio es un extraño*



Abracé a Vanessa con todas mis fuerzas. Ella me correspondió y hundió el rostro en la curvatura de mi hombro. Estaba seguro de que podría sentir los maniáticos latidos en mi cuello, aunque no pudiera oírlos. Al fin se apartó.

—Michael, no puedo respirar. —Se rió y me acarició la nuca con su mano tibia. Ese contacto casi imperceptible con su piel me recordó que se nos iba el tiempo. El paseo en carruaje no sería eterno... desgraciadamente.

Me acomodé en el asiento, para poder mirarla directo a los ojos. Le tomé ambas manos y me las coloqué sobre la falda.

—Vanessa, hay algo que debo decirte. Algo importante.

—Yo también tengo algo que decirte. —dijo, mirándome entre sus tupidas pestañas negras.

— ¿Puedo hablar primero?

¡Hazlo de una vez! Ordenó mi mente, furiosa.

Ella negó con la cabeza.

—Es imposible que lo que tú tienes que decirme sea más importante que lo que tengo que decirte yo... A menos que sea lo mismo.

Una luz de esperanza se encendió como una llama. ¿Habría podido adivinar la verdad? Tal vez ya había recuperado la memoria, mientras estábamos comiendo, y decidió que de todas maneras me amaba... Una dicha delirante hinchaba mi corazón. Estaríamos juntos para siempre.

—Te amo. —dijo. No mencionó a William, ni el baile de promoción, ni el engaño. Solo esas palabras: te amo...

Un huracán de emociones se desató dentro de mí. Tocaba el cielo con las manos al saber que ella me amaba, pero a la vez, me sentía terriblemente deprimido por mi traición. Sobre todo, me paralizaba el temor de una confesión completa.

— ¿Michael? ¿No ibas a decirme algo? —preguntó. Su tono de voz era sereno, pero detecté alguna incertidumbre de su parte.

Luché con desesperación contra mí mismo para decirle la verdad, pero no pude. En ese momento era tan imposible revelarle el pasado como lo habría sido lograr que los caballos ascendieran al cielo.

—Yo también te amo, Vanessa.

*Mi novio es un extraño*



Apoyé las manos sobre sus hombros delicados, inclinando la cabeza para apoyarla contra la suya. Nariz con nariz, nuestra respiración acompasada, compartimos un momento de total armonía. Y luego nuestros labios se encontraron.

Cuando nos besamos, Vanessa tocó el áspero género de mi camisa con las manos y luego se dirigió a la sensible piel de mi cuello. Con pasión intensa y serena a la vez me besó los labios, luego los párpados y por fin el lóbulo de la oreja. Creí que perdería el conocimiento. Le tomé la cara entre ambas manos y atraje su boca hacia la mía, para volver a besarla una y otra vez. Seguí besándola y todo lo demás cayó en el olvido.

—Te amo, te amo. —repetía incansablemente.

—Vanessa. —Su nombre era mi único pensamiento y el poder de su significado me avasalló.

Cuando nos separamos, mi respiración estaba muy agitada. Ella se cubrió las mejillas con las manos y se reclinó contra el asiento.

—Nunca nos lo habíamos dicho, ¿Verdad? —preguntó después de un rato.

—No.

Asintió con la cabeza, como confirmando algo que ya sabía.

—Ya me parecía.

Durante el resto del paseo en carruaje, nos quedamos callados.



# Capítulo 11

*Transcrito por Sooi.Luuli*

VANESSA

A excepción de una luz tenue que provenía de la lámpara del living, la casa se hallaba a oscuras cuando el taxista nos dejó en Brooklyn. Como Rose ya estaba durmiendo, sentí que Michael y yo éramos un joven matrimonio que regresaba tarde a su hogar después de haber compartido una cena con amigos. Por supuesto que, a diferencia de los recién casados, cada uno se iría a dormir a su propia alcoba.

Nos sacamos los zapatos y subimos las escaleras riéndonos. Michael me acompañó hasta el cuarto de huéspedes, abrazándome en todo momento. Cuando llegamos a la puerta, se detuvo y me miró a los ojos.

—No olvidemos nunca esta noche —dijo con tono solemne.

Extendí la mano y seguí con suavidad con el dedo la línea de la curvatura de su ceja izquierda. Me encantaba cada detalle de su rostro.

—Jamás.

—Hay ciertas cosas que necesito decirte sobre mí, Vanessa. Cosas que no te agradarán.

No podía imaginar que hubiera algún aspecto de él que no me gustase, y no quería que nada echase a perder la belleza de la velada que acabábamos de vivir.

—Ahora no —susurré—. No quiero que volvamos a hablar por hoy.

Michael asintió con la cabeza. Me besó la mano y siguió por el pasillo, rumbo a su cuarto. Cuando alcanzó la puerta, se volvió y me saludó con un ademán.

Me desvestí en la oscuridad, porque no quise arruinar el romanticismo de aquel instante con la potente luz del techo. Desnuda, me introduje entre las sabanas frescas de algodón. En pocos segundos me quedé dormida.

—Ve a tu cuarto, Vanessa. —La voz de mi padre era suave pero firme. Me llevaba por el pasillo de nuestro penthouse.

— ¡No! —grité—. Quiero ver a mamá.

*Mi novio es un extraño*



—Ella está muy enferma, querida. Podrás verla cuando esté descansando en el hospital.

— ¡Quiero verla ahora! —Mi propia voz retumbaba en mi mente. Corrí a mi padre a un lado para abrirme paso.

Cuando llegué a la mitad del corredor me volví para mirarlo. Las lágrimas rodaban por su rostro y tenía los hombros caídos. El miedo se apoderó de mí. Durante todos los meses que había durado la enfermedad de mi madre, él jamás había exteriorizado su terror y su desesperación. En ese momento me pareció vencido.

Mi madre estaba tendida en el sillón, consciente a medias. Yo me hincé a su lado, sollozando. Después de unos minutos, sentí su mano sobre mi cabello y comenzó a acariciarme suavemente la cabeza.

— ¿Recuerdas aquel día en que hicimos navegar esos botes pequeños en la laguna de Central Park? —Preguntó. Yo asentí con la cabeza, sollozando todavía.

— ¿Y el día en que papá, tú y yo montamos a Ciclón en Coney Island? —Volví a asentir. No podía hablar.

—Nunca olvides esos días, Vanessa. Nunca olvides lo mucho que te quiero. —Su voz fue apenas un murmullo cuando volvió a hablar. — Quédate siempre junto a tu padre. Van a necesitarse mucho después de que...

— ¡No! —grité por fin cuando pude sacar un hilo de voz.

A la distancia, alcancé a oír el ominoso lamento de las sirenas y los pasos de mi padre que resonaban en el piso de madera del corredor.

—Ahora ve a tu cuarto, Vanessa.

Dejé que me llevara, pero las sirenas cada vez ganaban más potencia.

Me senté en la cama, con el corazón galopante y el rostro húmedo por las lágrimas. El reloj despertador que la tía Rose me había prestado sonaba intensamente. Lo recogí, buscando a tientas el dispositivo para apagarlo. Cuando el ruido por fin cesó, los latidos de mi corazón comenzaron a normalizarse: Noté que estaba bañada en sudor.

“Mamá”

Ahora la recordaba; parte de ellas. El sueño había sido real, estaba convencida. Mi madre había muerto al día siguiente, con mi padre y yo a su lado. No podía recordar el funeral, ni los horribles días que debieron haber seguido. Pero percibí la soledad de los últimos cinco años y el abismo que se formó entre mi padre y yo. Y esa distancia explicaba cómo podía

*Mi novio es un extraño*



ser que él se ausentara de la ciudad por tres días sin saber dónde se encontraba su hija... algo que había estado martirizándome desde el sábado.

Pero ya no recordé más fragmentos nítidos. Ni a Michael, o la escuela, o el tiempo que pasaba con Kari. Lo único que podía ver era la fría alfombra azul celeste de nuestro penthouse y el corredor de cerámicos blancos del hospital. Estaba segura de que, desde entonces, nunca más había pisado un hospital.

Me levanté con una asombrosa sensación de paz. El recuerdo de mi madre había sido doloroso, pero poder volver a ver su rostro había servido para conectarme con mi pasado. Salvo por la historia que el señor Branin me había contado sobre la vida de mi padre, era la primera vez, desde que me golpeé la cabeza, que tenía la convicción que sabía algo sobre mis padres. A su modo, mi madre había vuelto para ayudarme.

— ¿Estás segura de que sabes cómo llegar allí? —preguntó Michael una hora después.

—Por décima vez, sí —respondí, sonriendo por su preocupación.

Kari y yo habíamos hecho planes para reunirnos en Maniatan y pasar allí el día... La idea de trabajar otro día en La Gran Fotografía sacudiendo polvo y lustrando muebles no me resultaba para nada atractiva. Michael me había dado instrucciones específicas respecto de cómo debía usar el subterráneo de la avenida Atlantic, prolongando nuestra despedida.

Me reí.

—Seguro que podrás arreglártelas. Y el señor Branin estará feliz de tenerte sólo para él.

—Bueno, tal vez no debas ir allá. O quizá yo tendría que llamar al señor Branin para decirle que estoy enfermo y acompañarte... —Tenía la vista fija en el piso y me apretaba la mano con fuerza.

Aunque me emocionaba la intención de Michael de querer estar conmigo, me sorprendió su reticencia a perderme de vista aunque sólo fuera por un minuto. Después de todo, él tenía una vida propia, ¿no?

—Michael, debo aprender a ser independiente otra vez. Algún día regresaré a mi casa, y ambos tendremos que acostumbrarnos a vernos como antes. Ésa es la realidad.

Frunció el entrecejo.

—Sé que tienes razón, pero me cuesta aceptarlo.

Lo abracé.

*Mi novio es un extraño*



—Esta tarde vuelvo, tonto.

—Sólo dile a Kari...

—¿Qué? —pregunté. Pensé que tal vez quería pedirle especialmente que me cuidara bien, o de lo contrario...

—Nada. No importa. Diviértete. —No parecía muy entusiasmado pero al menos lo intentaba.

Me volví para bajar las escaleras rumbo a la estación, pero de pronto Michael me abrazó. Me besó en la boca con tanto ardor que sentí una especie de descarga eléctrica.

—Recuerda que te amo.

—Claro que sí.

Por fin nos separamos y yo bajé las escaleras con una sonrisa a flor de labios.

“Me gusta que me bese a las nueve de la mañana”, descubrí.

Sí, decididamente era un ritual al que podría habituarme con facilidad... siempre y cuando fuera Michael el que me besara.

86

—No estaba segura de que vinieras —dijo Kari cuando abrió la puerta del departamento de su familia, en Upper East Side.

—¿Qué? ¿Creíste que me perdería las entrañas de la gran ciudad? —pregunté.

Pareció confundida por un instante.

—No, pero Michael...

—Michael se preocupa demasiado. Estoy bien.

Kari estaba radiante.

—¿De verdad, Vanessa? Oh, estoy tan feliz de oírte hablar así. Anoche me quedé levantada hasta tan tarde... — Me abrazó y noté lágrimas en sus ojos.

La seguí al interior del lujoso departamento y me senté en el suave sillón de cuero negro. Nada. Absolutamente ningún detalle me resultaba familiar.

—Por Dios. No fue más que un viaje en subterráneo. Ustedes dos son peores que dos gallinas cluecas. Me refiero a que esta mañana Michael, estuvo a punto de esposarme a su muñeca.

*Mi novio es un extraño*



Kari arrugó la frente.

—Aguarda, ¿de qué estás hablando?

—De perderme. Estaba seguro de que Manhattan me comería viva si él no estaba allí para protegerme.

—Ah, sí —comentó mientras se sentaba frente a mí—. Anoche estaba muy preocupado por ti.

—Juro que hasta una foca bien entrenada podría aprender el sistema de los subterráneos. Sólo tienes que mirar el mapa, subir al tren y ¡voilà! Aquí me tienes.

Kari arqueó las cejas.

—Bueno, tú jamás tomabas subtes; taxis o nada.

No podía imaginar que un chofer estuviera constantemente llevándome de un lado al otro de la ciudad o dependiendo de un taxista para que me llevara al sitio que quería ir. Pero si Kari decía que así era, debía creerle.

—La gente cambia.

Asintió.

—Ni lo dudes.

—Tal vez te enseñe a viajar en subte —le dije, sonriente.

—Puede ser, pero no esta mañana. Hoy podremos ir caminando a todas partes.

—¿De verdad? ¿A dónde vamos?

—¿De compras! —parecía tan entusiasmada que yo traté de mostrarme optimista. Pero con un capital de sólo cuarenta dólares, que me había pagado el señor Branin, no iba a poder comprarme muchas cosas.

—Te acompañaré. Pero en verdad el efectivo no me sobra.

Kari revoleó los ojos.

—Compraremos a crédito lo que se te antoje. Tu padre podrá devolver el dinero a mis padres cuando aparezca.

La idea me incomodaba.

—No lo sé... tal vez no le guste que haga esto.

—Vanessa, eres rica. Y tu padre te deja comprar lo que se te dé la gana. Confía en mí. Puedes gastar en lo que quieras.

Pensé en Michael, que trabajaba todo el día en la tienda del señor Branin sólo para ahorrar

*Mi novio es un extraño*



el dinero suficiente para comprarse su cámara fotográfica. Y luego recordé a Rose, que escribía docenas de cartas solicitando dinero para los huérfanos de St. Ann's... Y después imaginé el absorto rostro de Michael cuando me viera bajar las escaleras, hermosa, con un nuevo conjunto. Su cara ganó la batalla. Saldría de compras con mi amiga.

\*\*\*

Te digo que lo compres. —Kari estaba sentada en una silla del probador, con una montaña de bolsas a su alrededor.

Habíamos pasado las últimas horas desbastando los percheros de Bloomingdale's, una de las tiendas más famosas en Manhattan. No bien entramos, las imágenes y los olores me parecieron conocidas. Atravesamos una barricada de mujeres rubias que parecían de plástico y nos rozaron con varios perfumes mientras nos prometían increíbles maravillas cosméticas con los distintos productos de marcas que ofrecían.

—Me gusta mucho este sitio, ¿verdad? —le pregunté a Kari cuando nos aproximamos a la multitud que trataba de llegar a las escaleras mecánicas.

—Bloomie es tu favorita —me aseguró.

Hasta el momento, Kari se había comprado unas botas de cuero de caña alta, un vestido mini de lycra, un chaleco de gamuza, una camiseta sin mangas de rayón y unos estridentes pantalones elasticados, anaranjados y con lentejuelas. Yo no había comprado absolutamente nada.

Iba de un lado a otro, examinando mi imagen en los espejos triples del vestidor.

— ¡Pero cuesta cuatrocientos dólares! —exclamé.

—Sí, pero te queda tan bien que parece que valiera un millón.

Cierto. El vestido de seda roja me llegaba arriba de las rodillas; el corte era sencillo, pero me ceñía la cintura, destacando las curvas de mi cuerpo. Tenía un escote pronunciado que revelaba la piel bronceada de mi pecho, y el género era tan suave que me daba la impresión de estar desnuda. Una vez más, volví a imaginarme el rostro de Michael cuando me viera así.

—Lo compro —dije, sintiéndome de repente poderosa. Gastar grandes sumas de dinero resultaba embriagador... y tal vez, supuse, peligroso.

— ¡Por fin! Ahora sí reconozco a la Vanessa Pendleton de antes —exclamó Kari, aplaudiendo.

En ese momento la vendedora golpeó la puerta del cambiador.

— ¿Qué tal van las cosas allí dentro, señoritas? —preguntó.

*Mi novio es un extraño*



Abrí la puerta; la adrenalina recorría mis venas.

—Llevaré este vestido —declaré, y percibí un cierto tono altanero en mi voz—. Necesito unos zapatos que hagan juego.

Una hora después, con un vestido y dos pares de zapatos en mi haber, me desplomé sobre una silla del café de Bloomingdale's. Kari insistía en que almorzásemos allí, y yo me sentí de lo más cosmopolita al examinar la sala atiborrada de gente.

—Rocko me gusta de verdad —confesó mi amiga de repente.

—Ah. Cuéntame más. —Mordí mi medialuna rellena con atún y pensé que era maravilloso tener una amiga íntima.

—Me llamó anoche. ¡Y hablamos durante tres horas!

— ¡Genial! Un verdadero récord. —Esperé a que masticara un bocado de su ensalada de camarones.

—Sí. Hablamos de todo... En realidad, hablamos mucho de Michael.

Como Michael era mi tema favorito de conversación, Kari se ganó toda mi atención.

— ¿Y?

—Es un chico estupendo, Vanessa. ¿Sabes? Ha tenido una vida muy dura; perdió a sus padres, se mudó a Nueva York, tuvo que hacer nuevos amigos...

—Lo sé. —No pude evitar la interrupción—. Anoche le confesé que lo amaba. Por primera vez desde que salimos.

Kari pareció sorprendida.

— ¿De verdad? ¿Y él qué te dijo?

Dejé mi medialuna rellena.

—Me confesó lo mismo... varias veces.

Kari tomó otro bocado de ensalada y masticó con lentitud.

—Mira, hay cosas del pasado que debes saber... cosas sobre ti y Michael.

La frustración se apoderó de mí.

— ¿Por qué todo el mundo habla de lo mismo? —pregunté. De pronto, perdí el apetito.

—Porque es cierto.

—Bueno, Vanessa. Mejor cierro la boca.

*Mi novio es un extraño*



—Gracias.

—Y tal vez tengas razón. Quizá todo... esto... no sea tan importante.

— ¡Por fin! La señorita empieza a ver las cosas bajo mi misma óptica. —Sonreí—.  
¿Cuándo volveremos a salir los cuatro juntos?

Continué comiendo, ansiosa por hacer planes para Kari, Rocko, Michael y yo. Estaba segura de que los cuatro pasaríamos un verano increíble.



# Capítulo 12

*Transcrito por Val*

MICHAEL

Estaba buscando a tientas las cerraduras de la puerta del edificio cuando el teléfono empezó a sonar. Una vez, dos veces, tres veces. Abrí la puerta de par en par y fui corriendo a la cocina.

— ¿Hola?— Dejé caer mi mochila sobre la mesa, jadeante.

— ¿Michael Hobart?—preguntó una voz grave y autoritaria.

—Sí. — Supe quién sería el que llamaba desde que oí el primer timbrazo del teléfono.

—Habla Lincoln Pendleton, el Padre de Vanessa.

—Hola, señor Pendleton — respondí, esforzándome al máximo por hablar con amabilidad y Seriedad.

— ¿Qué es exactamente lo que está sucediendo allí? He recibido un extraño mensaje que Decía que mi hija se golpeó la cabeza y que nunca llegó al campamento. ¿Es cierto?

—Sí, señor. — Inspire profundamente. — pero se encuentra óptimas condiciones de salud

— ¿Está seguro? —La voz del señor Pendleton ya había perdido su tono sereno. Cada vez Se parecía más a un padre muy preocupado.

—Sí, salvo que...— ¿Cómo haría para explicarle que Vanessa no recordaba nada de su padre y que durante los últimos días había vivido con un perfecto extraño?

— ¿Salvo que?

—Bueno, padece de amnesia temporal. Pero el médico nos aseguro que recuperara la memoria por completo cuando esté preparada.

*Mi novio es un extraño*



—Quiero hablar con mi hija inmediatamente. — Esta vez no formuló ninguna pregunta; me dio una orden.

Entonces me di cuenta de dónde había sacado Vanessa su testarudez.

—No está en casa en estos momentos — Me sudaban las palmas de las manos y me sentía un tanto mareada. ¿Dónde se metía tía Rose cada vez que yo la necesitaba?

— ¿Adónde demonios ha ido?

—Está con Kari Washington. Fueron a pasar el día a Manhattan. —El señor Pendleton suspiró, en apariencia aliviado. — ¿Puedo hablar con tu madre o con tu padre, entonces? Experimente una conocida sensación de angustia.

—Yo vivo con mi tía, señor Pendleton. Pero ella está trabajando...Es enfermera. —recordé que, por lo general, las enfermeras inspiran confianza a la gente. El señor Pendleton se quedaría tranquilo si sabía que su hija se hallaba bien cuidada.

Se oyó otro suspiro del señor Pendleton.

—No quiero ser descortés contigo, Michael. Lo que sucede es que estoy muy preocupado por mi hija. Creo que comprendes...

—Por supuesto. Pero le aseguro que se encuentra muy bien.

—Cancelaré el resto de mis conferencias y regresaré a Nueva York mañana.

Tragué saliva. De modo que Vanessa se iría al día siguiente.

—Sí, señor—respondí, con una voz muy fina. El rítmico compás del reloj de la cocina hacía eco en mis oídos.

Se me estaba acabando el tiempo.

Di al señor Pendleton nuestro número de teléfono y nuestra dirección y volví a asegurarle que Vanessa no padecía de ningún daño cerebral permanente. Era evidente que el hombre estaba muy avergonzado por su prolongada ausencia, que le había impedido enterarse antes de lo ocurrido a su hija.

— ¿Michael? —Me hallaba a punto de cortar la comunicación, cuando lo oí nombrarme otra vez.

*Mi novio es un extraño*



— ¿Sí?—mis latidos se aceleraron. Estaba seguro de que me acusaría de ser un farsante, n secuestrador y una persona del peor estrato social.

— ¿Vanessa... sabe lo de su madre?

—Si... se lo dije yo.

—Gracias. No creo que yo hubiera sido capaz de hacerlo. —De pronto me pareció cansado, como si esa conversación lo hubiera envejecido de golpe.

—No tiene por qué, señor Pendleton. — Hice una pausa y luego agregué: — Haría cualquier cosa por ella.

—Sí. Sí. Por tu voz, ya me he dado cuenta. Adiós, Michael.

Cortó y yo me quedé mirando fijo el auricular que tenía en la mano. Al día siguiente, a esa misma hora, el padre de Vanessa habría regresado y la vida de ella comenzaría a volver a la normalidad. ¿Qué haría yo entonces?

— ¿Bien? —preguntó Vanessa no bien le abrí la puerta de la casa.

—Te llamó—respondí. Me permitió que tomara la bolsa de Bloomingdale's que llevaba y que la acompañara hasta el sofá.

—Ah, que bien. —se sentó en el sillón, con la mirada vacía. No había emoción alguna en su voz.

Dejé la bolsa junto a la chimenea y me senté a su lado.

—Parecía muy preocupado por ti. Me hizo un millón de preguntas sobre tu salud.

Ella asintió con un gesto.

—Supongo que regresaré a casa, entonces. De vuelta a ese importante sitio de Manhattan.

La rodeé con el brazo y ella se recostó contra mi cuerpo.

—Sí, pero solo mañana. Todavía tenemos una noche más juntos... Es decir pasaremos una noche más bajo el mismo techo.

Vanessa cerró los ojos, apretando el rostro contra mi pecho.

*Mi novio es un extraño*



—Estoy asustada, Michael. —Sus palabras casi no se oyeron, pero me di cuenta que estaba al borde del llanto.

—Es tu padre, Vanessa. Y creo que es un hombre maravilloso. Te sentirás más en tu ambiente cuando regreses a tu propia casa, a tu propio cuarto... Apuesto a que recuperarás la memoria la primera noche.

— ¿Pero por qué demoró tanto en llamar? ¿Ni siquiera le importaba lo que me pasaba?— parecía enojada; me estremecí imaginando que podría usar ese mismo tono de voz contra mí.

Como en realidad no conocía al señor Pendleton, no podía responder a ninguna de las preguntas de Vanessa. Yo había pensado lo mismo que ella, y sin duda Tía Rose también. Sin embargo, lo único que me importaba era borrar el dolor de su mirada.

—Bueno no andaba de paseo por el Caribe —le recordé—. Salió de gira para dar conferencias sobre las relaciones raciales... Seguramente a unos viejos decrépitos que olvidan encender sus audífonos. —vi el asomo de una sonrisa y continúe. —el pobre hombre está en el medio del campo. Vaya uno a saber cómo ha tenido que vivir todos estos días. Tal vez hasta haya tenido que dar de comer a las gallinas en alguna estancia de Iowa.

Empezó a reírse y se sentó erguida.

—Dudo que haya estado alimentando a las gallinas. Pero si tienes razón en cuanto a lo de su trabajo. Es importante... Y yo he estado en buenas manos desde que él se fue.

— ¿Sabes qué necesitas? —le pregunté, secándole una lagrima de la mejilla.

— ¿Qué?

—Un gran helado a lo Michael Hobart, con frutas y todo.

— ¿Y chocolate caliente? —preguntó.

— Y caramelo. —le tomé la mano y la llevé a la cocina.

Mientras me contaba como había pasado el día en compañía de Kari (nunca he comprendido esa manía de ir de compras que tienen las mujeres), prepare dos gigantescos helados con frutas, que decoré con dos copetes de crema. Era obvio que Kari no había abierto la boca respecto de nuestro engaño, así que pensé que luego tendría que agradecerse... e implorarle perdón.

*Mi novio es un extraño*



Vanessa atacó su helado con frutas con sumo placer, como si pudiera enterrar todas sus ansiedades debajo de aquel montículo de praliné y crema. La vi tan inocente—casi como una niña pequeña—que instintivamente tomé mi cámara fotográfica. Estaba en mi mochila, debajo de un montón de papeles de muestra, pero la había cargado con un rollo blanco y negro, que eran mis preferidos para ser retratos.

Comencé a desplazarme por la cocina, en busca del mejor ángulo. Vanessa revoleó los ojos, pero ya había prendido que era inútil protestar una vez que yo había decidido empezar a disparar. Siguió con su helado, estudiando el recipiente con el mismo esmero con el que yo la estudiaba a ella.

—Creo que estoy a punto de recuperar la memoria.

— ¿De verdad?—me llevé la cámara hacia el ojo y ajuste el foco.

—Siento que si diera la vuelta en el momento exacto todo sería... Es como si el pasado es tuviera esperando que lo reclame.

Se llevo la cuchara a la boca y yo oprimí el botón.

— ¿Entonces por qué no lo haces de una vez?—pregunte, aunque era lo último que deseaba en este mundo.

Ella suspiró y meneó la cabeza.

—No lo sé, Michael. Ojalá supiera como hacerlo.

Clavó la cuchara en el helado en un ángulo muy precario; parecía como suspendida en el aire. Vanessa la miró con ojos oscuros y pesados. Tomé otra foto.

Recordé que, cuando murieron mis padres, evite entrar en su alcoba por varios días. Tenía la sensación de que si no percibía su ausencia en ese cuarto, todo sería como su no estuvieran realmente muertos. Pasaba las horas jugando básquet, comiendo pizza, leyendo revistas de historietas...Cualquier cosa para evadirme de la realidad a la que me enfrentaba la vida.

Cuando por fin entré en la habitación de mis padres y vi los libros a medio leer, los calcetines usados, los cepillos para el cabello que habían quedado por allí, pude aceptar la verdad de lo que me había ocurrido. Saqué la *polaroid* que mi madre guardaba en su guardarropa y tomé una fotografía del cuarto vacío; la evidencia de la vida y de la muerte

*Mi novio es un extraño*



que conservaría por el resto de mis días. A partir de ese instante me obsesionó la fotografía y canalicé todas mis penas capturando los distintos acontecimientos en una película.

También Vanessa había tenido que cargar con la muerte de su madre, pero su amnesia derribo la fortaleza que había construido para defenderse (hasta Kari se había dado cuenta) y ahora tenía que enfrentar sus sentimientos en relación con su padre, que todavía seguía de duelo.

—Hay una pared—continuó, extrayendo la cuchara—. No es una pared de ladrillos, si no de yeso. Y sé que con solo golpearla con el puño cerrado podría recordar todo.

—Llegarás a tu meta, Vanessa—dije, aceptando por primera vez plenamente la verdad de la que había estado huyendo.

Su rostro se ensombreció. Tomé la última fotografía de mi rollo durante ese momento de tristeza. Parecía un presagio.

Luego sonrió.

—Está derritiéndose su helado, señor Hobart.

Guarde la cámara y me senté. Por ese día, al menos, me hallaba seguro detrás de la famosa pared de yeso.

Vanessa subió a su cuarto no bien los últimos rayos de sol se ocultaron. Rose aun se encontraba en el orfanato, donde trabajaba como voluntaria todos los martes por la noche. Vanessa y yo estábamos sentados en las escalinatas de la entrada del edificio; las nubes se habían acumulado en el cielo, reflejando nuestro estado de ánimo.

—Esta noche estoy muy cansada—dijo ella—. Y no hay estrellas.

Sus palabras fueron como una poesía, incline la cabeza hacia el cielo.

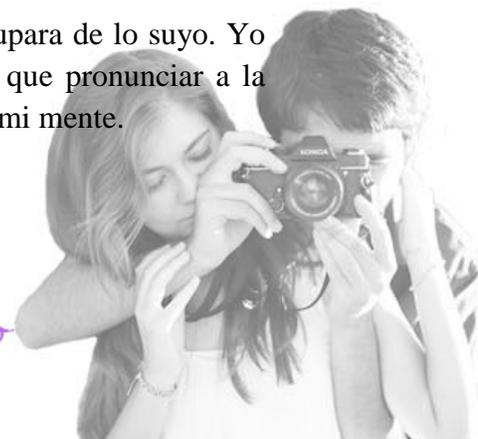
—Mañana lloverá—comenté. No sabía que más decir.

—¿Te importaría si subo a mi cuarto?—preguntó, ya volviéndose para irse.

Negué con la cabeza. De todos modos, era mejor que cada uno se ocupara de lo suyo. Yo necesitaba prepararme para el discurso que, inevitablemente, tendría que pronunciar a la mañana siguiente. La confesión era como una bomba que hacía eco en mi mente.

—Hasta mañana—me dijo, y me dio un tierno beso en los labios.

*Mi novio es un extraño*



Cuando empezó a subir los escalones, le tomé la mano.

— ¿Vanessa?

— ¿Sí?—estaba de pie y su estampa pareció quedarse allí, suspendida y amenazante, por mucho más tiempo que la vida misma. La miré.

—Te amo.

—Yo también te amo. —subió los últimos dos escalones y luego se quedó apoyada contra el marco de la puerta. —es probable que esta noche sueñe contigo. Con nosotros. Parece que todas las noches tengo una visión retrospectiva distinta.

Entró en la casa y cerró la puerta detrás de sí.

“Ojalá que no, Vanessa—pensé—. Esa historia tengo que narrarla yo.”

Con pereza, me levanté de las escaleras. Necesitaba caminar un poco. El silencio de la noche era casi extraño, en especial para un lugar como Brooklyn. Mientras recorría calle tras calle, vi familias en sus hogares, compartiendo la cena, mirando televisión, jugando scrabble. En las escalinatas de entrada de otro edificio, una pareja se besaba apasionadamente; cuando pasé, se levantaron como un resorte y se separaron con expresión de culpa.

Las calles de Brooklyn parecían envolverme, protegerme del mañana. No obstante, cuando crucé una calle y decidí regresar a casa, sentí un nudo en el estómago. Con cada paso que avanzaba, el nudo se apretaba más. Cuando llegué a mi calle sentí que nunca más podría volver a comer. Sobre todo, un helado con frutas.

Al entrar en mi casa el primer sonido que oí fue la suave risa de tía Rose.

—De verdad, Lincoln, es una chica maravillosa. Ha colaborado mucho conmigo en un proyecto de caridad en el que estoy trabajando.

Entré en la cocina y vi que Rose hablaba por teléfono. Me hizo un gesto indicando que tomara asiento el corazón se me hundió más todavía. Era el señor Pendleton.

—Sí, se llama Vanessa Pendleton. Si, también lavó la vajilla.

*Mi novio es un extraño*



Yo tenía los ojos desmesuradamente abiertos. No podía creer que mi tía estuviera hablando con tanta naturalidad con el intimidante hombre con quien yo había intercambiado unas pocas palabras un rato antes.

—Bueno, la verdad es que parece un poco triste. Se siente comprometida con todo esto que le ha sucedido. Pero está bien, de verdad. Acabo de ir a verla y se ha quedado profundamente dormida.

Sonreí al oír que mi tía repetía las mismas palabras mías.

—Sí, estoy segura de que nos conoceremos. Que tenga un buen viaje.

Rose colgó el teléfono. En silencio, llenó la pava y la apoyó sobre los quemadores de la cocina de gas. Desde la noche anterior me aterraba la llegada de ese momento... Casi tanto como me aterraba la idea del día siguiente.

—No se lo dije— Anuncié sin rodeos.

Rose tomó dos jarros de la alacena. No se mostró sorprendida.

—Mañana, entonces. No bien te levantes.

—Sí. —Le imploré con la mirada que no revolviere el puñal que ya sentía clavado en el centro de mi corazón.

La pava comenzó a silbar.

—El señor Pendleton me pareció muy agradable.

“Gracias, Rose. Gracias.”

—A mí me asustó.

Se echó a reír mientras vertía agua caliente en un jarro rayado azul y blanco, que llevaba el logo del los Yankees.

—Se supone que el padre de tu novia tiene que darte miedo.

—Pero Vanessa no es mi novia... realmente.

—No te des por vencido todavía, Michael. —Rose poso el jarro de té frente a mí. —El mundo es un sitio extraño y hermoso. Siempre debes esperar que suceda lo inesperado.

*Mi novio es un extraño*



# Capítulo 13

*Transcrito por Day*

VANESSA

Abrí los ojos a las seis de la mañana, totalmente despabilada. Durante un momento, los fragmentos de los sueños que había tenido se filtraron en mis pensamientos. Estaba segura de que esa visión de Kari y mía yendo en una limusina a un concierto de rock en el Madison Square Garden era un recuerdo. Y la cara de terror de mis padres cuando subí por primera vez en una bicicleta...Eso fue en Central Park. Seguro.

Pero las otras imágenes me resultaron menos claras. El oso de peluche, que ahora estrechaba con fuerza, había estado en los brazos de una niña pelirroja. Y había un muchacho...no Michel. Otro. Meneé la cabeza y me froté los ojos.

“Ten paciencia —me dije—. Estas progresando”

Me levanté y me acerque a la ventana del cuarto de huéspedes. Afuera el aire estaba fresco y húmedo. La lluvia. Recordé que ésa sería la última vez que pudiera mirar aquel paisaje por la mañana. A partir de ese día regresaría a Manhattan y miraría el mundo desde un punto muy alto, situado en algún frío rascacielos. La ciudad me había parecido tan pequeña desde las ventanas del departamento de Kari... ¿Acaso el tránsito, las tiendas y la gente parecían tan insignificantes desde la ventana de mi cuarto? Ojalá que no.

Me puse los jeans, que Kari me había criticado tanto por ponérmelos con demasiada frecuencia y la camisa azul de Michael. Rose la había lavado y el género alía a limón fresco. Me puse las chinelas que me había puesto el domingo y bajé a la cocina.

En mi última mañana de estadía en esta casa, quería sorprender a Rose y a Michael con un buen desayuno...O por lo menos, con una taza de café. Afuera, las nubes lucían densas y ominosas, pero en la silenciosa cocina la atmósfera era acogedora y tranquila. Estaba ansiosa por dar a Michael un beso.

Mire en la heladera, donde Rose guardaba el café (insistía en que de ese modo se conservaba mejor el sabor), y extraje la gran lata colorada. Cuando la abrí me decepcioné, no alcanzaba ni siquiera para preparar media jarra.

Con un suspiro me llevé la mano al bolsillo, para confirmar que mis cuarenta dólares seguían allí. Tomé las llaves de la casa, que estaban colgadas en un gancho, junto al

*Mi novio es un extraño*



teléfono, y salí. A sólo dos calles había una tienda que permanecía abierta las veinticuatro horas.

“También compraré algunas rosquillas —pensé—. Las de canela, que a Michael tanto le gustan”

En la tienda sólo estaban el hombre mayor que atendía y una mujer de mediana edad, comprando un cartón de leche.

—Hoy tendremos tormenta —anunció el hombre desde atrás del mostrador.

—Sí, eso parece. —Sentí la tensión del día que me aguardaba mientras contemplaba el tiempo. Por alguna razón, ver a mi padre en medio de una tormenta de verano no me pareció una perspectiva agradable.

Al salir tomé un ejemplar sin cago del New York Press

—Recuerda que no tener noticias significa buenas noticias —me dijo el hombre de la tienda, entre risas cuando la puerta se cerró detrás de mí.

Todavía reinaba el silencio en la casa. Sabía que Rose tenía el día libre y que Michael no se levantaba hasta las ocho. Por lo menos tenía una hora para estar sola, juntando fuerzas para el inminente encuentro con mi pasado.

Había visto a Michael preparar el café en varias oportunidades y supuse que la cafetera era un artefacto sencillo de usar. Cuando me serví la primera taza de café fuerte, me sentí orgullosa.

“No está nada mal para una chica rica y malcriada”, pensé. Me prometí que, cualquiera fuera de mi “nueva” vida, nunca olvidaría lo mucho que había aprendido en los últimos días.

Me senté y abrí el New York Press. Comencé a hojearlo, distraída. Cuando vi la sección “Personales”. Dejé mi taza de café sobre la mesa y la tomé entre ambas manos para entibiármelas.

En seguida me absorbió la lectura de docenas de avisos personales, publicados por personas que estaban (desesperadas en mi opinión) buscando pareja. Los artículos eran mitad códigos, mitad palabras. No me llevó mucho tiempo descifrar el significado de una cierta carta, y poco después me sorprendí leyendo aquella letra de hormiga como si fuera una profesional: “Hombre blanco y divorciado busca mujer divorciada y blanca para caminar juntos y ver viejas películas. Me gustan los perros, los niños y comer frutillas en la cama. Relación a largo plazo posible”

*Mi novio es un extraño*



Otro me hizo reír en voz alta: “Vieja loca busca jovencito capaz de convencerla de que la ama lo suficiente como para hacerla cambiar su testamento. Fumadores abstenerse”.

Seguí leyendo la misma página: “Hombre soltero busca mujer que sea capaz de mantenerlo a raya. ¡Necesito que me castigues! Sólo propuestas serias”.

Seguí leyendo el resto de las columnas hasta que mis ojos se detuvieron en una titulada. “Señales Cruzadas”. Los avisos eran para personas que buscaban a alguien a quien habían visto alguna vez (por lo general en el subterráneo o en una cola de supermercado) y deseaban volver a verlo.

Sentí mucha pena por esas personas que sufrían de “señales cruzadas”. En una ciudad de millones de habitantes, encontrar a un individuo debía de ser más improbable que encontrar una aguja en un pajar. Me estremecí. Eso mismo pudo haberme pasado a mí si hubiese estado sola cuando me golpeé la cabeza.

Entonces vi el último aviso de la sección. A medida que iba leyéndolo, la sangre se me congelaba en las venas.

### SE BUSCA

A Vanessa Pendleton

Hermosa muchacha

A quien su novio necesita desesperadamente.

¡No tarden! ¡Llamen ya a William!

(212)555—3293

101

Mis manos dejaron la taza y sentí que un escalofrío me recorría el cuerpo. Tenía la sensación de que la cabeza me estallaría en cualquier momento.

William. Kari lo había mencionado el primer día que vino a la casa de Michael. El chico con el que soñé. William. Y tuve una visión retrospectiva con él cuando fui a Central Park con Michael.

“William Gallagher”

¡Mi novio! Los hechos de toda mi vida emergieron y me abofetearon el rostro... Mi padre me había enviado al campamento. A Camp Bon Vivant. Porque a él no le agradaba William. Pero a mí sí. Y lo amaba. Todavía seguía amándolo.

*Mi novio es un extraño*



Vi su rostro con claridad...su tersa piel bronceada, sus labios perfectamente esculpidos, las largas pestañas. Y ese cuerpo delgado, tan bien vestido. Su risa burlona. La firmeza con que exigía la mejor mesa en los restaurantes. Y el oso de peluche que me regaló justo antes de que partiera rumbo a la estación de tren. Todo el pasado volvió a mi memoria, como si viera toda una película en una sola toma.

¿Qué significa esto? ¿Quién era Michael? No era mi novio, claro. Michael Hobart “Mocosa rica y malcriada de papito...” Sus hirientes palabras del día del baile de promoción volvieron a hacer eco en mi mente. Michael era un desconocido. Un individuo deleznable de Brooklyn que tuvo el coraje de humillarme en el baile. Kari fue testigo de su perorata. Kari, mi mejor amiga.

Con profundo dolor me di cuenta de que me habían traicionado. Me dejó creer que Michael era mi novio. ¿Permitió que me quedara en su casa? Increíble, pero cierto. ¿Por qué? Luego recordé a Rocko y lo mucho que le había gustado ya desde el día del baile. Durante los días que siguieron no se cansó de ponderar lo bien que le quedaba ese cabello tan largo y rizado.

Recordé cuando desperté en Penn Station. Allí estaba Michael, a mi lado, como un ángel.

“Como un diablo”, razoné.

Y me trajo a su casa, dejándome creer que era su novia. Seguramente había estado desternillándose de risa a mis espaldas durante todos estos días. Y mientras yo lo besaba. Lloraba sobre su hombro y le estrechaba la mano, él se reía de mí. Y yo confié en él. En todos ellos.

Me levanté de la silla como un resorte, derramando el café sobre la página de avisos. Dejé todo como estaba. Me negaba a permanecer un solo segundo más en esa casucha que hasta hacía unos instantes había considerado un seguro paraíso. Tenía que volver a Manhattan... alejarme de esa broma cruel en la que se había convertido mi mundo desde el sábado.

Corrí por la casa, con el rostro lleno de lágrimas de ira, dolor y humillación. Tomé mi chaqueta de cuero de uno de los percheros de la pared del vestíbulo y me fui, dando un fuerte portazo.

Cuando llegué a la mitad de la calle, me volví para mirar el edificio. Todo estaba muy tranquilo. Rose y Michael seguían acostados, ignorando que yo sabía toda la verdad. Recordé mi oso de peluche y el vestido rojo de seda, que todavía seguía en la bolsa de Bloomingdale's. Me encogí de hombros. William me compraría otro oso. Y Manhattan estaba lleno de tiendas. En esa casa no había nada que valiera la pena como para justificar mi regreso.



Me volví y me encaminé hacia la estación de subte. Una fría llovizna caía sobre mi cabeza. Comencé a correr por las calles, insultando en voz alta. Pocos segundos después, la lluvia se tornó más intensa. En unos minutos quedé empapada.

Por la calzada pasaba un taxi que salpicó con el agua de los charcos, con el limpiaparabrisas funcionando a toda velocidad. Bajé de la acera y le hice una señal para detenerlo.

Yo era Vanessa Pendleton. No tenía por costumbre tomar subterráneos.

—Que mal hemos empezado el día, ¿verdad, señorita? —El canoso taxista me miraba por el espejo retrovisor.

Ni siquiera me molestó en contestarle. Habíamos cruzado el puente que conduce Manhattan y con la mirada devoraba ansiosa los enormes y hermosos edificios que aparecían a nuestro paso. A pesar de la lluvia, East Side nunca me había parecido más bello.

Al pasar por el Eden Club, donde Michel y yo...resoplé. El taxista volvió a mirarme.

—Tendría que estar allí —le expliqué, de mala gana. Asintió con la cabeza. Daba la impresión de estar acostumbrado a murmullos de los pasajeros locos, medio dormidos, desde el asiento trasero de su taxi.

Dirigí la mirada hacia los carteles de las calles, mientras avanzábamos por la avenida Madison, cada vez más cerca de casa. Todavía seguía lloviendo a cántaros cuando el conductor por fin se detuvo ante la entrada de mi edificio. Le entregué los treinta y siete dólares que llevaba en el bolsillo (se mostró contento, sin exageraciones de mi parte), pues quería entrar lo antes posible.

Subí corriendo las escalinatas de la entrada, hasta el toldillo protector de color azul. Sacudí mi larga cabellera, salpicando gotas de lluvia por doquier. Gregory, uno de nuestros porteros, me miró en total estado de shock.

— ¡Señorita Pendleton! ¿Qué está haciendo usted aquí?

Pasé a su lado con la máxima dignidad posible para una chica de dieciséis años que llevaba una pestilente chaqueta de cuero empapada. Casi me abalancé hacia el elevador.

—Si se lo contara, no me creería, Gregory. Por favor, lléveme arriba.

Me siguió al interior del elevador, cuya paredes internas estaban revestidas con paneles de caoba oscura y espejos venecianos. Mientras subíamos al decimoséptimo piso, noté que me miraba en el espejo.

*Mi novio es un extraño*



—Sé que estoy hecha sopa. Tampoco tiene que mirarme como si acabara de salir de una alcantarilla —gruñí.

—Lo siento, señorita Pendleton. —Durante el resto del ascenso mantuvo los ojos pegados a la botonera del elevador,

—Por favor, avíseme cuando llegue mi padre —dije cuando bajé en mi piso. El hombre asintió con aire solemne y corrí hacia la puerta de nuestro penthouse.

En el interior, el departamento tenía aspecto de un museo. El aire era un poco mustio y no había ni una sola cosa que se hallara fuera de lugar. Noté que Lucy, la mucama, había estado trabajando, porque todas y cada una de las superficies que miraba relucían tanto que habría podido superar perfectamente la prueba del guante blanco. En contraste con el hogareño desorden en el que vivían Rose y Michael, podía decirse que el orden impecable de mi casa era fantasmagórico.

Abrí las cortinas azules de nuestro living y contemplé Manhattan. Bajo el velo de la lluvia, la vasta ciudad parecía pequeña y dormida. La agitación del día recién comenzaba, y muy abajo alcancé a ver a los hombres de traje, mujeres con carritos y trabajadores con sombrero, ocupando las calles. Yo me hallaba por encima de todo eso, y me sentía tan alentada como si acabara de llegar de Marte.

En el horizonte, Brooklyn parecía más bien una ciudad de juguete, en lugar del densamente poblado condado de Nueva York. Me pregunté si Michael seguiría durmiendo... ¿Se habría dado cuenta ya de que me había ido? Cuando pensé en él, se me cerró el corazón como un puño. “Te amo.” Ésas fueron las últimas palabras que me dijo. Nunca más volvería a dirigirle la palabra.

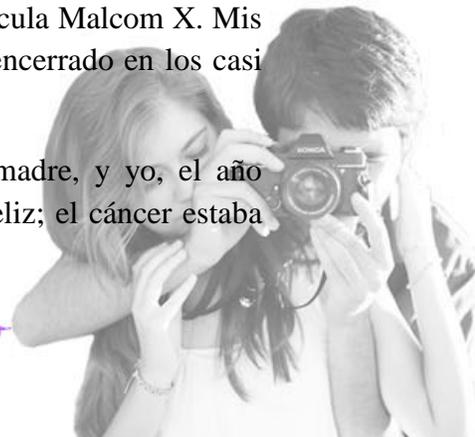
“Lo odio”, recordé.

Pero la dolorosa soledad no terminaría nunca. Por un instante, permití que mi mente repasara los hechos de los últimos días. Un cosquilleo me recorrió el cuerpo cuando recordé la primera vez que Michael me besó (la primera vez de verdad), con mi espalda apoyada contra el tronco de un gigantesco árbol. Y nuestro paseo en carruaje... me había parecido la primera noche del resto de mi vida. Reí con amargura. Todo ese escenario no fue más que una farsa, y yo, la incauta víctima de casa una de sus bromas.

Cerré las cortinas y me dirigí a mi alcoba. Todo se encontraba tal cual yo lo había dejado. Mi cama de dosel perfectamente hecha. El poster enmarcado de la película Malcom X. Mis muñecos, las fotografías, el maquillaje, el teléfono. Todo mi pasado encerrado en los casi treinta metros cuadrados de mi habitación.

Tomé una fotografía grande, en la que aparecíamos mi padre, mi madre, y yo, el año anterior a su fallecimiento. En ella, mi madre todavía lucía joven y feliz; el cáncer estaba

*Mi novio es un extraño*



escondido dentro de su ser. Pero los ojos de mi padre ya delataban su tristeza, anticipando el vacío que dejaría en nuestras vidas cuando se marchaban. Y la expresión de mis ojos era de miedo y fortaleza a la vez. “No me fastidies con esa cámara”, parecía decir.

Coloqué el portarretrato de plata sobre la mesa de mi tocador y trate de no compararla con la foto que había visto de Michael y sus padres. Una triste sonrisa se moldeó por voluntad propia de mis labios.

No desperdiciaría ni un solo segundo más de mi vida pensando en Michael Hobart. Tenía toda una vida que reclamar, y empezaría a vivirla como si acabara de empezar aquel momento.

Me quité la ropa mojada, que arrojé sin ceremonia alguna al cesto de la basura. Abrí la puerta de mi vestidor y vi un kimono de seda verde que no me había llevado al campamento porque resultó muy poco práctico para empacar. Me lo puse y adoré la sensación que produjo la costosa seda sobre mi piel.

Luego tomé mi teléfono antiguo y me tendí sobre la cama. Él contestó a la primera llamada; el corazón me subió a la garganta. Había echado de menos el melodioso tono de su voz.

—Soy yo —dije, casi sin aliento.

—Oh, Vanessa. Qué alivio. Estaba como loco.

Sonreí. Me sentía como siempre.

—No te preocupes. Nunca más volveremos a separarnos.

—Te he echado de menos, Vanessa.

—Y yo a ti, William. —cerré los ojos, desenado que mis palabras fueran ciertas.

Ya me había duchado y cambiado. Estaba lista para encontrarme con William en una de nuestras confiterías predilectas, cuando oí la cerradura de la puerta de entrada en casa.

Salí a su encuentro en la mitad del pasillo.

—Hola, papá. He recuperado la memoria. —No sabía qué otra cosa podía decirle.

Corrió hacia mí y luego me abrazó con fuerza, como si fuera un enorme oso.

—Oh, Vanessa. Cuánto lamento no haber podido estar aquí para ayudarte. Gracias a Dios te encuentras bien.

*Mi novio es un extraño*



“Estoy muy lejos de encontrarme bien”, pensé. Pero jamás revelaba a mi padre mis pensamientos íntimos. Lo abracé, pero fue para mí un gesto antinatural. Por lo general, mi padre no era un hombre afectuoso.

—Sí, estoy bien. Ahora voy a encontrarme con William.

— ¿William? —Su voz era de reproche. En el transcurso del un minuto las cosas habían vuelto a la normalidad entre nosotros.

—Sí, William, mi novio, el que se ha vuelto loco buscándome todos estos días.

Parecía consternado, lleno de culpa.

—De acuerdo, Vanessa, vete. Yo me quedaré aquí, arreglando mis cosas.

Cuando casi había llegado a la puerta de entrada, me volví para mirarlo.

—No tratarás de mandarme otra vez a ese campamento, ¿verdad? —En mi opinión, habría sido un destino más negro que mi propia muerte.

Suspiró.

—No, no te obligaría a ir de campamento. Creo que nunca debí haberlo hecho. Ya eres una adulta, capaz de tomar tus propias decisiones. Si quieres seguir siendo la novia de ese personaje llamado William, hazlo.

Para mi padre, la perorata había sido extensa. Sentí que el amor por el me enternecía y deseé por millonésima vez que las cosas fueran diferentes entre nosotros.

—Gracias, papá. Y... me alegro de que hayas vuelto.

Asintió con la cabeza.

—Tú y yo tenemos que hablar, Vanessa. En realidad... no lo hemos hecho desde la muerte de tu madre. —Inspiró profundamente—. Pero ahora ve a divertirte. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Cuando volví a mirarlo, había lágrimas en mis ojos. Pero por primera vez en el día fueron lágrimas de felicidad.

*Mi novio es un extraño*



# Capítulo 14

*Transcrito por cedei*

MICHAEL

La lluvia caía contra mi ventana mientras caminaba en silencio de un lado a otro de mi habitación, ensayando mentalmente cómo le diría toda la verdad a Vanessa. Me puse unos pantalones de jean y una camiseta de algodón descolorida. Recé a quien pudiera oírme para que me ayudara a superar la última media hora sin sufrir heridas permanentes.

Golpeé con suavidad la puerta y esperé que su voz me diera la bienvenida. No me respondió. Sonreí. Había dormido más de diez horas y todavía estaba en brazos de Morfeo. Pero ya no podía seguir esperando para despertarla. A pesar de los nerviosos temblores de mi estómago, quería sacarme de encima lo antes posible el peso de la verdad que cargaba desde el sábado.

Entreabré la puerta y la llamé.

— ¿Vanessa? Es hora de levantarse.

Ninguna respuesta.

Me asomé para mirar hacia el interior y de inmediato me di cuenta de que no estaba. Vi la cama deshecha, su camión en el piso y el oso de peluche olvidado en la silla. Insólitamente se había levantado antes que yo.

Mientras me dirigía a la cocina, mi corazón latía descontrolado.

“Por favor, no me odies. Por favor, comprende. Por favor, no me digas que no quieres volver a hablar conmigo.”

No había palabras que hicieran justicia a nuestra situación, pero deseaba esperar lo mejor.

— ¿Vanessa? —pregunté, mirando expectante la cocina.

Vanessa no estaba allí. Vi una jarra con café caliente y una bolsa de rosquillas, pero ella no estaba por ninguna parte. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. ¿Dónde...?

Recorrí toda la casa, pues no quería creer que se había marchado. Sin embargo, no oí agua correr del baño, ni había nadie mirando televisión en el desván o leyendo el periódico en el

*Mi novio es un extraño*



living. Casi no tenía fuerzas cuando llegué al vestíbulo. Mis temores se confirmaron cuando miré el perchero vacío.

—Tal vez haya salido un momento para ir a la tienda —dije en voz alta. Regresé a la cocina en puntas de pie, pues no quería perturbar la tranquilidad de la casa. Me serví una taza de café y casi reí.

Por supuesto que ha ido a la tienda.

¿A dónde más, si no?

Sólo cuando apoyé mi jarro de café sobre el “New York Press”, que estaba abierto, me di cuenta de que había café derramado sobre las páginas. La mancha aún húmeda borroneaba la tinta negra. Luego vi el jarro que Vanessa usaba siempre, volcado junto al café derramado.

Se había ido. De verdad. Lo sabía con la misma certeza que confirmaba que afuera estaba lloviendo.

Ya lo sabe.

La simple tristeza habría sido un sentimiento preferible en comparación con las emociones que experimenté en los dos minutos siguientes. El café que acababa de beber me dio náuseas. Los pulmones se me contrajeron de tal modo que no podía respirar. Tenía el corazón destrozado. Estaba ahogado en un torrente de amargura y remordimientos; maldije mi existencia.

Luego vi el aviso del New York Press y la horrenda imagen de la que debió de haber ocurrido esa mañana se desplegó frente a mis ojos. Él había logrado llegar a Vanessa. Kari me había dicho que William era un sujeto con muchos recursos, pero jamás me había imaginado un ardid tan indirecto. Cuando ella leyó su nombre impreso y el pedido desesperado de William, rogando una llamada, el pasado debió de haber vuelto a su mente como una ola violenta.

Y, sin duda, al enterarse de toda la verdad habrá querido huir de mí con tantas ansias que ni siquiera se molestó en recoger sus cosas. La imaginé corriendo debajo de la lluvia, entre sollozos. O tal vez no lloró. Quizá solo se enojó y comenzó a maquinarse una venganza contra el chico de Brooklyn que la tomó por tonta. ¿Seguiría amándome, aunque sólo fuera un poco, cuando cerró la puerta?

*Mi novio es un extraño*



Paralizado por la angustia, hundí la cabeza entre mis manos. Por primera vez en años, me puse a llorar.

\*\*\*

—Michael, no puedes quedarte en la oscuridad, mirando televisión por el resto de tus días —dijo Rose desde la puerta del desván.

— ¿Por qué no? Es muy educativo. —Clavé la vista en la pantalla, pues no deseaba encontrarme con la mirada de mi tía.

Avanzó hacia el televisor y lo apagó. Se sentó junto a mí y supe que tendría que soportar uno de esos sermones típicos que los adultos suelen reservar en su memoria para ocasiones como ésta y que comienzan más o menos así: “Yo soy mayor que tú y como he vivido más...”. No estaba de humor para tolerar esa clase de conversaciones.

Cuando cedieron mis primeros ataques de desolación por lo de Vanessa, llamé a La Gran Fotografía para avisar que no iría porque estaba enfermo. La auténtica preocupación del señor Branin por mi estado de salud me hizo sentir tan culpable que empecé a sentirme de veras enfermo. Y no sólo del corazón.

Casi me arrastré hacia el sillón, con una bolsa de patatas fritas, una botella de gaseosa de dos litros y el control remoto. Desde entonces, me había interesado mucho en un programa que trataba de un juicio; acababa de oír el testimonio de una mujer Arizona que había asesinado a su esposo. En apariencia, ese desgraciado había sido tan traidor que el abogado de la esposa intentaba alegar defensa propia. Seguro que sería exonerada. Cerré los ojos e imaginé a Vanessa apuntándome con un arma. “Te lo mereces, Michael Hobart.”

Y era cierto.

—Mañana iré a trabajar, tía Rose. Pero por ahora lo único que puedo hacer es quedarme sentado aquí y pensar en los beneficios de la automutilación.

Rose suspiró.

—Michael, Vanessa ha padecido una gran  $\forall$ . Está furiosa contigo, y con todo el derecho del mundo. Pero podría volver.

Meneé la cabeza.

*Mi novio es un extraño*



—Está enamorada de otro.

—Corrección. “Estaba” enamorada de otro. No me interesa si se ha golpeado la cabeza o no; cualquiera que esté dentro de un radio de diez kilómetros podría darse cuenta de que Vanessa está loca por ti.

—Ojalá pudiera creerte, Rose. Pero tú no sabes cómo era Vanessa antes de que perdiera la memoria. No me soportaba. Me despreciaba. Ni siquiera podía compartir el mismo aire que yo...

—Michael, no te pongas melodramático.

Con el control remoto, volví a encender el televisor.

—No lo soy, Rose. Lo juro.

Me palmeó la rodilla y se levantó del sillón.

—Estas cosas llevan tiempo, Michael. No creo que seas un joven destinado a vivir el resto de tu vida sentado en un sillón con una bolsa de papas fritas.

Una vez que se fue, ya no pude concentrarme más en el televisor. Lo dejé sin sonido. Me senté y tomé el teléfono. Tenía que intentarlo.

Había memorizado el número de teléfono de Vanessa en Manhattan desde el primer día que vino a quedarse en casa. Repetí los dígitos una y otra vez en mi mente, juntando el coraje para marcarlos de verdad. Finalmente, inspiré hondo y marqué el código de área dos uno dos; luego los seis primeros dígitos del número. Pero cuando llegué al séptimo perdí el valor.

Corté y me acosté. ¿Qué podía decirle? ¿Qué lo lamentaba? Con esa frase no solucionaría nada. Y tal vez William estuviera allí. Quizás estaban riéndose juntos, preguntándose si yo iba a ser tan patético como para atreverme a llamarla. Dejé el teléfono en la mesa.

“No llamaré —pensé—. Por hoy, al menos.”

Volví a subir el volumen del aparato y empecé a revolver en las migajas de papas que quedaban en la bolsa. Pero cuando el juez que aparecía en el televisor empezó a dar una perorata respecto de los detalles de la legislación sobre la defensa propia, mi mirada se posó en el teléfono. Cuando sonó, me sobresalté.

—¿Hola? —Atendí antes que terminara de sonar la primera campanilla.

—Hola, Michael. —Era Rocko.

Se me cayeron los hombros por la decepción.

*Mi novio es un extraño*



—Hola Rocko.

—Kari me contó —dijo sin rodeos.

Apagué el televisor. Ojalá me hubiera resultado igualmente sencillo y posible “apagarme” yo también.

— ¿Cómo se enteró?

—El tal Gallagher la llamó. Se lo llevan los demonios.

— ¿Vanessa está enojada con Kari?

Rocko resopló

—Es una manera suave de describir la situación.

—Qué desastre. Ojalá nunca hubiera conocido a esas chicas. —Me acosté boca abajo y miré la pared blanca del desván. Nunca antes me había dado cuenta de que ese lugar parecía una cárcel.

— ¿De qué hablas, Hobart? Para empezar, las cosas entre Kari y yo no podrían ir mejor. Y segundo, creo que recuperarás a Vanessa Pendleton.

El eterno optimismo de Rocko me dejaba sin palabras, pero en ocasiones me fastidiaba.

—Rocko, Vanessa y yo hemos terminado. Se fue sin despedirse siquiera. Ni se molestó en dejarme una nota, al menos.

Noté que Rocko suspiraba, frustrado. Solía decirme que yo me daba por vencido muy rápidamente cuando las cosas salían mal.

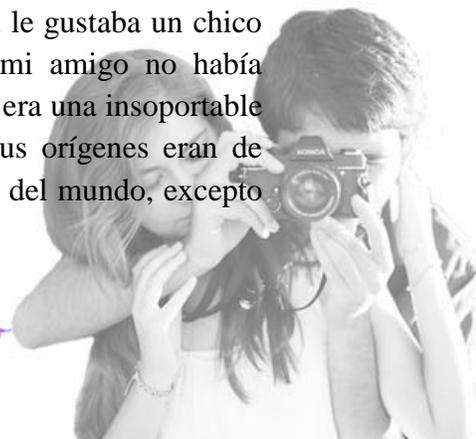
—Amigo, tienes que llamar a esa chica. Y ahora mismo. Hazlo.

Oí un “clic” y luego el tono de línea. Me quedé con el auricular suspendido entre las manos; no tenía energía suficiente como para ponerlo sobre la horquilla.

— ¿Por qué está pasando todo esto? —gemí, presionando el rostro sobre los suaves almohadones del sillón—. ¿Por qué no me muero ahora mismo?

Por fin me incorporé y colgué el teléfono. Una vez de pie, el mundo —o al menos ese ambiente—, me pareció distinto. Tal vez Rocko tenía razón. Si a Kari le gustaba un chico de Brooklyn, ¿por qué no a Vanessa? Claro que, por otra parte, mi amigo no había inventado una horrenda historia con el pasado de Kari. Y ella tampoco era una insostenible esnob como su amiga. Por lo menos, ya no. Y, después de todo, sus orígenes eran de Brooklyn. Por lo menos los de su padre. Además, todos los habitantes del mundo, excepto

*Mi novio es un extraño*



Vanessa, claro, se habían dado cuenta de que William era un reverendo idiota, un estúpido repugnante.

Los razonamientos fluían en mi mente, uno tras otro. Cada vez que se me ocurría una razón que explicara por qué el destino nos había unido, aparecía otra para contrarrestarla. A medida que crecía la lista, también aumentaba mi deseo de hablar con ella. Ya no toleraba el silencio.

Esta vez marqué el número de teléfono completo, decidido a luchar por ella. No gana nada quedándome con el trasero aplastado, mirando la televisión y comiendo papas fritas. Y a esa altura de las circunstancias no tenía nada que perder.

Vanessa respondió a la tercera llamada.

—Vanessa...

Me cortó antes de que pudiera decirle quién hablaba. Pero no me daría por vencido. Vanessa tenía que hablar conmigo. No me importaba que William estuviera o no con ella. Volví a llamar.

—Por favor, no cuelgues —le imploré cuando atendió a la primera llamada.

Cuando me habló, su voz fue tan fría como el hielo.

—No quiero volver a hablar contigo nunca más en la vida. Estoy segura de que entenderás por qué.

Tuve la sensación de que mi columna era de goma. Me eché sobre el sillón y apreté el auricular con fuerza contra mi oreja.

—Vanessa, por favor...

—¿Acaso he hablado en chino? —preguntó con sarcasmo—. Acabo de decir que no quiero volver a dirigirte la palabra, y eso incluye que tú tampoco debes dirigírmela a mí. Colgaré ya mismo.

El tono de la línea me pareció una marcha funeraria. Me llevé la mano al estómago. Creí que vomitaría todas las patatas fritas allí mismo. Como un verdadero masoquista, volví a marcar el número de Vanessa. El teléfono estaba ocupado.

Llamé cinco minutos después, con idéntico resultado, cerrándome las puertas a su vida. Me quedé acostado en el sillón, con las rodillas casi rozándome el mentón. Tuve la sensación de que Manhattan quedaba en otro continente, no sólo al otro lado del puente.

Vanessa Pendleton y yo habíamos terminado... mucho antes de haber empezado.

*Mi novio es un extraño*



# Capítulo 15

*Transcrito por ninaaa*

VANESSA

El jueves por la mañana mi padre me estaba esperando en el comedor diario, frente a una taza de café, el Wall Street Journal y un plato con medialunas. Pero cuando lo vi tenía la vista perdida, como si hubiera olvidado su ritual matinal.

—Qué suerte que ya te has levantado —dijo cuándo me senté frente a él.

—Sí. Me pareció un tanto extraño despertarme en mi propia cama —me serví una taza de café, con cierta timidez.

—En las oficinas del ferrocarril me dijeron que devolverían tu equipaje esta tarde.

—Qué alivio —respondí, ausente. Me imaginaba a Michael desayunando a la mesa de su cocina.

“Aunque a esta hora debe de estar trabajando”, pensé.

—¿Cómo te fue en tu reencuentro con William? —preguntó mi padre. Noté que trataba de ser cortés.

—Estupendo .Maravilloso.

“Extraño. Incómodo.”

Mi padre concentró la mirada en la tapa del periódico y yo comencé a repasar mentalmente la escena con William...

Lo vi no bien entré en el Café Americano. Estaba sentado a una pequeña mesa de mármol situada junto a la ventana de la entrada —la mejor del lugar—, bebiendo un café expresso.

Se puso de pie y abrió los brazos para recibirme. Como siempre, estaba impecable; llevaba un pulóver de algodón amarillo limón y unos jeans de marca. Sin duda era atractivo, educado y plenamente consciente de su condición de ciudadano acaudalado.

Recibí con agrado el abrazo, tratando de convencerme de que ese instante era el que había estado ansiando desde que me fui de mi departamento el sábado anterior.

—Vanessa, gracias a dios que estás aquí.

*Mi novio es un extraño*



Sus labios buscaron los míos. Respondí a su beso, tratando en vano de olvidar la sensación de los besos de Michael. Pero el contraste fue imponente. Los labios de Michael eran firmes y seguros; los de William, suaves y torpes. ¿Cómo nunca me di cuenta de ese detalle? Además, aun cuando murmuraba mi nombre y jugueteaba con mi cabello, parecía tan preocupado por sí mismo que me daba la sensación de que era el protagonista de alguna película, en lugar de un hombre enamorado. Por fin me separé de él, convenciéndome de que transitaba por un lógico período de readaptación.

—No crearás las cosas por las que he pasado —comenté. Me senté en una de las sillas de hierro forjado dispuestas junto a la mesa en miniatura.

William hizo una señal al camarero para que trajera otra taza de expresso, y se volvió hacia mí.

—Supe que Kari tramaba algo cuando hablé con ella. Juro que no entiendo cómo puedes ser amiga de esa chica. No tiene clase.

Recordé que Kari había ido corriendo a Brooklyn no bien se enteró de mi caída. Y el paseo de compras. Y las cosas que me había contado sobre mi madre cuando me sentía tan a la deriva por mi pasado. Luego también acudió a mi memoria su horrible traición.

—Bueno, ya no somos amigas, de modo que no tienes por qué preocuparte —contesté.

—Eso es algo rescatable de toda esta situación. Otra ventaja fue que no hayas tenido que ir a ese horrendo campamento. —Se lo veía increíblemente complacido, como si hubiera orquestado lo de mi amnesia para salirse con la suya.

El camarero colocó el café frente a mí y bebí un sorbo para probarlo; era fuerte y amargo.

—Pero ni siquiera te he contado lo que sucedió.

—Cuéntamelo, entonces. Aunque creo que no tendrá ni punto de comparación con la situación por la que pasé yo. No puedes imaginártelo.

Suspiré. William parecía mucho más preocupado por su propio sufrimiento y sus actos de heroísmo que por el hecho de que mi vida se hallara trastornada por completo.

—Ni siquiera me has preguntado dónde estuve todos estos días—señalé.

Dejó su taza sobre la mesa.

—Bien. ¿Dónde?

—En Brooklyn. —Esperé que me preguntara con quién.

*Mi novio es un extraño*



No veía la hora de encontrar a alguien que sintiera por Michael Hobart el mismo odio que yo.

Hizo una mueca.

— ¿Has estado viviendo en Brooklyn? ¡Santo Dios! Me sorprende que no te hayan asesinado. —Meneó la cabeza—. Pobre Vanessa. Debes de haberte sentido aterrada.

Pensé en la acogedora casa de Rose, en los árboles verdes y en la gente simpática del vecindario. Recuerdos muy distantes de resultar aterradores.

—Brooklyn no es tan malo, ¿sabes? Mi padre se crió allí.

William me tomó la mano. Tenía los dedos fríos, un poco pegajosos y húmedos para mi gusto.

—Vanessa, eso fue hace mucho tiempo. Él ya ha olvidado el pasado. —Se estremeció—. Ni siquiera pensemos en eso.

Aparté la mano. William parecía tan esnob y elitista que me sorprendió. ¿Siempre había sido así?

—Como quieras, William.

De repente no tuve ganas de contarle el engaño de Michael. Quería bloquear esa experiencia de mi mente, y si confesaba a William lo sucedido, él no se detendría hasta vengarse. En cambio, si me ahorraba los detalles de mis últimos días, podríamos reanudar nuestra relación donde la habíamos dejado. Todavía quedaba todo el verano por delante. ¿Qué sentido tenía amargarnos con el drama de mi amnesia?

—A propósito, ¿con quién has estado?

—Ah, con una amiga de Kari. No la conoces. —Clavé la vista en la taza de espresso.

— ¿Qué amiga? —me preguntó, como si se diera cuenta de que me callaba algo.

—Nadie importante —respondí, recordando los cálidos ojos castaños de Michael y su fuerte pecho—. ¿Por qué no me cuentas qué has hecho tú? ¿Qué tal las clases para el examen de ingreso en la universidad?

William se sintió satisfecho con la respuesta. Ya que su vida había retornado al orden habitual, no quería pensar en las consecuencias complejas de lo vivido. Sonrió.

—No te sorprenderás si te cuento que he obtenido el puntaje más alto de la clase en el primer examen de práctica. Mi única preocupación es que la profesora no sabe realmente de qué habla...

*Mi novio es un extraño*



Durante la hora siguiente, no hice otra cosa más que beber mi café y escuchar a William Gallagher hablar de sí mismo.

“Como en los viejos y buenos tiempos...”

Mi padre dio vuelta las páginas del periódico y me hizo regresar al presente.

— ¿Vanessa? ¿Has oído lo que te dije?

Meneé la cabeza y tomé una medialuna.

—Lo siento, papá. Tenía la mente en otro lado.

— ¿Quién es el tal Michael Hobart? Nunca te había oído mencionarlo antes.

Me miraba con curiosidad. No tenía idea de que acababa de formular una pregunta muy peligrosa.

—Es... eh... un conocido, digamos. Me encontró en Penn Station y me llevó a su casa.

No pude tolerar decirle toda la verdad. El solo pensar en Michael me hacía ruborizar. Tal como lo había hecho con William, dejé que los detalles cayeran en las grietas de mi historia.

—Bueno, por teléfono me pareció un joven muy agradable, y me gustaría agradecerle personalmente que te haya aceptado en su casa.

—No es necesario, papá. ¿Podemos olvidar el tema, por favor? —Arranqué un pedazo de medialuna, me lo introduje en la boca y lo mastiqué furiosa.

Mi padre arqueó las cejas.

—Por supuesto arqueó. Si crees que es lo mejor...

—Créeme. Lo es.

Asintió con la cabeza, pensativo.

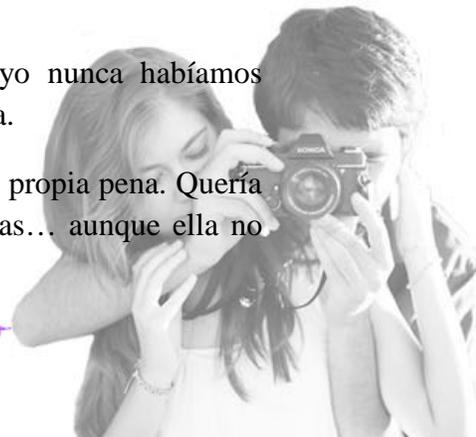
—De todas maneras, hay algunas cosas que debemos aclarar. —Dejó el periódico a un lado—. Tú y yo tenemos mucho que recuperar. Unos cinco años, según mis cálculos.

Tragué el duro nudo que se me había formado en la garganta.

— ¿A qué te refieres? —Mi voz fue un chillido... Mi padre y yo nunca habíamos mantenido una conversación “personal”, y el proyecto me entusiasmaba.

—Tu madre, antes de morir, me hizo jurarle que no me ahogaría en mi propia pena. Quería que tuvieras una adolescencia normal y feliz, llena de amor... de risas... aunque ella no

*Mi novio es un extraño*



podiera compartirla contigo. —Hizo una pausa y cerró los ojos—. Este último mes me di cuenta de que no cumplí esa promesa. Te he llenado de tarjetas de crédito, te he impuesto horas límite de regreso a casa, te he exigido con respecto a tus tareas, pero no he llegado a conocerte verdaderamente como persona. Y este fin de semana pasado, por poco te perdí...

No sabía qué decir. Por supuesto que durante años reproché que mi padre no pasara más tiempo conmigo. Pero, en realidad, jamás pensé que estuviera dispuesto a admitir que cometía errores. Por primera vez me di cuenta de que era un ser humano de verdad... no sólo un robot que me decepcionaba día tras día.

—No fue tu culpa que yo me golpeará la cabeza, papá.

—Claro que no tuve la culpa de que te golpearas la cabeza, pero sí de no haberme dado cuenta de que algo andaba mal. Mientras yo estaba de gira, con mis conferencias, tú pudiste haber quedado abandonada en las calles, indefensa.

Parecía tan desolado que quise reconfortarlo. Me asustaba la idea de verlo derrotado: el peñón de Gibraltar de pronto se desmoronaba.

—Bueno, en el campamento debieron haberte avisado que yo no había llegado...

—Trataron de hacerlo. La propietaria por fin dio conmigo el mismo día que Michael. La mujer estaba desesperada.

—Pero todo salió bien. Ya estoy mejor, y además no tengo que ir a ese campamento. —Traté de mostrarme contenta, aunque sabía que las cosas distaban mucho de estar bien.

Mi padre siguió hablando, como si no me hubiera oído.

—Cuando hablé por teléfono con Rose Hobart, me di cuenta de que ella te conocía, a ti, a mi propia hija, mejor que yo.

—No he sido una persona fácil de conocer —declaré. Por primera vez desde la muerte de mi madre, me veía a mí misma con más claridad—. Después de que ella falleció, quise protegerme contra posibles penas futuras... Ahora sé que es imposible. —Pensé en Michael y en el dolor que me había causado—. La vida no es así.

Mi padre se me acercó y me besó en la mejilla. Me abrazó.

—Has crecido de verdad, Vanessa. Estoy orgulloso de ti.

Se escapó una lágrima.

—Gracias, papá. Esto significa mucho para mí. —Claro que había crecido, ¿pero a qué precio?

*Mi novio es un extraño*



Sonrió.

— ¿Crees que puedes dar otra oportunidad a tu padre? ¿Podríamos pasar este verano reconstruyendo lo que teníamos cuando eras niña?

—Me gustaría mucho —contesté y le devolví la sonrisa. Por un segundo fui feliz; Michael, William y Kari se borraron de mi mente. Ahora iba a convertirme en una prioridad para mi padre, la esperanza secreta que había albergado en mi corazón durante años estaba a punto de tomarse realidad. Irónicamente, se lo debía a Michael.

El sábado por la noche me puse un vestido largo de limón negro y unas sandalias también negras. William había organizado un paseo especial para mí y yo estaba segura de que después de aquella velada, nuestra relación volvería a adoptar el ritmo de los últimos cinco meses, y entonces se disolvería la depresión que me había quedado con respecto a Michael.

En los últimos dos días había logrado esquivar con éxito todas las llamadas de Kari; mi ex mejor amiga encabezaba la lista de personas cuya existencia quería olvidar. Descolgué de las paredes de mi cuarto todas las fotografías que nos habíamos tomado juntas, y mientras lo hacía recordé a Michael y su vieja cámara fotográfica. También me había comprado ropa de verano nueva, evitando a propósito ir a Bloomingdale's.

Mi padre cumplía con su promesa de tratar de conocerme más a fondo. Trabajaba menos horas por día y hacía un esfuerzo por mostrarse amable con William; hasta lo había invitado a cenar a casa el domingo. Mi vida era la que cualquier chica habría soñado... salvo un detalle: echaba de menos a Michael y a Rose. Y a Kari. Hasta a Rocko y al señor Branin.

A las ocho en punto Gregory llamó para avisar que William me esperaba abajo.

—Ya bajo —grité por el conmutador—. Adiós, papá —lo saludé y salí muy apresurada del departamento, antes darle oportunidad de imponerme un horario de regreso. Algunas cosas nunca cambian...

William me aguardaba en la entrada del edificio, ignorando lisa y llanamente a Gregory.

—Hola, mi amor. Estás preciosa.

—Gracias. Tú también estás muy elegante. —Con unos pantalones de vestir color tostado y una chaqueta azul marino, parecía un modelo publicitario.

Su beso fue automático, una formalidad.

—Hice reservaciones para que cenemos tarde en Tavern on the Green —dijo—. Pero antes, una sorpresa.

*Mi novio es un extraño*



Traté de mostrar cierto entusiasmo ante la perspectiva de cenar en uno de los restaurantes más refinados de Nueva York. Tavern on the Green quedaba en Central Park y sus parpadeantes luces blancas eran un sitio muy famoso para aquellos ciudadanos que tuvieran dinero para quemar. En otras palabras, la antítesis de Nathan.

El taxi nos dejó en la base de central Park, junto a la hilera de carruajes que me habían parecido tan románticos unos días atrás.

“Una coincidencia —me dije—. Una simple coincidencia.”

Sin embargo, cuando vi a William dirigirse al más adornado de todos, supe que hallaba en problemas.

— ¡Un paseo en carruaje! —exclamó—. Qué sorpresa, ¿no?

En ese momento tuve el profundo deseo de que me atropellara un ómnibus. ¿Cómo podía subirme a un carruaje con William? Consideré la posibilidad de decirle que era alérgica a los caballos o que de pronto recordé que había dejado la plancha enchufada. Cualquier cosa para escaparme de esa conocida escena del caballo y el carruaje. Pero William ya me estaba haciendo señas. No me quedaba otra alternativa que aceptar su “sorpresa”.

—Vamos, mi amor. El tiempo es dinero. —Me ayudó a subir y se sentó a mi lado.

—Buenas noches —dijo el conductor, mientras se volvía para mirarme.

Cuando vi su rostro, me quise morir. ¡Era el mismo cochero que nos había llevado a Michael y a mí! Por la forma que me guiñó el ojo, me di cuenta de que me había reconocido, aunque por suerte no abrió la boca.

—Hola —balbuceé, con el corazón palpitante.

Sin agregar ni una sola palabra más, hizo chasquear las riendas. Cuando comenzamos a avanzar, me dije que debía considerarme feliz. Mi paseo con William borraría los recuerdos de Michael, en especial, el momento en que le confesé por primera vez que lo amaba. Cerré los ojos, bloqueando todo excepto a William.

Cuando entramos en el parque, me atrajo hacia sí.

—Estaba esperando este momento, Vanessa—susurró.

—Oh, Michael... —Me callé. No podía creer que acababa de pronunciar el nombre de ese idiota. William me miraba de una forma muy extraña. Recuperada, traté de arreglar la situación para mi conveniencia—. Oh, mi... ¡ay, ay, ay! El tobillo. Se me durmió. Pero creo que mejora... Si.

*Mi novio es un extraño*



William me tomó de los hombros con ambas manos y su boca se acercó a la mía. Sus labios se apretaron contra los míos con fuerza, casi con rabia. Le devolví el beso y luego se relajó. Después de unos minutos su respiración se tornó agitada y me abrazó con más fuerza.

Pero lo único que yo sentía era frialdad. Ya no podía fingir que los besos de William me agradaban. Todo lo que había sentido por él era historia pasada. Odiaba a Michael, pero William sólo me inspiraba indiferencia. No podía seguir adelante con la farsa. Me aparté de él, desesperada por poner distancia entre los dos.

—Vanessa, te am...

—William, basta. Por favor — lo interrumpí. No quería oírlo pronunciar esas palabras; habrían resultado demasiado dolorosas.

— ¿Por qué? —parecía herido.

—No nos amamos de verdad. —Cuando se lo dije, la banda de acero que me comprimía el cuello se aflojó. Ya estaba libre.

— ¿De qué hablas? Somos la pareja más popular de la escuela. Formamos un equipo. Tendremos un excelente quinto año juntos... —Se lo veía incrédulo.

Meneé la cabeza.

—Todo eso no es amor. El amor es algo... bueno, algo que te supera. No es lo que nos sucede a nosotros.

Entrecerró los ojos con suspicacia.

— ¿Hay otro? —preguntó.

—En realidad, no... Absolutamente no. Pero tú y yo no podemos seguir saliendo. Simplemente, no corresponde. —Me sentí triste y aliviada a la vez. Había cortado las relaciones con otra persona más, mi último vínculo con la vida social. Pero no me arrepentí de la decisión, ni por un segundo.

William se corrió al otro extremo del asiento.

— ¿Tienes idea de cuántas chicas serían capaces de matar por salir conmigo?

—Sí, William. Y todas ellas serían afortunadas de tenerte como novio. Pero tú y yo no iremos a ninguna parte. —Con cada palabra que decía me sentía más fuerte. Yo era Vanessa Pendleton, una mujer independiente.

— ¿Es tu decisión definitiva? —preguntó.

—Sí. —Miré fijo hacia adelante—. Lo lamento.

*Mi novio es un extraño*



—Cochero, llévenos de vuelta —dijo William abruptamente. Luego se volvió hacia mí—. La cena en Tavern on the Green queda cancelada.

Punto final. Después de haber salido durante cinco meses, las últimas palabras de William en cuanto a nuestra relación sólo se refirieron a la cancelación de las reservaciones para cenar.

“Adiós, William —pensé—. Que Dios te ayude.”



# Capítulo 16

*Transcrito por Angeles Rangel*

MICHAEL

UNA SEMANA Y UN DÍA DESPUÉS.

La bolsa de Bloomingdale's pesaba sobre su falda, mientras se dirigía en el tren número cuatro a la avenida Lexington. Mis llamadas telefónicas a Vanessa no me sirvieron de nada, durante unos días insistí, pero las puertas no se abrieron. Ella siguió adelante con su vida, dejándome atrás, en el polvo de Nueva York.

Durante toda la semana, de solo ver sus pertenencias me sentía caer en un abismo de depresión. Hasta llegué a dormir con el oso de peluche. Patético. Aquella mañana desperté con una urgente necesidad de limpiar la casa de la presencia de Vanessa; ahora me encontraba en un tren subterráneo atestado de gente, rumbo al centro de la ciudad, decidido a restituirle las piezas que faltaban para completar su vida.

Cuando salí de la estación de subte, el aire estaba húmedo y pegajoso. Por lo general Upper East Side era tranquilo los fines de semana, y ese domingo las calles me parecieron particularmente desiertas. Toda la gente adinerada había abandonado el horno de Manhattan en busca de las playas y el viento fresco de Hamptons.

Encontré el edificio de Vanessa sin dificultades la dirección estaba grabada sobre el toldo azul, con una tipografía tan grande que medio Manhattan podría haberla leído. Estiré el cuello para alcanzar a ver el último piso. ¿Estaría allí arriba? ¿Mirando por la ventana en ese momento?

Un solemne hombre de mediana edad me abrió la puerta.

— ¿En qué puedo ayudarlo, señor? —preguntó, con cierta curiosidad.

Yo estaba indeciso. ¿Debía intentar verla? ¿O simplemente dejar la bolsa al portero?

—Eh... yo... vine a devolver algunas pertenencias de la señorita Vanessa Pendleton —dije por fin.

Era evidente que le causaba gracia mi incomodidad.

“Se nota que nunca he estado en un edificio como éste”, pensé.

*Mi novio es un extraño*



—La señorita Pendleton fue a una conferencia con su padre —respondió el hombre—. No regresará hasta dentro de un par de días.

Me sentí tan aliviado como decepcionado.

—Bien, ¿Puedo dejarle esto, que es para ella?

—Por supuesto. Me encargaré de que lo reciba. —Cuando extendió la mano para tomar la bolsa, tuvo que tironear de ella para que yo la soltara: una parte de mí quería recuperarla y llevarla de nuevo a Brooklyn.

Me quedé parado allí, con las manos muertas a los costados del cuerpo.

—Gracias. Dígale que, eh... que estuvo Michael.

—Sí, señor. —Abrió la puerta y esperó a que saliera.

Fuera de aquel vestíbulo climatizado, el verano neoyorkino fue como una bofetada en medio de mi cara. Caminé hasta la estación de subte como en una nube. Sin querer, me llevé por delante a dos personas que pasaban y un poste de servicios públicos.

Cuando por fin llegué al interior de la estación, la imagen del edificio de Vanessa me pareció un sueño.

En pocos minutos más me encontré en el tren subterráneo, camino a Brooklyn, a una casa desierta.

—Michael, si supiera, cómo está, te lo diría —dijo Kari, con voz de frustración.

— ¿No tienes ninguna noticia? ¿Algún detalle que hayas omitido contarme? —pregunté otra vez.

Kari, Rocko y yo estábamos en el living de Rocko, mirando una película por televisión. Al menos Kari y Rocko trataban de mirar, yo sólo quería hablar de Vanessa.

—En caso de que lo hayas olvidado, Vanessa no me dirige la palabra. Juro que si vuelve a colgar el teléfono con tanta violencia, me hará estallar el tímpano.

No estaba dispuesto a rendirme.

—Pero sabes que rompió con William. —Me levanté del sillón y me acosté en el piso, con una almohada debajo de la cabeza.

*Mi novio es un extraño*



—Sí, pero me enteré porque me encontré por casualidad con William en Zabar's. Él me lo contó. —Se corrió al sitio que yo había dejado libre en el sillón y apoyó los pies sobre la falda de Rocko.

—¿Qué fue lo que dijo, exactamente?

Kari revoleó los ojos.

—Dijo, palabras textuales: “Vanessa y yo hemos decidido terminar nuestra relación. Cada vez estábamos más separados”. Fin de su frase. Eso es todo.

Me senté y di un puñetazo a la almohada.

—¿Y tú no le preguntaste nada más? ¿Por ejemplo, cómo se lleva Vanessa con el padre? ¿O si todavía tiene dolores de cabeza?

—No soporto a William Gallagher. ¿Crees que me habría quedado todo el día en la panadería Zabar's hablando con él? Por supuesto que no.

Me pasé la mano por el cabello. No podía creer que Kari no sintiera curiosidad por Vanessa, como yo. ¿No le importaba que su mejor amiga estuviera marchitándose en ese rascacielos?

—Bueno, William tampoco es uno de mis favoritos. Pero yo le habría preguntado —insistí.

La única alegría que experimenté en esos grises días que siguieron a la partida de Vanessa fue su ruptura con el tal Gallagher. Si bien mi vida sin ella era horrible, mucho peores fueron las pesadillas que tenía al imaginarla en los brazos de ese baboso.

—Michael, no hay mucho que yo pueda hacer. Recuerda que eres tú el que me puso en esta situación, no al revés.

—Bueno, las cosas no han salido tan mal para ti —señalé. Ella y Rocko ya formaban pareja, y ese constante besuqueo y tomarse de las manos por la calle me daba náuseas.

Rocko carraspeó.

—Tienes que calmarte, Hobart —me aconsejó—. No empieces a acosar a Kari sólo porque te sientes mal. Esto no ha sido fácil para ella.

Maravilloso. Ahora mi mejor amigo era más leal a su novia que a mí. Recordé lo que me había dicho poco después de conocer a Kari “El amor hace que la gente cometa locuras”.

Por supuesto que tenía razón, no había ningún sentido en que culpara a Kari de nada. Yo, y solamente yo, había sido el culpable de provocar semejante situación.

—Lo siento, chicos —dije—. Supongo que estos días debo de estar insoportable.

*Mi novio es un extraño*



Kari me palmeó el hombro.

—De todas maneras te queremos, ¿no es cierto Rocko?

Mi amigo se encogió de hombro.

—Claro. Pero todo este desastre podría aclararse así de fácil. —Chasqueó los dedos.

—¿Sí? ¿Cómo, señor sabelotodo?

—Arrastra tu trasero hasta ese edificio, ábrete paso entre esos porteros almidonados y dile que la amas.

—No tengo modales de cavernícola, Rocko.

Kari rió.

—No lo sé. A mí me suena muy romántico.

Rocko le beso la mejilla.

—Sí alguna vez me dejas plantado, eso es lo que haré. Kari empezó a besarlo, como si se hallaran solos. Hice un ruido con la garganta, para llamarles la atención.

—Por favor, tengan la amabilidad de no contar dinero delante de los pobres. Yo estoy tratando de remendar mi destrozado corazón, y ustedes, con esa actitud, echan sal fina a mis heridas abiertas.

—Detesto tener que decirte que te lo advertí, pero no estarías aquí, llorando tus penas, si le hubieras confesado toda la verdad cuando prometiste hacerlo.

Me froté los ojos y recordé la noche que intenté confesarle la verdad. Aquella noche que salimos a pasear en carruaje.

—Exactamente en el momento en que estuve a punto de confesárselo, ¡ella me dijo que me amaba! —grité—. ¿Cómo pretendes que pensara con claridad después de eso?

—Tal vez haya esperanzas todavía —dijo Kari, aunque no parecía convencida.

Meneé la cabeza.

—El amor no es para mí. Viviré el resto de mis días en soledad, observando un desfile de parejas jóvenes y felices torturándome con sus exhibiciones públicas de afecto.

Rocko resopló.

—Tienes que recuperar a esa chica. Ya no soporto tus discursos sobre el amor.

*Mi novio es un extraño*



No podía estar más de acuerdo con él. Tenía que recuperar a mi chica.

Como no recibí noticias después de haber dejado la famosa bolsa en el edificio, ni tampoco tenía agallas para irrumpir allí al estilo Rocko, debí intentar otro curso de acción. Recurrí al único elemento que me había ayudado a superar los momentos más duros de mi vida: mi cámara de fotos.

El miércoles por la noche volví a La Gran Fotografía a las nueve en punto, mucho después de que la tienda hubiera cerrando sus puertas al público. Entré con la llave que el señor Branin me había dado, y con mucho cuidado desconecté el antiguo sistema de alarma.

El laboratorio fotográfico estaba frío y oscuro, un excelente cambio para aquella húmeda noche de junio. Detrás del laboratorio había un cuarto oscuro; no lo usábamos para revelar los rollos de los clientes, pero el señor Branin me permitía trabajar allí, con los equipos y las sustancias químicas. Disponía de todo lo que necesitaba.

Manipulando con suma delicadeza los rollos blanco y negro que había usado Vanessa, como si tuviera entre mis manos un jarrón Ming, comencé el revelado. El familiar procedimiento me absorbió por completo y por primera vez en varios días me sentí como un ser humano.

—Debí haber hecho esto hace mucho —dije en voz alta, mientras esperaba que las hojas de prueba emergieran del papel de revelado.

Enseguida tuve la sensación de que eran las mejores fotografías que había tomado en mi vida. Incluso en los diminutos cuadrados de las hojas de prueba pude comprobar que Vanessa era el modelo perfecto. El modo en que inclinaba la cabeza, el ángulo de sus brazos, la forma de su boca... todo su ser aparecía en esas fotografías en blanco y negro.

Encendí la radio de transistores que el señor Branin tenía en el laboratorio de fotografía y sintonicé una estación de jazz. Se oyó la hermosa voz de Billie Holiday, que constituyó el fondo ideal para mi viaje rumbo al alma de Vanessa.

Con un lápiz graso marqué las cinco mejores fotografías que había tomado, y luego me dirigí hacia la ampliadora. El tiempo pasó volando mientras trabajaba; quería que las fotos salieran perfectas. Después de Billie Holiday pasaron un tema de Miles Davis, Kind of Blue, que luego dejó lugar a un viejo álbum de Charlie Parker. Mis movimientos eran tan precisos como los de los músicos que escuchaba. Cuando terminara la noche, tendría una verdadera obra de arte que le transmitiría a Vanessa Pendleton lo mucho que la amaba.

Era pasada la medianoche cuando al final saqué las cinco fotografías de los ganchos que las mantenían colgadas para que se secaran. Sobre un largo mostrador blanco, situado a un costado de la sala, las apoyé una junto a la otra. Encendí la luz del techo y las contemplé un largo rato.

*Mi novio es un extraño*



Quedé complacido. Esas cinco tomas expresaban cinco estados de ánimo diferentes: se la veía feliz, triste, traviesa, pensativa y reticente. Tomé el marcador indeleble y con lentitud, comencé a titular cada una. El primer encabezado que se me ocurrió fue: “Mujer que desea que la besen”.

Sostuve la fotografía en que Vanessa caminaba hacia mi cámara, muy cerca de mis ojos, absorbiendo su imagen.

—Oh, Vanessa —murmuré—. ¿Alguna vez querrás que vuelva a besarte?

No pude evitarlo. Suave, casi imperceptiblemente, apoyé mis labios sobre la boca bidimensional de la fotografía.

Supongo que no necesito aclarar que besar un retrato es una horrenda sustitución de la realidad.



# Capítulo 17

Transcrito por Helectra

VANESSA

La carpeta llegó en un sobre marrón, grande, sin remitente. Las manos me temblaban tanto cuando la abrí que por poco se me cayó. De alguna manera sabía que encontraría allí dentro. Habría cinco, cada una más cuidadosamente trabajada que la anterior. Mientras miraba las fotografías, las lágrimas rodaban por mi cara.

Observar esas fotografías que Michael me había tomado era como verme a través de sus ojos. ¿Cómo podría alguien que no estuviese enamorado tomar esas fotos? Había sabido captar mis expresiones más sutiles, poniendo en primer plano la esencia de mí ser.

En la primera yo aparecía soplando un diente de león. Tenía esa expresión fresca y despreocupada. “Mujer sin pasado”, decía al pie. Con solo leer los fluidos trazos de la escritura de Michael mi corazón sufría.

En la segunda, caminaba hacia él y el viento volaba mi cabello hacia atrás. Me costaba creer que esa chica que se reía fuera yo. Hacía día que no sonreía. Debajo había escrito el título que yo misma había creado: “Mujer que desea que la besen”.

Me reí con ganas al ver la tercera. Michael me había captado mientras hacía una morisqueta ante el espejo del living. Tenía los labios fruncidos, como si fuera la actriz de alguna película, y las cejas muy arqueadas. Denominó a esa toma “Mujer a solas con el espejo”.

La cuarta fotografía había sido tomada el día que me enteré de que mi padre regresaría a casa. Tenía el entrecejo fruncido, mientras observaba la cuchara clavada en el helado. Mis ojos denotaban ansiedad. “Mujer aterrada”, decía abajo.

La última me hizo sollozar. Había sido tomada la noche anterior a mi partida, varias horas después de haber comido los helados con fruta. Estaba sentada en las escaleras de la entrada, con la cabeza apoyada en mis manos; mi rostro quedaba medio oculto, como evitando los lentes de la cámara. Por más que me concentrara, no lograba recordar cuando me la había tomado. Me puse furiosa cuando leí el título: “Mujer a punto de destrozar el corazón del hombre que la ama”. Me tendí sobre la cama y me abracé a las fotografías. Cuando cerré los ojos, el rostro de Michael se me representó con tanta nitidez que tuve la sensación de que estaba sentado a mi lado.

128

*Mi novio es un extraño*



Evoqué cada detallé de nuestros últimos días juntos y la sangre galopó por mis venas cuando recordé nuestros besos.

Era el Cuatro de Julio. El día del picnic en St. Ann's. ¿Michael estaría ayudando a Rose a preparar las mesas? Desesperadamente, deseaba tomar el teléfono, pero me contuve. Ni siquiera me había mandado una nota con las fotos. Tal vez ya había dejado de pensar en mí y ése era su modo de borrarne de su vida. Ya había limpiado su casa deshaciéndose de mis pertenencias. El envío de esas fotos podría significar una manera de poner fin a la historia.

El día que regresé a casa, Lucy rescató mi ropa mojada del cesto de basura. Dos días después la tuve limpia y planchada, sobre la cama. Me dirigí a mi guardarropa, donde había guardado la camisa de Michael en la parte de atrás del estante superior.

La tomé y volví a echarme sobre la cama. Dispuse las cinco fotografías a mi lado, como un relicario, y me llevé la suave camisa de algodón hacia el rostro, como una versión adolescente de la manta de un bebe. Entonces lloré, sin molestarme siquiera en sofocar los ruidos ahogados de mis sollozos. Las lágrimas fueron una catarsis; cuando ya no me quedó si una sola más me quedé dormida.

— ¿Vanessa? ¿Puedo entrar?

La voz vacilante de Kari y los suaves golpes que dio en la puerta de mi cuarto me despertaron. Miré el reloj digital y me di cuenta de que había dormido casi una hora. Me sentía renovada, como si hubiera salido sana y salva al otro lado de un largo y oscuro túnel.

—Pasa —dije, mientras me sentaba en la cama. Me refregué los ojos para terminar de despabilarme y traté de peinarme con los dedos.

—Hola —dijo Kari. Llevaba puestos unos indecentes pantalones cortos y una camiseta con la espalda descubierta, a cuadros rojos.

—Pensé en venir a saludarte antes del picnic.

El enojo que había sentido durante días desapareció. Miré el rostro interrogante Kari y sonreí.

—Me alegro.

Corrió hacia mí y me levanté para corresponderle el abrazo.

—Oh, Vanessa ¿algún día vas a perdonarme? —preguntó con la voz quebrada por las lágrimas—. Debo ser la peor amiga del mundo.

—No, sólo la más descarriada —respondí, haciéndole un lugar en mi desordenada cama.

*Mi novio es un extraño*



Se sentó.

—No fue mi intención herirte Vanessa. Lo juro. Sólo pensé que tú y Michael harían una pareja estupenda. William no era para tí, y Michael te cuidó tanto...

—Está bien Kari. Sé que no me heriste a propósito —Una vez más recordé todas las cosas lindas que ella había hecho por mí cuando yo no tenía ni la más remota idea de quién era.

—Pero si alguna vez pierdes la memoria, ¡cúidate!

Se echó a reír.

—Vi a William. Me dijo que lo de ustedes pasó a la historia. No puedo decir que lo lamento.

Me encogí de hombros.

—Tú y mi padre tenían razón sobre él. Es un ególatra superficial.

— ¿Y Michael? —preguntó con tono serio.

— ¿Qué pasa con él? —Escondí las fotografías debajo de mi almohada, pues no quise explicarle que significaban para mí.

—Está enamorado de ti, y lo sabes. Desde que te marchaste de Brooklyn, parece un cachorro enfermo.

De pronto me sentí mejor.

— ¿De verdad?

Asintió con la cabeza.

—Cada vez que me ve me ametralla a preguntas para saber si sé algo sobre ti.

Doble la camisa azul, considerando sus palabras.

— ¿En serio crees que me echa de menos? Todo esto podría formar parte de ese plan que él y Rocko tramaron para humillarme...

Kari revoleó los ojos.

—Vanessa, basta. Para empezar, Rocko está loco por mí. No haría nada que pusiera en peligro nuestra relación, y un ardid como ese destruiría lo nuestro en un segundo.

—Cuando hablaba de Rocko, sus ojos adoptaban una expresión de ensueño que nunca les había visto antes.

*Mi novio es un extraño*



—Bueno, entonces fue sólo Michael quien tramó todo esto. Su plan macabro. —No quería ilusionarme con la posibilidad de una esperanza. No podía soportar perderlo otra vez.

—Vanessa, ese chico tiene el corazón destrozado. No come. No duerme. Todo lo que hace es mirar fijo la pared deseando poder volver el tiempo atrás.

—Todo esto me confunde mucho —me lamenté, y me tapé la cabeza con la camisa—. Simplemente, no sé qué hacer.

—¿Lo amas? —preguntó Kari. Me sacó la camisa de la cabeza para mirarme a los ojos.

—Sí, estoy completa, loca e irrevocablemente enamorada de él.

Me sonrió de oreja a oreja.

—Entonces lo que tienes que hacer es muy simple. Ven al picnic de St. Ann's conmigo. Luego le dices a Michael que todavía lo amas y todos seguiremos adelante con nuestras vidas.

—No lo sé, Kari... Lo pensaré.

—Bueno, no tardes un siglo pensando. No nos quedaremos allí para siempre —se puso de pie y me abrazó por última vez.

—Gracias por haber venido —dije—. Te necesitaba.

Parpadeó.

—¿Todavía somos íntimas amigas?

Me reí.

—Sí, somos íntimas amigas.

Cuando se fue, tomé las fotografías. Me quedé sentada en la cama durante un largo rato, pensando en lo que me había dicho Kari. Si Michael todavía me amaba —si alguna vez me había amado— era justo que nuestra relación tuviera una segunda oportunidad. Tal vez la vieja Vanessa Pendleton se habría recluido en su penthouse, hundiendo su angustia debajo de una montaña de ropa nueva y una pésima actitud. Pero la nueva Vanessa Pendleton quería enfrentar los problemas de una vez por todas y aprovechar la ocasión que se le presentaba para ser feliz... aunque implicara sufrir un poco en el camino.

Me levanté de un salto de la cama y fui trotando al escritorio de mi padre.

—Papá, tienes quince minutos para prepararte. Iremos a un picnic del Cuatro de Julio.

Mi padre alzó la vista del trabajo que estaba leyendo.

*Mi novio es un extraño*



— ¿Sí? ¿Dónde?

Sonreí.

—En Brooklyn. Creo que por fin conocerás a los Hobart.

Regresé a mi cuarto, destilando adrenalina. Sólo tenía quince minutos para ponerme mi nuevo vestido rojo de Bloomingdale's.

“Esté lista o no, allá voy, Michael”.

—Vaya, parece que es todo un acontecimiento —exclamó mi padre.

Optamos por tomar el subterráneo, mientras caminábamos hacia St. Ann's mi padre me contó anécdotas de su infancia en Brooklyn. Estábamos ya al borde de un inmenso jardín que rodeaba el orfanato, observando las multitudes de niños y adultos por todas partes.

—Yo ayudé a organizar esto —dije orgullosa.

—Rose me contó —respondió— Me alegro de que por fin te hayas decidido aventurarte fuera de nuestra torre de marfil.

Entonces vi a Michael. En apariencia, trataba de organizar un partido de fútbol, pero unos cinco niños tironeaban de su camiseta para llamarle la atención. De pronto se me secó la boca; me costaba respirar. El tiempo se detuvo cuando alzó la vista y nuestras miradas se encontraron. Permanecimos así, como en un trance magnético.

—Vanessa, me alegro mucho de que hayas venido —oí decir a Rose a mis espaldas.

Arranqué la mirada de la de Michael y me volví para saludarla. Con un vestido floreado y alpargatas, se la veía joven y hermosa. La abracé y contuve las lágrimas.

—Hola Rose. Te presento a mi padre, Lincoln Pendleton.

—Rose, es un placer —Mi padre le estrechó la mano, radiante—. Estaba esperando que se presentara la oportunidad de agradecerle personalmente.

Mientras ellos conversaban, mis ojos volvieron a buscar a Michael. Había abandonado el partido de fútbol y se hallaba de pie junto a un árbol inmenso, junto al edificio principal de St. Ann's. Me acerqué a él flotando, porque ni siquiera sentí el contacto de mis pies con el suelo.

—Hola otra vez —dijo. Casi no tenía aliento para hablar, como si terminara de correr un maratón.

*Mi novio es un extraño*



Todos los malos pensamientos que me habían quedado con respecto a él se desintegraron cuando vi aquella sonrisa de bienvenida y su mirada intensa. Yo también le sonreí y le tendí la mano para que me la estrechara.

—Empecemos de nuevo —propuse— Me llamo Vanessa Pendleton y me complace mucho conocerte.

—El placer es todo mío —respondió, tomándome la mano entre las suyas—. Pero debo reconocer que tu cara me resulta conocida. ¿Estás segura de que no nos hemos visto antes?

—Ahora que lo mencionas, creo que sí —mientras hablaba, me acercaba a él, pues quería cerrar toda distancia entre nosotros—. Creo que fue en una vida pasada.

Se rió.

—Qué curioso. Porque de pronto tuve la sensación de que hoy es el primer día del resto de mi vida. De verdad.

Asentí, y las risas se borraron cuando los labios de Michael se acercaron a los míos. Cerré los ojos, consciente de cada sensación que se filtraba en mi cuerpo. Le rodeé la cintura con los brazos, estrechándolo cada vez con más fuerza. Después de varios minutos, sus labios se acercaron a mi oído.

—Te amo, Vanessa. En el pasado, en el presente y en el futuro.

—Michael... —murmuré, y sus labios encontraron los míos otra vez. Y otra más. Y otra más.

Unas cuantas horas después, estábamos sentados sobre una manta junto a Kari y Rocko. Los niños jugaban con cohetes, reían y se corrían unos a los otros. Creo que nunca fui tan feliz como en ese momento.

Michael estaba acostado, con la cabeza apoyada en mi falda.

—Nunca más volveré a mentirte —dijo mirándome a los ojos.

—Y yo nunca más volveré a bañarte en ponche. —respondí delineando sus labios con la yema de los dedos.

—Y yo nunca más pasaré toda una semana sin bañarme —comentó Rocko desde el otro extremo de la manta.

— ¡Rocko! ¡Asqueroso! —gritó Kari, y todos nos echamos a reír con esa clase de carcajadas que sólo los íntimos amigos comparten.

*Mi novio es un extraño*



Michael se sentó y miró los jardines.

— ¿Dónde está Rose? —preguntó, entrecerrando los ojos para poder ver a pesar de la oscuridad.

Miré a mí alrededor y de pronto me di cuenta de que había olvidado por completo la presencia de mi padre desde que le había presentado a Michael, hacia dos horas. Luego lo vi sentado en una manta con Rose. Cada uno tenía un plato de comida y había una botella de vino entre ambos.

Los señalé con el dedo.

—Está allá, con mi padre.

Michael abrió mucho los ojos.

— ¡Vaya! Nunca he visto a mi tía Rose sentada tan cerca de alguien. Mi madre siempre decía que la capacidad de mi tía para el romance se había esfumado con su ex novio, quince años atrás.

—Hacen una linda pareja... —comentó Kari pensativa.

Reí.

—Otra vez a la carga. El trabajo de casamenteros nunca termina —bromeé.

Pero por dentro me sentí muy dichosa al imaginar a mi padre y a Rose reencontrándose con el amor, después de tantos años de soledad. Si se casaban, los cuatro podríamos vivir en la misma casa... Tal vez en el mismo edificio de Brooklyn donde yo me había enamorado de Michael.

De pronto Michael se echó a reír.

— ¿Qué pasa? —le pregunté entrelazando mis dedos con los suyos.

—Acabo de recordar algo que me dijo Rose: "El mundo es un sitio extraño y hermoso. Siempre debes esperar que suceda lo inesperado".

Volví a mirar en dirección de mi padre y Rose, que parecían estar a escasos milímetros de distancia en aquella manta. Luego contemple a Michael, que dibujaba un corazón con el dedo sobre mi pierna desnuda.

—Sí, —murmuré—. Un sitio extraño y hermoso.

*Mi novio es un extraño*



# Fin

135

*Mi novio es un extraño*



## Transcriptora a cargo

📷 Гяґә

### Transcriptoras

- 📷 Danny\_DD
- 📷 FranDisfraz
- 📷 Upsybetzy
- 📷 Гяґә
- 📷 Lycoris
- 📷 Rose Violet
- 📷 Moshalutz
- 📷 Nirvanera7
- 📷 Sofi.r.o
- 📷 Sooi.luuli
- 📷 Val
- 📷 Day
- 📷 Cedei
- 📷 Ninaaa
- 📷 Angeles Rangel
- 📷 Helectra

### Revisión final

- 📷 Гяґә
- 📷 Maja
- 📷 Mely
- 📷 LauParra

### D iseño

- 📷 Pamee
- 📷 Dany





137

Sigue otras Transcripciones y  
Traducciones en  
Foro D ark Guardians

<http://darkguardians.foros-activos.es/forum>

*Mi novio es un extraño*

